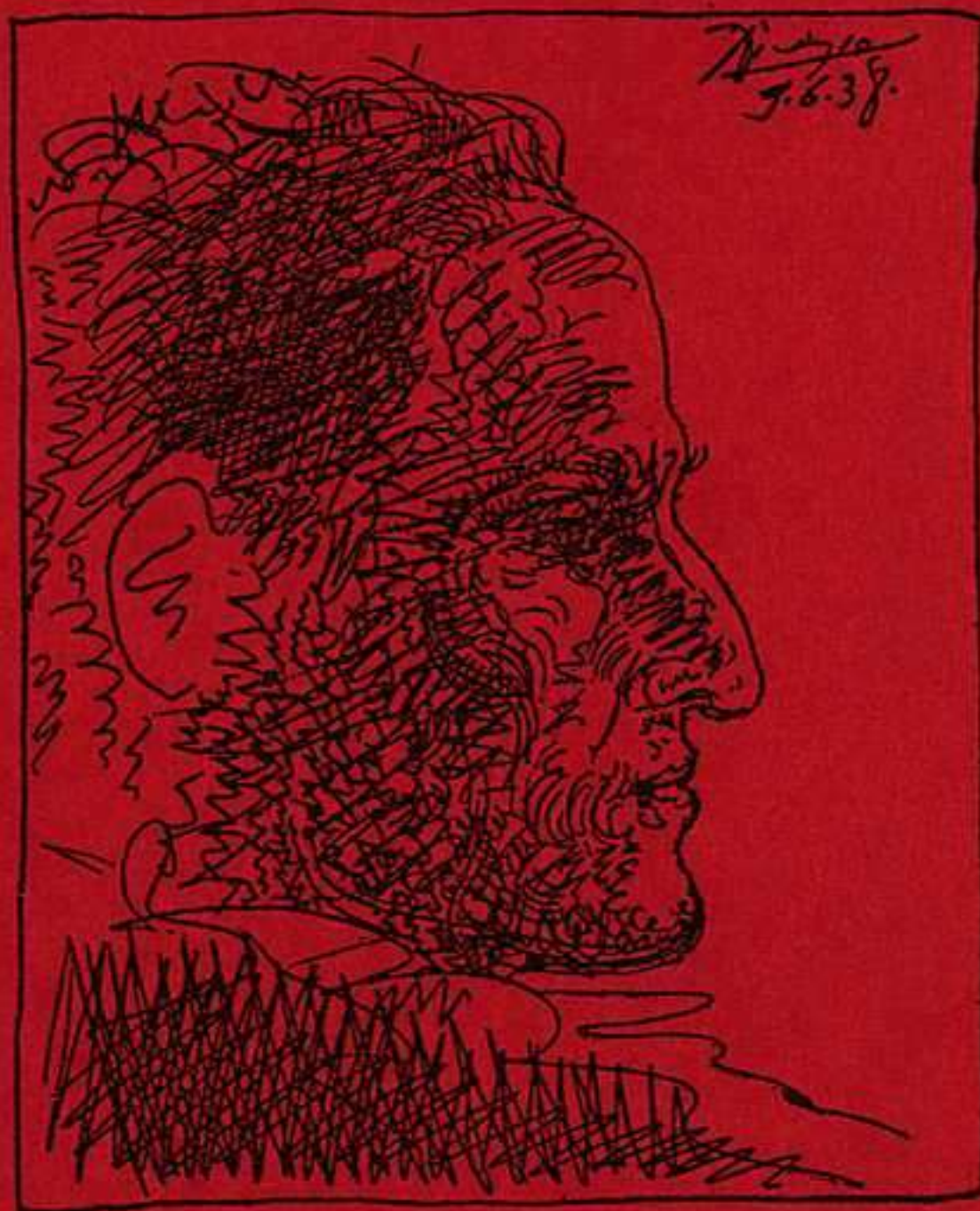


litoral

Revista de la Poesía y el Pensamiento



PERFIL DE CESAR VALLEJO

*Torremolinos - Málaga
Andalucía - España - Europa*

N.º 76-77-78

litoral

**Revista de la Poesía
y el Pensamiento**

Publicación mensual

La fundaron Emilio Prados
y Manuel Altolaguirre

De conformidad con lo que precep-
túa el art. 24 de la Ley de Prensa
e Imprenta:

Edita: José María Amado y Arniches

Dirige: Manuel Gallego Morell

Imprime: Gráficas San Andrés, S.A.

Situación financiera: Se nutre sólo
con la aportación de los suscriptores

Dirección, Redacción
y Administración:

Urbanización La Roca - 107-C
Teléfonos: 384200 - Ext. 107-C
380758

Torremolinos - Málaga

Depósito Legal MA. 128 - 1968

Suscripción anual: 1.500 Ptas.

Extranjero: 1.800 Ptas.

Distribución Exclusiva para Librerías

LIBROS RODAS, S. A.

(Central Internacional de Librerías)

Avda. República Argentina, 248

Teléf. 247 91 27

Barcelona

LITORAL



LITORAL



LITORAL



|||

La Lituania



A los diez años del renacer de «Litoral» y en el cincuentenario de la «Generación del 27»

EN el mes de mayo de 1968 la revista "Litoral" inició en Málaga una nueva singladura, continuando sus dos anteriores etapas en la historia de la poesía española; la de su nacimiento en 1926 de la mano de dos grandes poetas malagueños, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre —José María Hinojosa colaboró en su dirección a partir de 1929— y la de su reaparición en el exilio (México, 1944), uniéndose a Prados y Altolaguirre en aquel entonces José Moreno Villa, Juan Rejano y Francisco Giner de los Ríos.

"Litoral" es, en 1926, el punto de partida de la bien o mal llamada "Generación del 27". Federico García Lorca anticipa en sus páginas parte del "Romancero Gitano" que luego editaría en Madrid. José Bergamín publica "Caracteres" en los suplementos de la revista, que había inaugurado Rafael Alberti con "La Amante". Guillén adelanta poemas de su "Cántico". Luis Cernuda, "Perfil del Aire". Gerardo Diego, "Fábula de Equis y Zeda". Vicente Aleixandre, "Ambito", y muchos otros nombres de aquel gran renacimiento poético, reunidos además en el número homenaje a Góngora, que tanto significa dentro de tal generación.

El "Litoral" que renace en 1968 encuentra en sus páginas, desde su nuevo comienzo y a lo largo de su andadura, la colaboración

de Picasso, Alberti, Aleixandre, Bergamín, Manuel Angeles Ortiz, Jorge Guillén, Maruja Mallo, Francisco Giner de los Ríos, Ramón Gaya, Dionisio Ridruejo, Gabriel Celaya, Antonio Gala, Genovés, etc., y encuentra también y quizás por ello, el silencio de los medios informativos y la persecución de las autoridades franquistas, en un balance que va desde la primera multa a su número 2, y las sucesivas amonestaciones, al secuestro del número 31-32. Como colofón el paso de su editor por el tristemente célebre T.O.P. (Tribunal de Orden Público), timbre de orgullo de algunas revistas y de algunas figuras del mundo intelectual.

En el próximo mes de mayo de 1978, se cumplen diez años de nuestra labor y aún está vigente el cincuentenario de la Generación del 27.

Para celebrarlo "Litoral" convoca no un premio, porque creemos que este es un término bastante desprestigiado a lo largo de los cuarenta años de la dictadura en España. Se convoca a un grupo de intelectuales, hombres dedicados a las artes y las letras, para que señalen la personalidad literaria que consideren más completa por la amplitud de su expresión, de los miembros que aún viven de aquella generación y con mayor proyección sobre nuestra cultura dentro y fuera de España, y emitan su juicio en una especie de voto razonado en carta dirigida a la revista.

La revista "Litoral", dentro del mes de mayo de 1978, hará el recuento de esas cartas y procederá a la edición en papel guarro especial de una breve antología de la personalidad —que pudiéramos llamar premiada— por mayoría de votos emitidos.

Esta edición constará de 1.000 ejemplares y llevará la firma autógrafa del escritor cuya obra editemos. Como apéndice al libro irá ese voto razonado de cada una de las personas a quien "Litoral" convoca.

No es esto ni un jurado ni un tribunal, las personas a quienes hemos pedido su opinión constituyen una representación del "Litoral" de 1926, del "Litoral" mexicano de 1944, del actual "Litoral", del exilio, de la narrativa, del teatro, del cine, de la pintura, de la escultura, de la música, de la Academia de la Historia, de la Academia de la Lengua, de catedráticos, de críticos literarios, de poetas de otras regiones distintas a Andalucía, donde nace "Litoral", de editores, de poetas jóvenes y de trabajadores de la imprenta donde se imprimió y se sigue imprimiendo la revista.

Todos ellos forman parte de nuestra "familia literaria", son suscriptores de la revista y han colaborado en las diferentes épocas que componen su vida editorial.

De esta manera "Litoral" desea apoyar y alegrar en parte la vida difícil que en tantos hombres produce la limpieza de su manera de ser y pretende salir al paso de la "política" que ha rodeado hasta hoy a tantos certámenes convocados.

Angel Caffarena Such, en representación del primer "Litoral", Francisco Giner de los Ríos, último superviviente en la dirección del "Litoral" mexicano, y José María Amado, representando la continuidad en 1968, serán, con voz y sin voto, punto de coordinación en esta convocatoria y actuará como secretario para la recopilación de cartas y votos Lorenzo Saval —el poeta más joven convocado—, sobrino nieto de Emilio Prados, y dará constancia de ese recuento el notario del Ilustre Colegio de Madrid, Félix Pastor Rídruejo.

LISTA DE PERSONAS CONVOCADAS

Aurora de Albornoz	Manuel Fernández Montesinos
César Alonso de los Ríos	A. Garrigues Díaz Cañabate
Paloma Altolaguirre	Manuel Gallego Morell
José Andrade	Antonio Gala
José María de Areilza	Ramón Gaya
Antonio Aparicio	Alfonso García Valdecasas
J. J. Armas Marcelo	Rafael Guillén
Carlos Barral	Cristóbal Halfter
Manuel Blasco Alarcón	Maruja Mallo
Enrique Brinkmann	Roberto Mesa
Luis Buñuel	Antonio Martínez Sarrión
José M. Caballero Bonald	J. A. Muñoz Rojas
José Caballero	José Antonio Novais
Andrés Castro Romero	Manuel Angeles Ortiz
Gabriel Celaya	Rafael Pérez Estrada
Fernando Claudín	Benjamín Palencia
Rafael Conte	Carlos Rodríguez Spiteri
Faustino Córdón	Miguel Rodríguez Acosta
Natalia Cossío de Jiménez	Lorenzo Saval
Eduardo Chillida	Jorge Semprum
Joaquín Díez Canedo	Enrique Tierno Galván
José Esteban	Gonzalo Torrente Ballester

Los ejemplares de esta edición numerada irán primeramente a los suscriptores de la revista que así lo soliciten, y si ellos no absorbieran la totalidad, se venderían a centros culturales y a particulares en librería.

"Litoral" percibirá escuetamente el costo de los gastos de edición, quiere ello decir que el importe de la venta irá a poder del escritor considerado por las personas a quienes "Litoral" consulta con mayor representatividad en el mundo de la cultura dentro de los que aún viven y forman parte de la bien o mal llamada Generación del 27, que nosotros hemos llamado en alguna ocasión generación del exilio y generación de "Litoral", porque esta revista fue punto de partida y principio para todos ellos.

Portada del núm. 4 de la revista "Litoral" (abril, 1927), por Manuel Angeles Ortiz.

PERFIL DE
CESAR VALLEJO

Agustín Castellanos Baeza, en representación del exilio; Francisco Gilmer de los Ríos, como supervivencia en el exilio; del "Litoral" mexicano; y José María Ariado, representante de la unidad en 1939, entre sus viejos y sin voto punto de vista. En esta convocatoria y además como secretario para el intercambio de cartas y votos Lorenzo Bernal —el poeta más joven convocado—, sobrina nieta de Frutos Martínez, y dará con el presente recuento el notario del Exilio en Madrid, Félix Latorre de Arce.

LISTA DE PERSONAS CONVOCADAS

Aurora de Albamoz	Agustín Fernández Montepalma
César Alonso de los Ríos	A. Santolucito Díaz Cordero
Paloma Arriaguirre	Manuel Vitego Morat
José Andrade	Antonio Balle
José María de Arriba	Fernán López
Antonio Aparicio	Antonio García Valdecasas
J. J. Armas Marcelo	Rafael Galán
Carlos Barral	Cristóbal Martín
Manuel Blasco Alarcón	Manuela Mera
Enrique Breikmann	Roberto Alvar
Luis Buñuel	Antonio Martínez Serrón
José M. Caballero García	J. A. Muñoz Puga
José Caballero	José Antonio Novas
Andrés Castejón Romero	Manuel Aguilar Ortiz
Gabriel Celaya	Rafael Pérez Escobar
Fernando Claudín	Benjamín Paredes
Rafael Conde	Carlos Rodríguez Spina
Faustino González	Miguel Rodríguez Acebo
Natalia Gossío de Jiménez	Lorenzo Bernal
Eduardo Chillida	Jorge Semprún
Joaquín Díaz Canales	Enrique Tena Galán
José Esteban	Gonzalo Torrente Ballester

Los ejemplares de esta edición numerada van primeramente a los suscriptores de la revista que así lo soliciten, y si ellos no absorben la totalidad, se venderán a centros culturales y a particulares en librería.

"Litoral" percibirá usualmente el costo de los gastos de edición, quiere esto decir que el importe de la venta irá a poder del escritor considerado por las personas a quienes "Litoral" concierne con mayor representatividad en el mundo de la cultura de los que aún viven y forman parte de la gran o mal llamada Generación del 27, que nosotros hemos llamado en alguna ocasión generación del exilio y generación de "Litoral", porque esta revista fue punto de partida y principio para todas ellas.

PERFIL DE CESAR VALLEJO

Queremos dedicar este número de LITORAL sobre César Vallejo al poeta español Juan Larrea, que en sus años de estudio de Vallejo en Córdoba (Argentina) al estudio hasta sus más intrínsecas y recónditas consecuencias, no sólo de la obra, sino de la desbordante personalidad humana del poeta que absorbe hoy las páginas de esta revista.

Con nuestra admiración y nuestro agradecimiento.

PERREIL DE
CESAR VALLEJO

dedicatoria

Queremos dedicar este número de LITORAL sobre César Vallejo al poeta español Juan Larrea, que consagró años de su vida desde el Aula Vallejo en Córdoba (Argentina) al estudio hasta sus más intrínsecas y recónditas consecuencias, no sólo de la obra, sino de la desbordante personalidad humana del poeta que absorbe hoy las páginas de esta revista.

Con nuestra admiración y nuestro agradecimiento.

dedicatoria

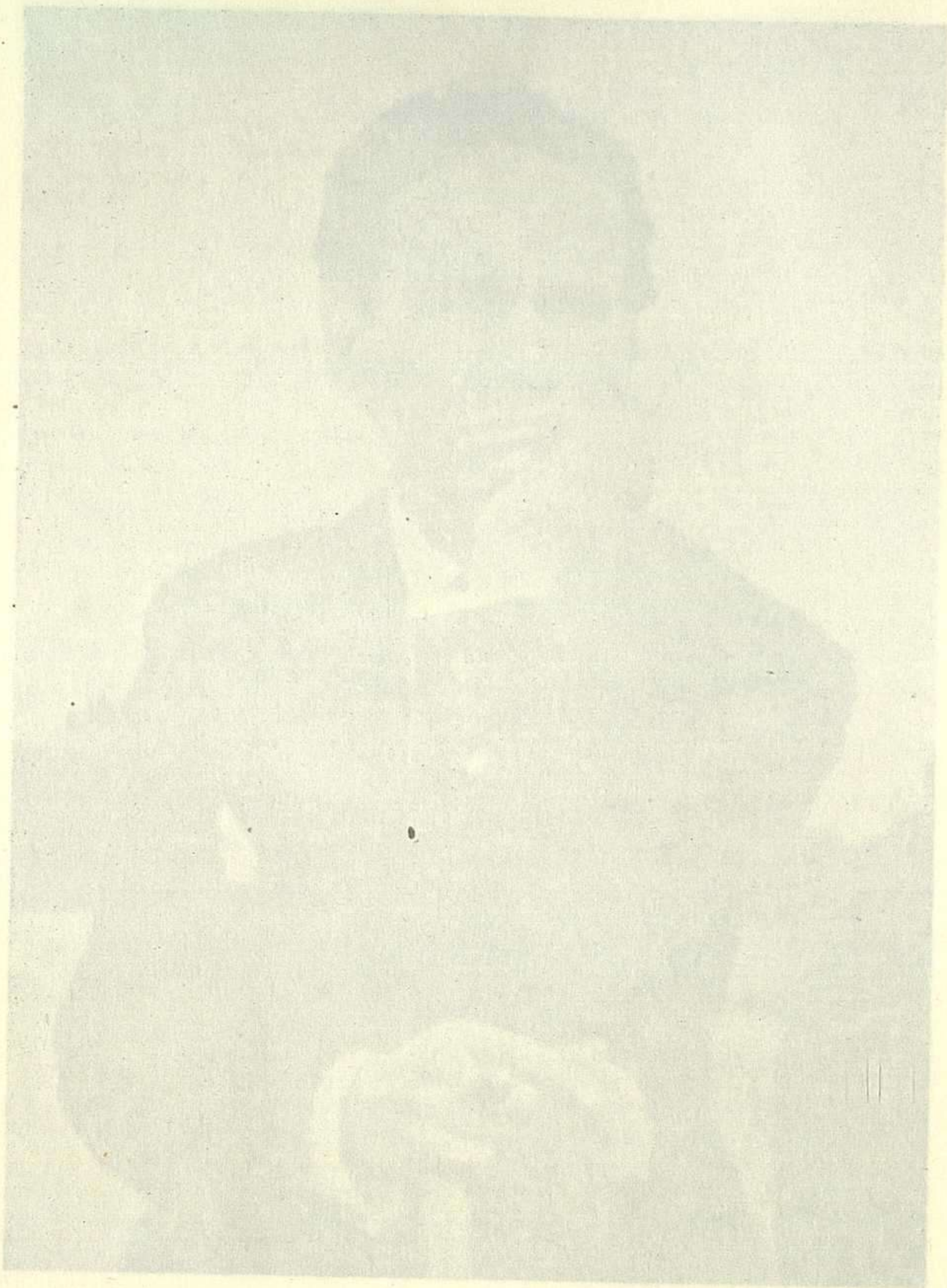
Queremos dedicar este número de LITORAL sobre César Vallejo al poeta español Juan Barrea, que consagró años de su vida desde el Aula Vallejo en Córdoba (Argentina) al estudio de este gran poeta peruano y recónditas consecuencias, no sólo de la obra, sino de la desbordante personalidad humana del poeta que absorbe hoy las páginas de esta revista.

Con nuestra admiración y nuestro aprecio.

CONMEMORACION DE CESAR VALLEJO



fielmente consensuados, ciertas plataformas establecidas al margen del moderno proceso de ruptura. Quiere esto decir que el comercio de las



CONMEMORACIÓN DE CÉSAR VALLEJO

Vibraba en la voz de César Vallejo un substrato específico que la distingue de las europeas; cosa que en la poesía hispanoamericana sucede por primera vez. No toca su diferencia a lo accesorio, al tema o al timbre, sino a la naturaleza y función misma del instrumento humano. Su aparato imaginante es otro, como es otro, más elevado, el voltaje emotivo que lo enciende. Pudiera decirse que, incapaz de discurrir por sendas conocidas, su verbo anda siempre abruptamente a hombre traviesa.

Recordar a Vallejo en estos días equivale a proponerlo como ejemplo. En términos generales, la poesía conoce en América, so capa de universalidad —pseudo universalidad, puesto que el mundo a que corresponde carece de figura de universo—, una grave saturación de occidentalismo, vaciándose en moldes poco visibles pero evidentes. No se ha tomado todavía de Europa lo que era allí germen de superación, afán de nuevo mundo, sino ciertos modos y maneras fielmente contrastados, ciertas plataformas estabilizadas al margen del moderno proceso de ruptura. Quiere esto decir que el comercio de las

musas se realiza a la sombra confortable del instinto de conservación con todas sus inherencias: ya que éste no puede constituir nunca un plenodeterminante poético siendo como es parte del verdadero complejo creador más vasto y compensado. Reina, pues, sobre el panorama —basta abrir una antología, y lo mismo puede decirse de la poesía española— algo así como el ideal cada vez más generalizado de un dieciochevo mesocrático, lince en el empleo de férulas, raseros y cortapisas. Se ha aprendido a artificializar el irracionalismo, a convencionalizar el misterio. Mas dictar normas previas a la intuición, señalarle cauces y cometidos, equivale a negarla negando a la par la poesía. Así resulta que lo que actualmente prepondera en América —y en el mundo— no es la Poesía propiamente dicha sino su atavío, la literatura.

César Vallejo encarna la reacción contra esta penuria esencial. Recordarle es recordar que su americanidad irreductible, incapaz de someterse a designios extraños, vivía en una nueva vertiente humana más ambiciosa y férvida. Sus limitaciones, tan patentes, sus insuficiencias permitíanle, por hallarse centradas casi siempre en lo accesorio, aspirar, volcándose en lo esencial, a una neomúndica plenitud humana. Las actitudes minúsculas nunca fueron suyas. Las verdaderamente suyas no desmerecían de esta naturaleza pródiga e incontrolable de trópico, pampa y cordillera, peculiar del nuevo continente. Mientras los más ataviábanse con prolijidad, culta o folklóricamente, todo el afán de Vallejo parecía dirigirse a desgarrar las vestiduras literarias con la esperanza de vislumbrar entre los jirones esa Desnudez solo comparable a la aurora. La Poesía, elemento esencial de generación, se caracteriza siempre, aun en el plano del *conocer*, por codiciar los supremos contactos.

Allí donde latía cierta alta tensión humana se encontraba Vallejo en su elemento. Su libro sobre la guerra de España ofrece así, sin disputa, la versión más directa, desesperada y viva, de lo que fue para el hombre medio aquella alucinante y sacra tragedia. No se debe al azar sino a coherencia suma. La guerra española, exaltación de los principios humanos tendientes a la superación de un ciclo, interesaba en primer término a América como negocio que era de Nuevo Mundo. (Cuanto más tiempo pase se verá esto mejor). Por eso le interesaba a él. En este aspecto Vallejo fue un voluntario general de los frentes españoles. Echó alma y vida a la balanza.¹ Se desgarró interiormente dando lugar —poeta— a que le imbibiera la intuición. Y

arrastrado por los imperativos de esa intuición, sirviéndole de objeto, rindió Vallejo su espíritu en el umbral de la poesía significativa aquel abriño viernesanto de 1938. De este modo descubrió el sentido de su existencia dentro de la Existencia o revelación histórica, ajustándose al destino del *yo* que es morir en la Significancia, playa espiritual del Nuevo Mundo. (*“En suma, no poseo para expresar mi vida sino mi muerte”*). Más aún, dio testimonio de la virtualidad redentora palpitante en los sucesos españoles. Hasta tal punto que la causa española se nos aparece como parte esencial de su destino, la razón misma de su permanencia en Europa. ¿No estuvo madurándose para ella durante muchos años? Solo así, revelando el sentido de profundidad, podía proporcionarnos el instrumento poético adecuado para la creación de un más allá humano, sin que olvidara perfeccionarlo con una consigna para las nuevas generaciones en la que lo individual y subjetivo (*“Dejad que los niños se acerquen a Mí”*) toma forma colectiva y objetiva (*“Si la madre España cae —digo, es un decir— salid, niños del mundo; ir a buscarla”*).

La retina del hombre no está ya acostumbrada a contemplar los fenómenos vitales como objetivos poéticos, percibiendo el sentido que de su posición relativa se desprende. La pequeña reciente tradición ha ocultado la gran Tradición al modo como la colina cercana oculta la montaña. La conciencia individual cree sin trabas en los rayos cósmicos, en las ondas hertzianas, en los cromosomas, espirilos, quantas y electrones, en todo lo que supone una existencia concreta y particular como la suya. Este campo de materialismos invisibles podría decirse que acapara hoy las tendencias místicas exploradoras de lo recóndito, dándose así el caso de que escaseen gravemente los impulsos que habrían de enfrentarse con otras categorías espirituales menos concretas e individualizadoras. Ya no se pide la satisfacción de ciertas exigencias de orden superior sino a lo superticente, a los residuos esclerosados de las religiones, cuando no a la cartomancia y a la astrología, por irracionales, tan en boga. Así como los egipcios olvidaron la lectura de sus propios jeroglíficos, el mundo moderno ha llegado hasta olvidar que puede desprenderse un sentido intelectual de la confrontación entre sí de los glifos históricos, de su naturaleza y coordinación, al modo como se desprende un sentido de la sucesión orgánica de las palabras. Es decir, experimenta las mayores dificultades para comprender aquello que, por ser razón de conjunto, no se haya en ningún elemento particular sino en la coordinación de todos.

Y ha olvidado que los hechos, como las Escrituras —como los sueños— ocultan detrás de las inmediatas apariencias un sentido tropológico propio del entendimiento poético. La poesía, confinada al plano literario, sufre consecuentemente de tal atrofia que, por asociación de niveles, indúcenos a pensar en aquel siglo galante y anodino, justificador de la Revolución, en que de los polvos de las pelucas surgió el secreto de la fabricación de la porcelana poblándose los salones de elegantes figurillas de bizcocho —primor y encaje— y los jardines —bustos y arbustos— de cultísimos parterres regidos por una baraja de horizontes enanos.

Afirmaciones como las recién estampadas acerca de Vallejo parecen hoy caprichosas e irreales: hijas de una voluntad literaria o política; siendo así que lo literario —y lo estrechamente político— es lo otro. Se ha perdido la noción de que durante la mayor parte de los siglos útiles se tuvo un concepto de la realidad humana muy distinto a este con que la generalización viciosa de la relación de causa a efecto —que hoy derroca la física— ha condicionado nuestro modo de percibir. No es sencillo llegar al convencimiento de que el estado de espíritu que pudiéramos definir como de tesis histórica, solo dejó el paso a su contrario o antítesis para que éste resolviera prácticamente el modo de poder integrarse después en una fórmula más compleja de síntesis, propia del más allá o Nuevo Mundo y, por tanto, de América que con él se identifica. Porque así como no puede darse el pensamiento ni la acción sino mediante un cuerpo individual, la cultura universal que anhelamos no puede manifestarse sin un territorio adecuado, relacionado con los demás territorios, encarnando entre todos la figura de universo. Obvio parece que el aludido estado de antítesis sea este que ha confinado la poesía al plano literario de lo insignificante.

La vida y la obra de César Vallejo, fue una rebelión continua contra este último estado de cosas. Su aparición señala dentro de la lírica americana el primer chispazo de una nueva Presencia, correspondiente, en cierto modo, a los sobresaltos del Romanticismo. Hasta en su misma persona encarna Vallejo manifiestamente ese aspecto esencial de superación del plano religioso por la Poesía, propio de América, a que yo mismo aludí en el número anterior de estos CUADERNOS. *Vallejo era nieto de dos sacerdotes españoles y de dos indígenas peruanas.* Su obra está por eso plagada de elementos religiosos entendidos de nueva manera. (Así, antes de morir en su día de vier-

ne santo, pudo comprender los sucesos españoles y proferir: “*España, aparta de mí este cáliz*”). Coincidían en él, deshaciendo su antinomia, la carne y el espíritu. Y el punto de arranque religioso prestábale la elevación necesaria para poder aspirar a ese más allá en la altura que no puede sustituirse ni con cerrazones de ojos a lomos de Clavileño, tan estandarizadas, ni con espejismos de superficie. A esto es probable que correspondiera su incapacidad de escribir versos fuera de un estado lírico de suprema tensión. Callaba en los otros días de concatenada mediocridad, rindiendo culto a la dignidad poética del silencio. Ejemplo que no debiera caer en el vacío. Duró su mutismo significativamente los muchos años de su estancia en Europa cuyo ambiente, si modelo y estímulo para aquellas individualidades integradas en el sistema superficial de relación entre Europa y América, era contrario a su temperamento más diferenciado. Hasta que llegado a última extremidad, a la hora en que el cisne contesta a su propia interrogación dándose el vientre de la madre Leda, de la fortísima tensión producida en él por la guerra de España brotó aquel chorro de pedernales luminosos siempre genuina, irreductiblemente americano. Una vez más se consumó el acto supremo de la generación poética: la carne se hizo verbo.

Ninguna voz como la suya se presta, en estos días críticos para el nuevo continente, a servir de punto de mira si se ha de enunciar la revolución del concepto poético. Su posición caracteriza la pugna contra todo aquello que pueda interponerse entre la sensibilidad en estado ardiente, de efusión, y su objeto natural: la Presencia viva. Su recuerdo constituye una bandera de auténtica y poderosa individuación dentro de una sociedad organizada de tal modo que, rotos los diques represores, liberado el hombre, puedan producirse los fenómenos específicamente humanos, la conquista del plano poético: divino. ¿Y acaso no responde tal bandera a nuestra más urgente necesidad? Mientras la poesía continúe relegada al fuero de lo insignificante, no podrá ponerse en marcha de un modo positivo ni el hombre ni el destino de América. Existen muchas razones para pensar que es ésta condición *sine qua non*. Porque la conciencia americana no se caracterizará, si no me engaño, por la supremacía de un elevado estado filosófico, parte siempre de un todo, sino por el esplendor de un estado poético, superador del filosófico, que preste sentido de unidad a cada una de las partes del todo confiriendo a la vida humana aquellos supremos valores de que, por carecer de conciencia, se ve pri-

vada aún. Hacia esos deseables lugares se orienta la figura de Vallejo, diferenciándose en esto radicalmente de cuantos, vueltos hacia el pasado, constituyen las afiligranadas ramificaciones de un fin. Quien lo acerque de verdad a su oído sentirá latir en él un principio.

juan larrea

¹ He aquí una carta suya: "París, 28 octubre 1936. "Querido Juan. Perdóname el silencio después de recibir tu carta del sur de Francia. ¡Nos tienes tan absorbidos en España que toda el alma no nos basta!

"Tu carta telegráfica no nos cuenta tus proyectos, tu estado de espíritu, tus puntos de vista, en fin, sobre el drama en que nos debatimos tú, yo y todo el mundo. Aquí trabajamos mucho y no todo lo que quisiéramos a causa de nuestra condición de extranjeros. Y nada de esto nos satisface y querríamos volar al mismo frente de batalla. Nunca medí tanto mi pequeñez humana, como ahora. Nunca me di más cuenta de lo poco que puede un hombre individualmente. Esto me aplasta...

"Escríbeme más largo. ¡Ya ves cómo se alarga la agonía de los nuestros! Pero la causa del pueblo es sagrada y triunfará, hoy, mañana o pasado mañana. ¡Viva España! ¡Viva el Frente Popular!

"Cariñosos recuerdos de Georgette para Guite, tú y los niños y, para ti, Juan hermano y compañero, todos mis abrazos de hombre.

César."

cronología



*Puño de espada
con el perfil retrato
de César Vallejo,
por José De Creft.
Plomo, 1924.*

- 1892: Nace César Vallejo el 16 de marzo, en Santiago de Chuco, La Libertad, Perú.
- 1905-1908: Cursa estudios secundarios en Huamachuco.
- 1910-1912: Ocupa varios empleos. Piensa en estudiar Medicina en Lima.
- 1913-1915: Estudia Letras en la Universidad de Trujillo, graduándose de bachiller. Colabora en *Cultura Infantil*, revistilla editada por un Centro Escolar en el que él trabajó, antes de ingresar al Colegio Nacional de San Juan.
- 1915-1917: Se une el grupo literario y artístico que encabezan Antenor Orrego y José Eulogio Garrido. Se enamora de Mirtho. Escribe muchos de los poemas que integrarán *Los Heraldos Negros*, publicando algunos —en versiones primitivas— en *La Industria* y *La Reforma* de Trujillo.
- 1919: Trabaja en el Colegio Nacional de Guadalupe. A mitad de año lanza *Los Heraldos Negros*. Escribe las primeras versiones de muchos poemas de *Trilce*.
- 1920: En julio está en Santiago de Chuco, donde resulta envuelto en violentos incidentes. Se oculta un tiempo, pero en noviembre cae preso y queda detenido en la cárcel de Trujillo.
- 1921: Sale libre en febrero. Vuelve a Lima. Su cuento *Más allá de la vida y de la muerte* le vale un premio literario.
- 1922: En octubre publica *Trilce*, con prólogo de Antenor Orrego.
- 1923: En marzo publica *Escalas Melografiadas*; en mayo, *Fabla Salvaja*. En junio se embarca para Francia; llega a París el 13 de julio.

- 1924: Pasa meses miserables. Su padre muere en Santiago. El sufre una dolorosa operación. Escribe varios de los "poemas en prosa" que figuran al final de *Poemas Humanos*. Conoce a Vicente Huidobro.
- 1925: Trabaja para los Grandes Periódicos Iberoamericanos. Inicia su colaboración en *Mundial*, de Lima. Viaja por primera vez a España, a cobrar el monto de una beca.
- 1926: Con Juan Larrea edita dos números de *Favorables Paris Poemas 1926*. Vive con Henriette Maise.
- 1927: Publica en *Amauta, Sabiduría*, capítulo de una novela que nunca continuará. Renuncia a su puesto en los Grandes Periódicos Iberoamericanos. Conoce a Georgette Philippart. Escribe el poema *Lomo de las sagradas escrituras*, publicado en *Mundial* por L. A. Sánchez.
- 1928: Enfermo y profundamente abatido, se siente morir, hasta que va a pasar el verano al campo en compañía de Henriette. Se ha puesto a estudiar a la luz del marxismo los fenómenos sociales y políticos de la época. En octubre realiza su primer viaje a la URSS.
- 1929: Empieza a convivir con Georgette Philippart. Con ella viaja a Bretagne y, en septiembre, nuevamente a la URSS. Colabora en *El Comercio*, de Lima.
- 1930: Publica *Un Reportaje en Rusia* en la revista madrileña *Bolívar*. En julio sus amigos concretan, también en Madrid, una reedición de *Trilce*, con prólogo de José Bergamín y poema liminar de Garardo Diego. Vallejo se pone a escribir para el teatro: destruirá su primera obra, *Mampar*; en cambio, trabajará con ahínco en su segunda, llamada primero *Moscú contra Moscú*, y luego *Entre las dos orillas corre el río*. A fines de diciembre, el poeta, sindicado como comunista, recibe orden de abandonar el territorio francés; pasa a España con Georgette.
- 1931: En Madrid, Vallejo presencia sin ilusiones el nacimiento de la República (abril). Ingresa en el Partido Comunista de España. Escribe para la editorial Cénit una novela proletaria —*El Tungsteno*—, en la cual incluye, con ligeras modificaciones, el texto de *Sabiduría*. No logra publicar su cuento infantil *Paco Yunque*; pero su reportaje *Rusia en 1931*, editado por la editorial Ulises, conoce un éxito rotundo. En octubre, él viaja, por tercera y última vez, a la Unión Soviética, donde compone versos que más tarde serán *Dulzura por dulzura corazón!* De nuevo en Madrid, empieza otra obra teatral, *Lock Out*.
- 1932: En enero escribe a Juan Larrea: "Comparto mi vida entre inquietud política y social y mi inquietud introspectiva y personal y mía, para adentro." En febrero vuelve clandestinamente a Francia, donde no tarda en conseguir permiso para quedarse. Revisa *Rusia ante el Segundo Plan Quinquenal*, que ninguna editorial acepta.
- 1933: Colabora en *Germinal*, de París, con una serie de artículos sobre el tema "¿Qué pasa en el Perú?" En octubre, Georgette vende el departamento de la rue Molière, que heredara de su madre. En adelante los Vallejos vivirán en varios hoteles y cuartos amueblados, hasta instalarse en 1936 en el Hotel du Maine, última residencia del poeta antes de la clínica donde fue a morir.
- 1934: Federico de Onís incluye al autor de *Trilce* en su *Antología de la Poesía Española e Hispanoamericana*. En octubre, Vallejo se casa con Georgette. Escribe *Colacho Hermanos*. Prepara dos volúmenes críticos: *El Arte y la Revolución y Contra el Secreto Profesional*.

- 1935: Año negro, en que se cierran todas las puertas. Vanos intentos para publicar un volumen que reuniera las prosas poéticas y los poemas, escritos desde 1923.
- 1936: Estremecido por la tragedia que estalla en España, Vallejo colabora denodadamente en la ayuda al pueblo y a la causa republicana. Escribe el poema *París, octubre 1936*. En diciembre viaja a Barcelona y a Madrid.
- 1937: En julio, el poeta asiste en Valencia al Congreso de Escritores Antifascistas. Deprimido por la vanidad y cobardía de muchos delegados, visita el frente de Madrid. Se aísla. De regreso en París colabora en la fundación del Comité Iberoamericano para la Defensa de la República Española; pero se retira cuando el boletín *Nuestra España* pasa a ser controlado por Neruda, cuyas actividades siempre le parecieron interesadas y demagógicas. Entre septiembre y diciembre revisa algunos versos de sus últimos años y, de un solo aliento, les agrega la mayor parte de los textos que formarán *Poemas Humanos y España, aparta de mí este caliz*, ambas obras publicadas póstumamente en 1939.
- 1938: En marzo, Vallejo cae en cama. Lo transportan a la clínica Arago, donde nadie llega a determinar cuál es el mal físico que lo consume. El 29 de marzo le dicta a Georgette: "Cualquiera que sea la causa que tenga que defender ante Dios, más allá de la muerte, tengo un defensor: Dios." Muere a la mañana del 15 de abril, Viernes Santo.

1931: Publica *Un Reportaje en Rusia* en la revista madrileña *Arco*. En julio sus amigos concretan, también en Madrid, una reedición de *Trilce*, con prólogo de José Bergamín y poema inicial de Gerardo Diego. Vallejo se pone a escribir para el texto: destruye su primera obra, *Manjar*, en cambio, trabajará con ahínco en su segunda, llamada *Primeros poemas contra Moscú*, y luego *Entre las dos orillas corre el río*. A fines de diciembre el poeta, decidido como comunista, recibe orden de abandonar el territorio francés: pasa a España con Georgette.

1932: En Madrid, Vallejo presencia sin ilusión el nacimiento de la República (sufrida). Ingresó en el Partido Comunista de España. Escribe para la editorial Cénit una novela proletaria —*El Funguero*—, en la cual incluye, con ligeras modificaciones, el texto de *Solidaridad*. No logra publicar su cuento infantil *Paco Yunque*; pero su reportaje *Rusia en 1931*, editado por la editorial Ullstein, conoce un éxito rotundo. En octubre él visita, por tercera y última vez, a la Unión Soviética, donde compone versos que más tarde serán *Dulzura por dulzura comunista*. De nuevo en Madrid, empieza otra obra teatral, *Lock Out*.

1933: Colabora en *Germinal*, de París, con una serie de artículos sobre el tema "¿Qué pasa en el Perú?" En octubre, Georgette vende el departamento de la rue Meillère, que heredará de su madre. En adelante los Vallejos vivirán en varios hoteles y cuartos amueblados, hasta instalarse en 1936 en el Hotel du Maine, última residencia del poeta antes de la clínica desde fue a morir.

1934: Federico de Onís incluye al autor de *Trilce* en su *Antología de la Poesía Española e Hispanoamericana*. En octubre, Vallejo se casa con Georgette. Escribe *Colacho Hermanos*. Prepara dos volúmenes críticos: *El Arte y la Revolución* y *Contra el Secreto Profesional*.

1935: En marzo, Vallejo cae en clínicas. Lo transportan a la clínica Arago, donde nadie llega a determinar cuál es el mal físico que lo consume. El 23 de marzo la clínica a Georgette. Colaborará que sea la causa que obliga que desahuciar ante Dios más allá de la muerte tenga un censor: Dios. Muere a la mañana del 15 de abril. Véase antes.

1936: En julio el poeta nace en Valencia el Congreso de Escritores Anti-fascistas. Desembarca por la variedad y cobardía de muchos de los que vienen al frente de Madrid. Se aloja en París colapsa en una clínica de la rue de Valenciennes. Ingresó en el Hospital de la República para ser controlado por médicos cuyas actividades siempre le parecían interesadas y demagógicas. Entre septiembre y diciembre revisa algunas de sus últimas obras y de un año aliente les agrega la mayor parte de las secciones que formarán *Poemas Humanos* y *Escritos*, que al año siguiente se publican por entregas.

1937: En julio el poeta nace en Valencia el Congreso de Escritores Anti-fascistas. Desembarca por la variedad y cobardía de muchos de los que vienen al frente de Madrid. Se aloja en París colapsa en una clínica de la rue de Valenciennes. Ingresó en el Hospital de la República para ser controlado por médicos cuyas actividades siempre le parecían interesadas y demagógicas. Entre septiembre y diciembre revisa algunas de sus últimas obras y de un año aliente les agrega la mayor parte de las secciones que formarán *Poemas Humanos* y *Escritos*, que al año siguiente se publican por entregas.

1938: En marzo, Vallejo cae en clínicas. Lo transportan a la clínica Arago, donde nadie llega a determinar cuál es el mal físico que lo consume. El 23 de marzo la clínica a Georgette. Colaborará que sea la causa que obliga que desahuciar ante Dios más allá de la muerte tenga un censor: Dios. Muere a la mañana del 15 de abril. Véase antes.

1939: Publica *Un Reportaje en Rusia* en la revista madrileña *Arco*. En julio sus amigos concretan, también en Madrid, una reedición de *Trilce*, con prólogo de José Bergamín y poema inicial de Gerardo Diego. Vallejo se pone a escribir para el texto: destruye su primera obra, *Manjar*, en cambio, trabajará con ahínco en su segunda, llamada *Primeros poemas contra Moscú*, y luego *Entre las dos orillas corre el río*. A fines de diciembre el poeta, decidido como comunista, recibe orden de abandonar el territorio francés: pasa a España con Georgette.

1940: En Madrid, Vallejo presencia sin ilusión el nacimiento de la República (sufrida). Ingresó en el Partido Comunista de España. Escribe para la editorial Cénit una novela proletaria —*El Funguero*—, en la cual incluye, con ligeras modificaciones, el texto de *Solidaridad*. No logra publicar su cuento infantil *Paco Yunque*; pero su reportaje *Rusia en 1931*, editado por la editorial Ullstein, conoce un éxito rotundo. En octubre él visita, por tercera y última vez, a la Unión Soviética, donde compone versos que más tarde serán *Dulzura por dulzura comunista*. De nuevo en Madrid, empieza otra obra teatral, *Lock Out*.

1941: Colabora en *Germinal*, de París, con una serie de artículos sobre el tema "¿Qué pasa en el Perú?" En octubre, Georgette vende el departamento de la rue Meillère, que heredará de su madre. En adelante los Vallejos vivirán en varios hoteles y cuartos amueblados, hasta instalarse en 1936 en el Hotel du Maine, última residencia del poeta antes de la clínica desde fue a morir.

1942: Federico de Onís incluye al autor de *Trilce* en su *Antología de la Poesía Española e Hispanoamericana*. En octubre, Vallejo se casa con Georgette. Escribe *Colacho Hermanos*. Prepara dos volúmenes críticos: *El Arte y la Revolución* y *Contra el Secreto Profesional*.

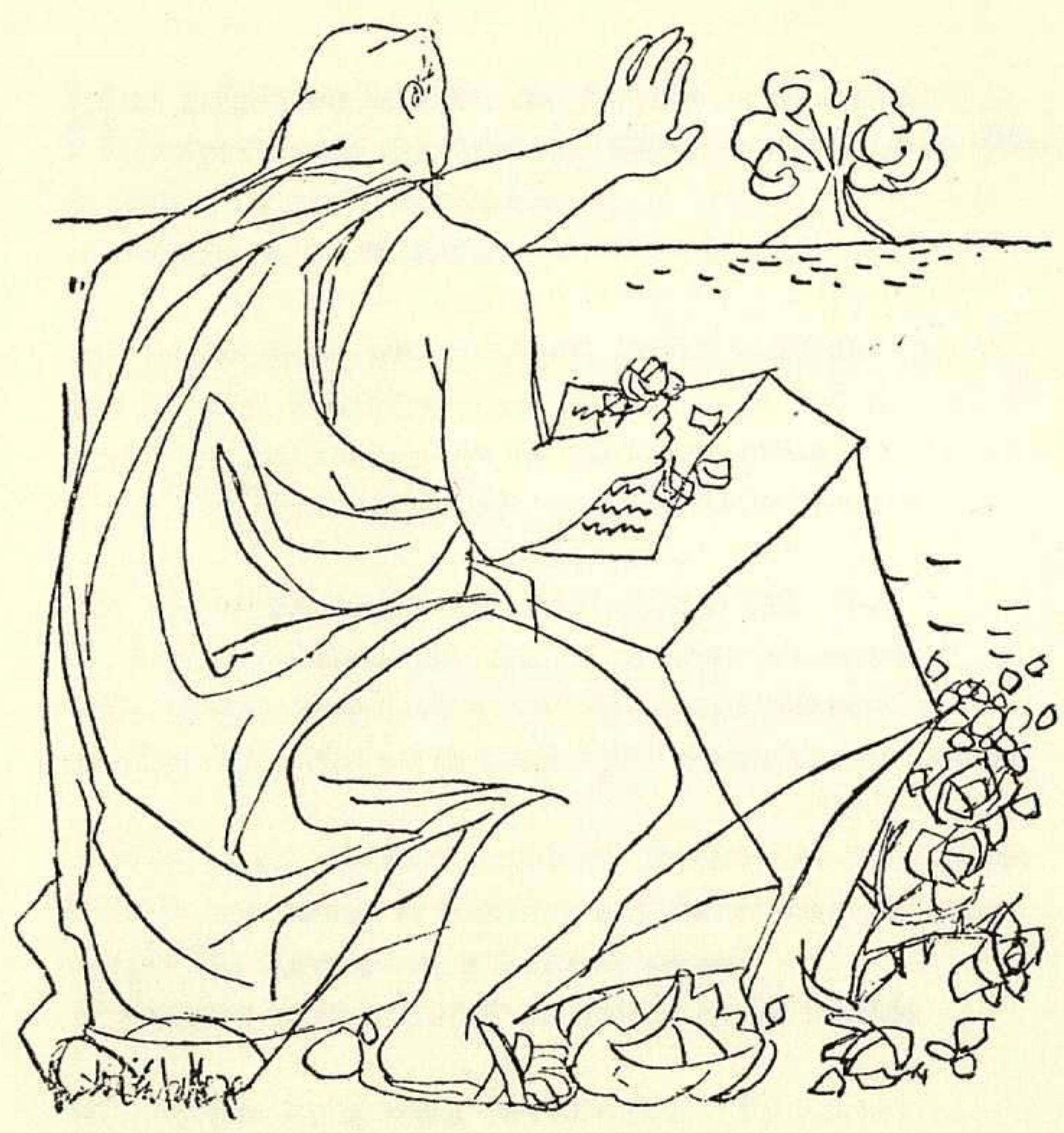


ANTOLOGIA POETICA

josé caballero

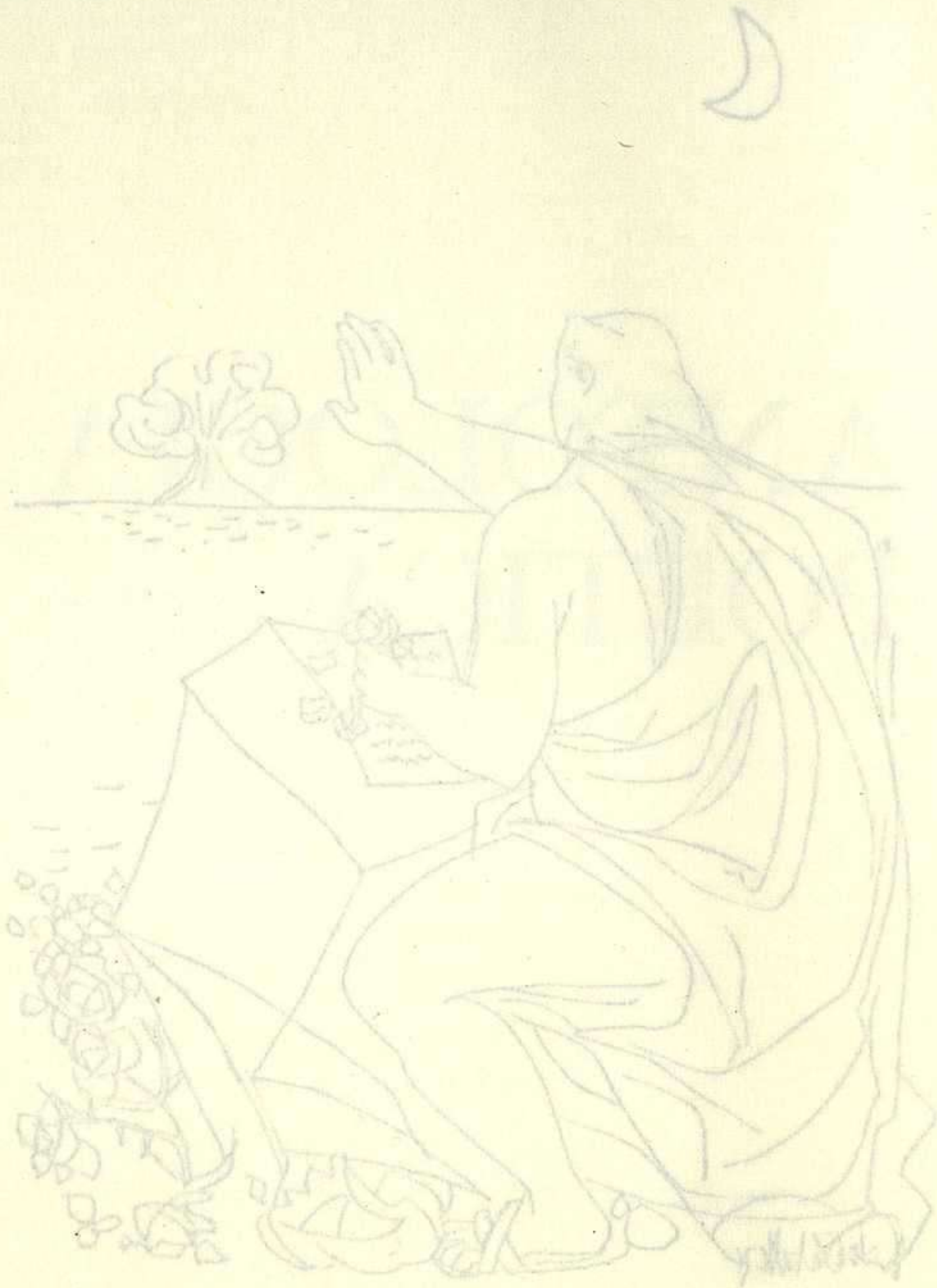
ANTOLOGIA
POETICA

LOS HERALDOS NEGROS



josé caballero

11



José Caballero

LOS HERALDOS NEGROS

HAY golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé!

Son pocos, pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre... Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada.

HAY golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!

LOS HERALDOS NEGROS

Los heraldos

LOS HERALDOS NEGROS

HAY golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé!

Son pocos, pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre... Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!

EL POETA A SU AMADA

AMADA, en esta noche tú te has crucificado
sobre los dos maderos curvados de mi beso;
y tu pena me ha dicho que Jesús ha llorado,
y que hay un viernesanto más dulce que ese beso.

En esta noche rara que tanto me has mirado,
la Muerte ha estado alegre y ha cantado en su hueso.
En esta noche de setiembre se ha oficiado
mi segunda caída y el más humano beso.

Amada, moriremos los dos juntos, muy juntos;
se irá secando a pausas nuestra excelsa amargura;
y habrán tocado a sombra nuestros labios difuntos.

Y ya no habrán reproches en tus ojos benditos;
ni volveré a ofenderte. Y en una sepultura
los dos nos dormiremos como dos hermanitos.

ÁGAPE

Hoy no ha venido nadie a preguntar;
ni me han pedido en esta tarde nada.

No he visto ni una flor de cementerio
en tan alegre procesión de luces.

Perdóname, Señor: qué poco he muerto!

En esta tarde todos, pasan
sin preguntarme ni pedirme nada.

Y no sé qué se olvidan y se queda
mal en mis manos, como cosa ajena.

He salido a la puerta,
y me da ganas de gritar a todos:
Si echan de menos algo, aquí se queda!

Porque en todas las tardes de esta vida,
yo no sé con qué puertas dan a un rostro,
y algo ajeno se toma el alma mía.

Hoy no ha venido nadie;
y hoy he muerto qué poco en esta tarde.

LA CENA MISERABLE

HASTA cuándo estaremos esperando lo que no se nos debe... Y en qué recodo estiraremos nuestra pobre rodilla para siempre! Hasta cuándo la cruz que nos alienta no detendrá sus remos.

Hasta cuándo la Duda nos brindará blasones por haber padecido...

Ya nos hemos sentado mucho a la mesa con la amargura de un niño que a media noche, llora de hambre, desvelado...

Y cuándo nos veremos con los demás, al borde de una mañana eterna, desayunándonos todos. Hasta cuándo este valle de lágrimas, a donde yo nunca dije que me trajeran.

De codos todo bañado en llanto repito cabizbajo y vencido: hasta cuándo la cena durará.

Hay alguien que ha bebido mucho, y se burla y acerca y aleja de nosotros, como negra cuchara de amarga esencia humana, la tumba...

Y menos sabe ese oscuro hasta cuándo la cena durará!

LOS ANILLOS FATIGADOS

HAY ganas de volver, de amar, de no ausentarse,
y hay ganas de morir, combatido por dos
aguas encontradas que jamás han de istmarse.

Hay ganas de un gran beso que amortaje a la Vida,
que acaba en el África de una agonía ardiente.
suicida!

Hay ganas de... no tener ganas, Señor:
a ti yo te señalo con el dedo deicida:
hay ganas de no haber tenido corazón.

La primavera vuelve, vuelve y se irá. Y Dios
curvado en tiempo, se repite. y pasa, pasa
a cuestras con la espina dorsal del Universo.

Cuando las sienes tocan su lúgubre tambor. Y
cuando me duele el sueño grabado en un puñal,
¡hay ganas de quedarse plantado en este verso!

Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

DIOS

SIENTO a Dios que camina
tan en mí, con la tarde y con el mar.
Con él nos vamos juntos. Anochece,
Con el anohecemos, Orfandad...

Pero yo siento a Dios. Y hasta parece
que él me dicta no sé qué buen color.
Como un hospitalario, es bueno y triste;
mustia un dulce desdén de enamorado:
debe dolerle mucho el corazón.

Oh, Dios mío, recién a tí me llegó,
hoy que amo tanto en esta tarde: hoy
que en la falsa balanza de unos senos.
mido y lloro una frágil Creación.

Y tú, cuál llorarás... tú, enamorado
de tanto enorme seno girador...
Yo te consagro Dios, porque amas tanto;
porque jamás sonríes; porque siempre
debe dolerte mucho el corazón.

ESPERGESIA

Yo nació un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que yo vivo,
que soy malo; y no saben
del diciembre de ese enero.
Pues yo nació un día
que Dios estuvo enfermo.

Hay un vacío
en mi aire metafísico
que nadie ha de palpar:
el claustro de un silencio
que habló a flor de fuego.

Yo nació un día
que Dios estuvo enfermo.

Hermano, escucha, escucha...
Bueno. Y que no me vaya
sin llevar diciembres,
sin dejar eneros.
Pues yo nació un día
que Dios estuvo enfermo.

josé díaz pardo

Todos saben que vivo,
que mastico... Y no saben
por qué en mi verso, chirrían,
oscuro sinsabor de féretro,
luyidos vientos
desenrocados de la Esfinge
preguntona del Desierto.

Todos saben... Y no saben
que la Luz es tísica,
y la Sombra gorda...
Y no saben que el Misterio sintetiza...
Que él es la joroba
musical y triste que a distancia denuncia
el paso meridiano de las lindes a las Lindes.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.

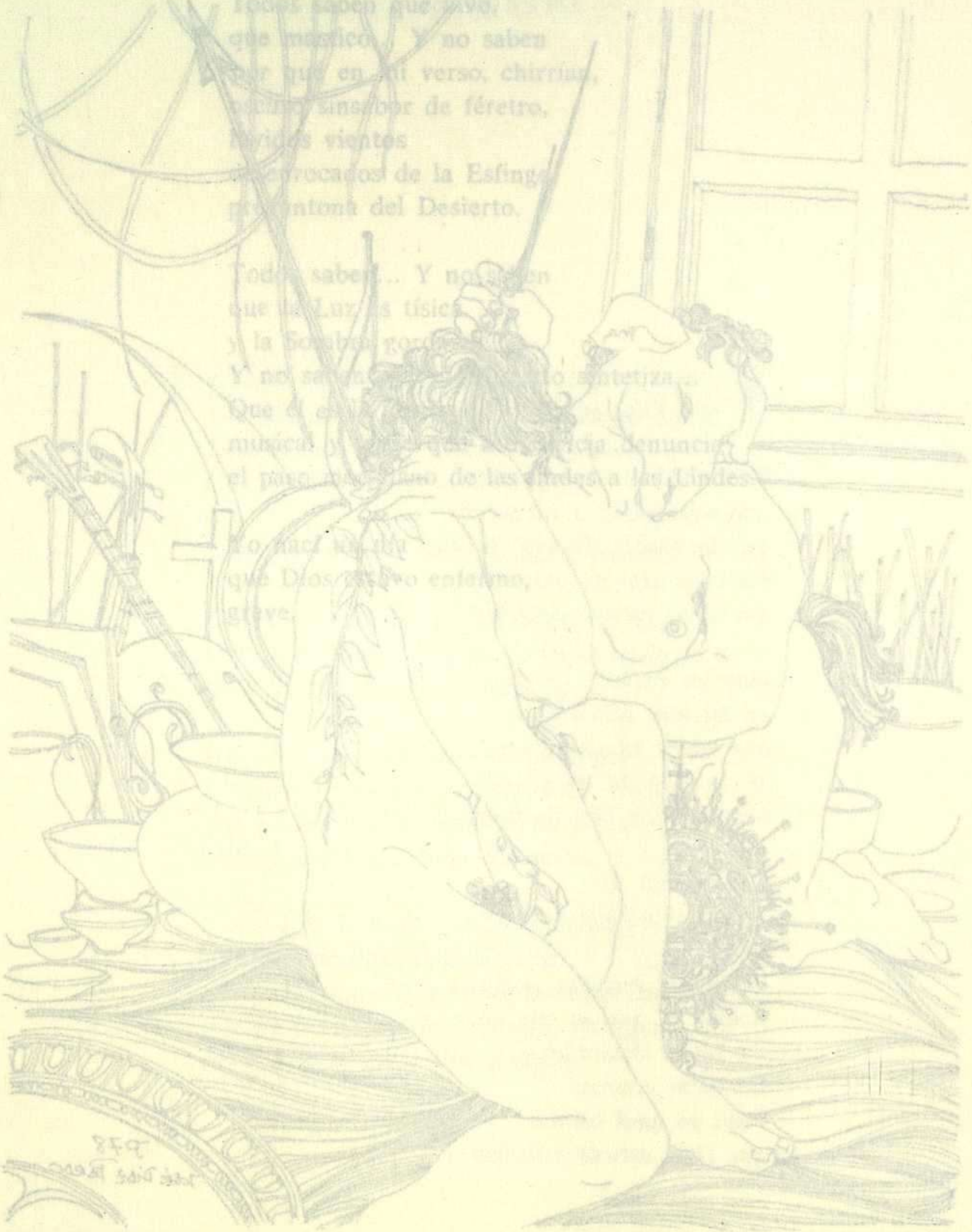


josé díaz pardo

Todos saben que vivo,
que vivo. Y no saben
por qué en mi verso, chirriar,
el susurro de féretro,
los vientos
evocados de la Esfinge
en la tumba del Desierto.

Todos saben... Y no saben
que la Luz es tísica
y la sombra gorda
Y no saben que el arte sintetiza...
Que el arte musical y literario denuncia
el peso del mundo de las almas a las lindes

Yo nací en un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.



Jose Diaz Parado

TRILCE

Este libro TRILCE de César Vallejo se publicó por primera vez en Lima en 1922. Fue acogido con indiferencia o con hostilidad. Después, las jóvenes generaciones literarias del Perú, empezaron a darse cuenta exacta, según parece, del extraordinario valor poético que contenía. Hubo, o hay, hacia César Vallejo, una atención distinta: de curiosidad, de sorpresa, de admiración. En España, la poesía de César Vallejo, era, hasta ahora, casi totalmente desconocida. Su nombre aparecía sumado al movimiento llamado por sus propugnadores *creacionismo*: con Huidobro, Larrea, Gerardo Diego... Este movimiento o tendencia, formuló, en principio, un enunciado poético claramente significativo: "la poesía —decía— es esencialmente *trascendible*". Principio en aparente oposición, si no contradicción, con la tendencia de la nuevamente radical poesía española que definían, individualmente, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, Rafael Alberti... Los poetas *creacionistas*, en principio, Huidobro y Larrea, escriben indistintamente en español y en francés, por entender que el fenómeno estético del lenguaje puede someterse más fácilmente al pensamiento, poéticamente puro, en el francés que en el castellano: porque suponía más trabajada y preparada la lengua francesa que la española, más apta para la expresión verbal poética: para la transmisión espiritual de la creación imaginativa. Gerardo Diego y Jorge Guillén polemizaron sobre este punto. Yo quiero recordarlo, ahora, únicamente para acentuar una de las cualidades esenciales de la poesía de César Vallejo: su arraigo idiomático castellano. Y más, por llegarnos su poesía de América. En

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN DE "TRILCE"

Este libro TRILCE de César Vallejo se publicó por primera vez en Lima en 1922. Fue acogido con indiferencia o con hostilidad. Después, las jóvenes generaciones literarias del Perú, empezaron a darse cuenta exacta, según parece, del extraordinario valor poético que contenía. Hubo, o hay, hacia César Vallejo, una atención distinta: de curiosidad, de sorpresa, de admiración. En España, la poesía de César Vallejo, era, hasta ahora, casi totalmente desconocida. Su nombre aparecía sumado al movimiento llamado por sus propugnadores *creacionismo*: con Huidobro, Larrea, Gerardo Diego... Este movimiento o tendencia, formuló, en principio, un enunciado poético claramente significativo: "la poesía —decía— es esencialmente traducible". Principio en aparente oposición, si no contradicción, con la tendencia de la nuevamente radical poesía española que definían, individualmente, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, Rafael Alberti... Los poetas *creacionistas*, en principio, Huidobro y Larrea, escriben indistintamente en español y en francés, por entender que el fenómeno estético del lenguaje puede someterse más fácilmente al pensamiento, poéticamente puro, en el francés que en el castellano: porque suponen más trabajada y preparada la lengua francesa que la española, más apta para la expresión verbal poética: para la trasmisión espiritual de la creación imaginativa. Gerardo Diego y Jorge Guillén polemizaron sobre este punto. Yo quiero recordarlo, ahora, únicamente para acentuar una de las cualidades esenciales de la poesía de César Vallejo: su arraigo idiomático castellano. Y más, por llegarnos su poesía de América. En

este sentido, el libro TRILCE de César Vallejo, tuvo un logro profético, adelantándose con ingenua espontaneidad verbal de poesía recién nacida: y adelantándose tanto, que hoy mismo nos sería difícil encontrarle superación entre nosotros; en su autenticidad, y en sus consecuencias.

Llega con este libro de César Vallejo una aportación lírica de valor y significado decisivos. Hacia la fecha de aparición de TRILCE, apenas si se había iniciado en España la renovación o reacción lírica que pronto adquiriría, marginando influencias francesas circunstanciales, el sentido tradicional y radical de nuestra poesía más pura. Salinas, Guillén, García Lorca, Dámaso Alonso, Alberti... laboran esta nueva poesía racional y radicalmente española: hacen que vuelva en sí, o a sí misma, a una poesía sincopada casi totalmente durante dos siglos. Y a una poesía que había perdido su sentido —alegre o “dolorido sentir” perdurable— volvieron a dárselo verdadero: porque ahondaban radicalmente la espontaneidad de su lenguaje originario. Esta renovación era una reacción contra las desviaciones romántica, naturalística, y, por último, modernista, de nuestra lírica. Contra el modernismo de Rubén Darío, ese gran vehículo armonioso de la peor pacotilla literaria pseudo-francesa, se mantenía pura la línea becqueriana, ya persistente, algo en Unamuno, en el dejo poético de Unamuno en el verso, como en la prosa vibrante de su pensar profundo; pero, sobre todo, en Antonio Machado y en Juan Ramón Jiménez. Bebe la nueva sed poética de estos dos líricos en las fuentes vivas del habla andaluza popular, depurándose, en el segundo, de modo que su propio fluír elude, huidero, la fijación en formas dadas, y esa admirable fluidez viva de su lirismo hace de su misma corriente natural, de su propio curso fugitivo, la pura transparencia imaginativa de su pensamiento. A esta poesía esencialmente lírica, fluente, renovadora, formada en un arte poético tan verbalmente transitivo, siguió un empeño más racional, más, en cierto modo, arquitectónico: más constructivo. En la poesía de Pedro Salinas, la más próxima todavía a la transición viva del perfecto lirismo juanramoniano, ya empieza a formarse, como de finas cristalizaciones, la estructuración primera de este cauce. Y en la poesía de Jorge Guillén ya se concreta en una concepción, si más limitada, más exacta, esta poderosa reacción poética: reacción o revolución como la de un incorruptible mecanismo celeste, que traspasa como es natural, o sobrenatural, sus determinaciones históricas. En el verso y la prosa de Dámaso Alonso se afirma ese propósito decidido de

construir, de estructurar en formas claras y distintas el pensar imaginativo poético: como en la poesía de Rafael Alberti, iniciada en cantar y canción, y profundizada en puro canto, en hondo pensar puramente poético.

El libro de Alberti: *SOBRE LOS ANGELES*, con las poesías de Juan Larrea o las de Neruda y aquellas de Gerardo Diego, que él incluye en su forma *creadora*, pueden servirnos para sistematizar por referencia el sentido y valor poético de este libro *TRILCE*.

No tiene la poesía de *TRILCE* esa poderosa plenitud dominada y dominadora de la expresión poética de Rafael Alberti: esa virtualidad artística por la que puede Alberti avanzar con dantesca seguridad en sus laberintos infernales o celestes: plasticidad imaginativa, precisión ajustada y ceñida de contornos, lo mismo visual que sonora, que ofrece su poesía con la misma definida perfección siempre, con la objetividad de una construcción metafísica del pensamiento. En el pensar poético de Rafael Alberti, la razón es una pasión como en la filosofía aristotélica y escolástica; y recíprocamente: la pasión es una razón: razón de ser y razón de estar, exclusivamente poetizado o creado todo en el universo. También se diferencia la poesía de *TRILCE*, en su ingenuidad, en su íntima generación espiritual profunda, aunque estando más próxima por la sencillez humana de sus motivaciones, de la poesía extremadamente conmovida, delicadamente agudizada de Juan Larrea; poesía tan directa y tan pura que puede aplicársele aquella opinión de Debussy sobre un trozo de Bach: "que no sabe uno cómo ponerse ni lo que hacer para sentirse digno de escucharla". De la poesía de Gerardo Diego se aproxima *TRILCE* por la aparente incoherencia de los enlaces imaginativos, acusadores de una honda coherencia poética más exacta; se aparta totalmente del poeta del *MANUAL DE ESPUMAS* por el estremecimiento humano que la determina, por la rapidez, por la vibración, por el acento. La poesía de *TRILCE*, es seca, ardorosa, como retorcida duramente por un sufrimiento animal que se deshace en un grito alegre o dolorido, casi salvaje. Esto la aproxima y la aparta, a su vez, del poeta americano Neruda, también oscuramente dolorido y hosco, pero con distinta sensualidad: la poesía de Neruda es más jugosa, más blanda, más densa y, acaso, más rica de tonalidades, pero más monótona en conjunto, menos inventiva, menos flexible, menos ágil.

"Versos que no son versos, poesía que no es poesía" decía Jules Laforgue del libro admirable de Corbière: "*LES AMOURS JAUNES*". Es

decir, poesía que no es literatura; que no está escrita en letras muertas, que no es letrada o no está literaturizada todavía. Cosa excepcional y sorprendente en lengua francesa, donde la tradición que pudiéramos llamar lógico-jurídica del lenguaje, es mucho más inflexible que en la castellana.

La poesía de TRILCE, proyecta o propaga el pensamiento espiritualmente, y no literalmente, por la palabra, en puras relaciones imaginativas, desnudas del ropaje habitual metafórico, descarnadas así, secamente, como una sacudida eléctrica. Por este descoyuntado lenguaje, por esta armazón esquelética se trasmite, como por una apretada red de cables acerados, una corriente imaginativa, una vibración, un estremecimiento de máxima tensión poética: por ella se descarga a chispazos luminosos y ardientes el profundo sentido y sentimiento de una razón puramente humana. De esto debe estar advertido el lector de TRILCE, de que la poesía vuelve a la infancia espiritual del pensamiento, traspasando fronteras conceptuales: que no han de buscarse en la poesía relaciones análogas ni semejantes al del inferir racional lógico: la poesía tiene su lógica propia, como los astros, su pensar espiritual incorruptible. Y no porque la poesía no tenga razón, sino porque la tiene suya propia, razón que le sobra: que por eso, con la razón, es con lo que ha de salirse siempre, con la suya; salirse o situarse, relacionarse, especialmente, en el universo imaginativo del hombre.

En la poesía de TRILCE chocará al lector esta desnudez, descarnada, este punzante afianzamiento, brutal, de un lenguaje, tan exclusivamente poético, tan poco, o nada, literario. Mucho más, cuando en la poesía de TRILCE no se desvía ingeniosamente nunca la ingenuidad poética del pensamiento. El poeta desarticula la estructura gramatical del lenguaje descoyuntándolo en sorprendentes cabriolas neologistas, que sirven a su entrañable conmoción imaginativa, a su compasión racional poética, de potentes resortes o ligamentos; mejor, de trampolines para el salto peligroso de las palabras. Ni aún siendo tan extenso bastará a la poesía de TRILCE el registro tradicional de nuestra rítmica: se lo saltará con ligeros pies como se salta todas las explicaciones literarias.

“La poesía moderna —ha escrito Max Jacob— se salta todas las explicaciones”. Yo no he de tratar de explicar, ni de explicarme, esta poesía que es, como toda poesía, por definición, inexplicable; apenas si podría explicar porqué supera la poesía toda explicación prácticamente razonada o razonadora: y es que la supera a duras

penas precisamente; porque consiste su razón espiritual de ser en eso: en sobrepasar, en saltar o en hacer saltar, por el pensamiento, los obstáculos tradicionales del lenguaje. Por eso la poesía de TRILCE se ahonda, se arraiga en el lenguaje, porque no puede transmitirse ni cambiarse el lenguaje de nacimiento: el lenguaje poético; aquella cualidad especial, singular y única, que las palabras adquirieron en nuestra racionalización primera, durante la infancia, para sostener después un sistema de relaciones imaginativas con todas las cosas, que es, como nuestra propia sangre espiritual, más aún, como nuestro cuerpo: personal e intransferible. Esta incorporación personal poética es, por eso mismo, la seguridad de su universalidad, esencialmente traducible, pero no dentro de nosotros mismos, sino fuera.

La pureza poética de TRILCE, pureza íntegramente espiritual: pureza de mar, no pureza de agua destilada, tiene tanto empuje, tanto ímpetu, que nos parece áspera y dura al primer contacto; pero, por eso mismo, como todo lo que se expresa más estrictamente, afianza el sentido humano de lo verdadero: la poesía, que es lo más humanamente verdadero: o, verdaderamente, lo más humano.

josé bergamín

EL traje que vestí mañana
no lo ha lavado mi lavandera:
lo lavaba en sus venas otilinas,
en el chorro de su corazón, y hoy no he
de preguntarme si yo dejaba
el traje turbio de injusticia.

A hora que no hay quien vaya a las aguas,
en mis falsillas encañona
el lienzo para emplumar, y todas las cosas
del velador de tanto qué será de mí,
todas no están mías
a mi lado.

Quedaron de su propiedad,
fratesadas, selladas con su trigueña bondad.

Y si supiera si ha de volver;
y si supiera qué mañana entrará
a entregarme las ropas lavadas, mi aquella
lavandera del alma. Qué mañana entrará
satisfecha, capulí de obrería, dichosa
de probar que sí sabe, que sí puede

¡COMO NO VA A PODER!
azular y planchar todos los caos.

PIENSO en tu sexo.
Simplificado el corazón, pienso en tu sexo,
ante el hijar maduro del día.
Palpo el botón de dicha, está en sazón.
Y muere un sentimiento antiguo
degenerado en seso.

Pienso en tu sexo, surco más prolífico
y armonioso que el vientre de la Sombra,
aunque la Muerte concibe y pare
de Dios mismo.

Oh Conciencia,
pienso, sí, en el bruto libre
que goza donde quiere, donde puede.

Oh, escándalo de miel de los crepúsculos.
Oh estruendo mudo.
¡Odumodneurtse!

EN el rincón aquel, donde dormimos juntos
tantas noches, ahora me he sentado
a caminar. La caja de los novios difuntos
fue sacada, o tal vez qué habrá pasado.

Has venido temprano a otros asuntos
y ya no estás. Es el rincón
donde a tu lado, leí una noche,
entre tus tiernos puntos,
un cuento de Daudet. Es el rincón
amado. No lo equivoques.

Me he puesto a recordar los días
de verano idos, tu entrar y salir,
poca y harta y pálida por los cuartos.

En esta noche pluviosa,
ya lejos de ambos dos, salto de pronto...
Son dos puertas abriéndose cerrándose,
dos puertas que al viento van y vienen
sombra a sombra.

ME da miedo ese chorro,
buen recuerdo, señor fuerte, implacable
cruel dulzor. Me da miedo.

Esta casa me da entero bien, entero
lugar para este no saber donde estar.

No entremos. Me da miedo este favor
de tornar por minutos, por puentes volados,
Yo no avanzo, señor dulce,
recuerdo valeroso, triste
esqueleto cantor.

Qué contenido, el de esta casa encantada,
me da muertes de azogue, y obtura
con plomo mis tomas
a la seca actualidad.

El chorro que no sabe a cómo vamos,
dame miedo, pavor.
Recuerdo valeroso, yo no avanzo.
Rubio y triste esqueleto, silba, silba.

ESPERANZA plañe entre algodones.

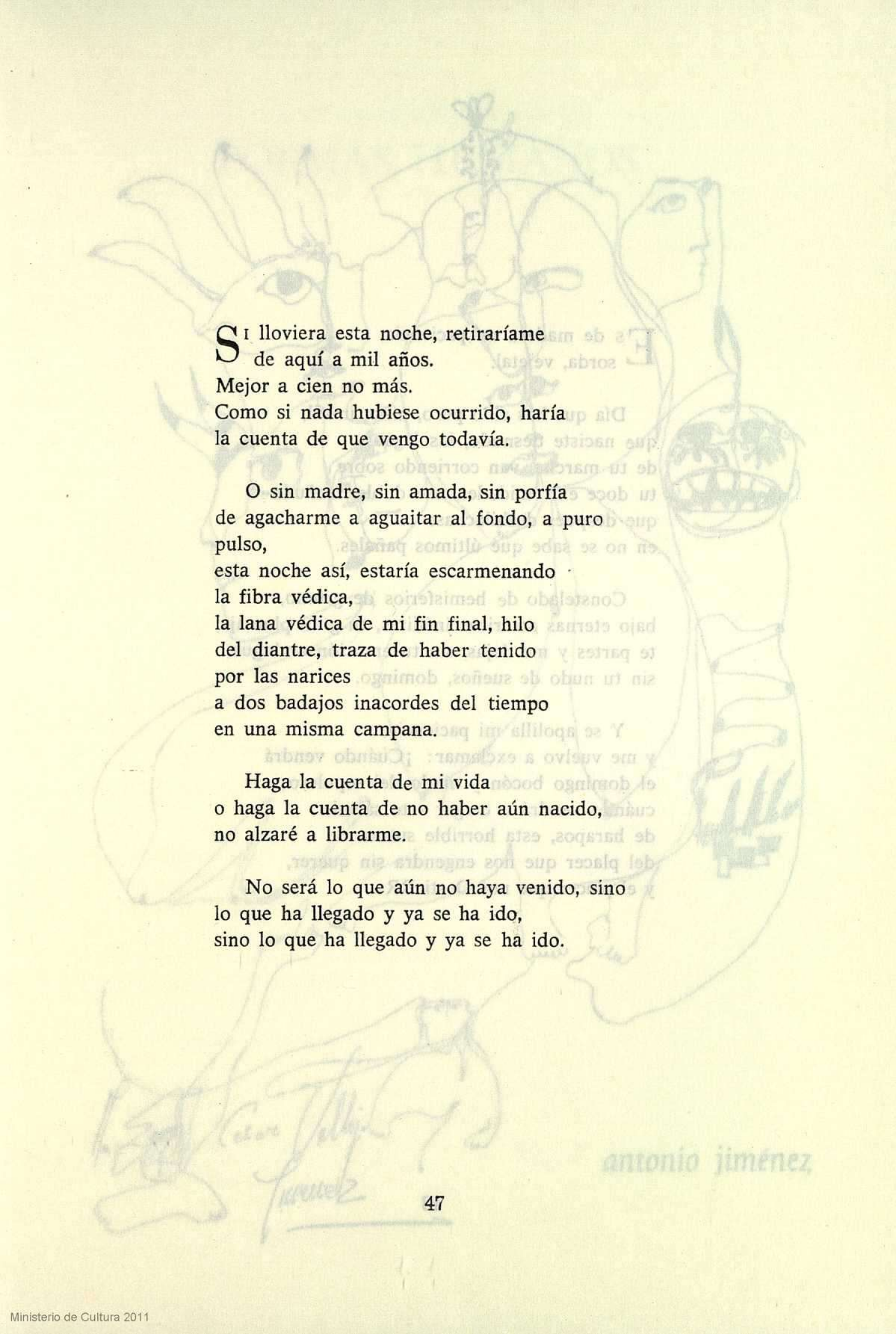
Aristas roncadas uniformadas
de amenazas tejidas de esporas magníficas
y con porteros botones innatos.

¿Se luden seis de sol?
Natividad. Cállate, miedo.

Cristiano espero, espero siempre
de hinojos en la piedra circular que está
en las cien esquinas de esta suerte
tan vaga a donde asomo.

Y Dios sobresaltado nos oprime
el pulso, grave, mudo,
y como padre a su pequeña,
apenas,
pero apenas, entreabre los sangrientos algodones
y entre sus dedos toma a la esperanza.

Señor, lo quiero yo...
Y basta!



Si lloviera esta noche, retiraría
de aquí a mil años.

Mejor a cien no más.

Como si nada hubiese ocurrido, haría
la cuenta de que vengo todavía.

O sin madre, sin amada, sin porfía
de agacharme a aguaitar al fondo, a puro
pulso,

esta noche así, estaría escarmenando
la fibra védica,
la lana védica de mi fin final, hilo
del diantre, traza de haber tenido
por las narices
a dos badajos inacordes del tiempo
en una misma campana.

Haga la cuenta de mi vida
o haga la cuenta de no haber aún nacido,
no alzaré a librarme.

No será lo que aún no haya venido, sino
lo que ha llegado y ya se ha ido,
sino lo que ha llegado y ya se ha ido.

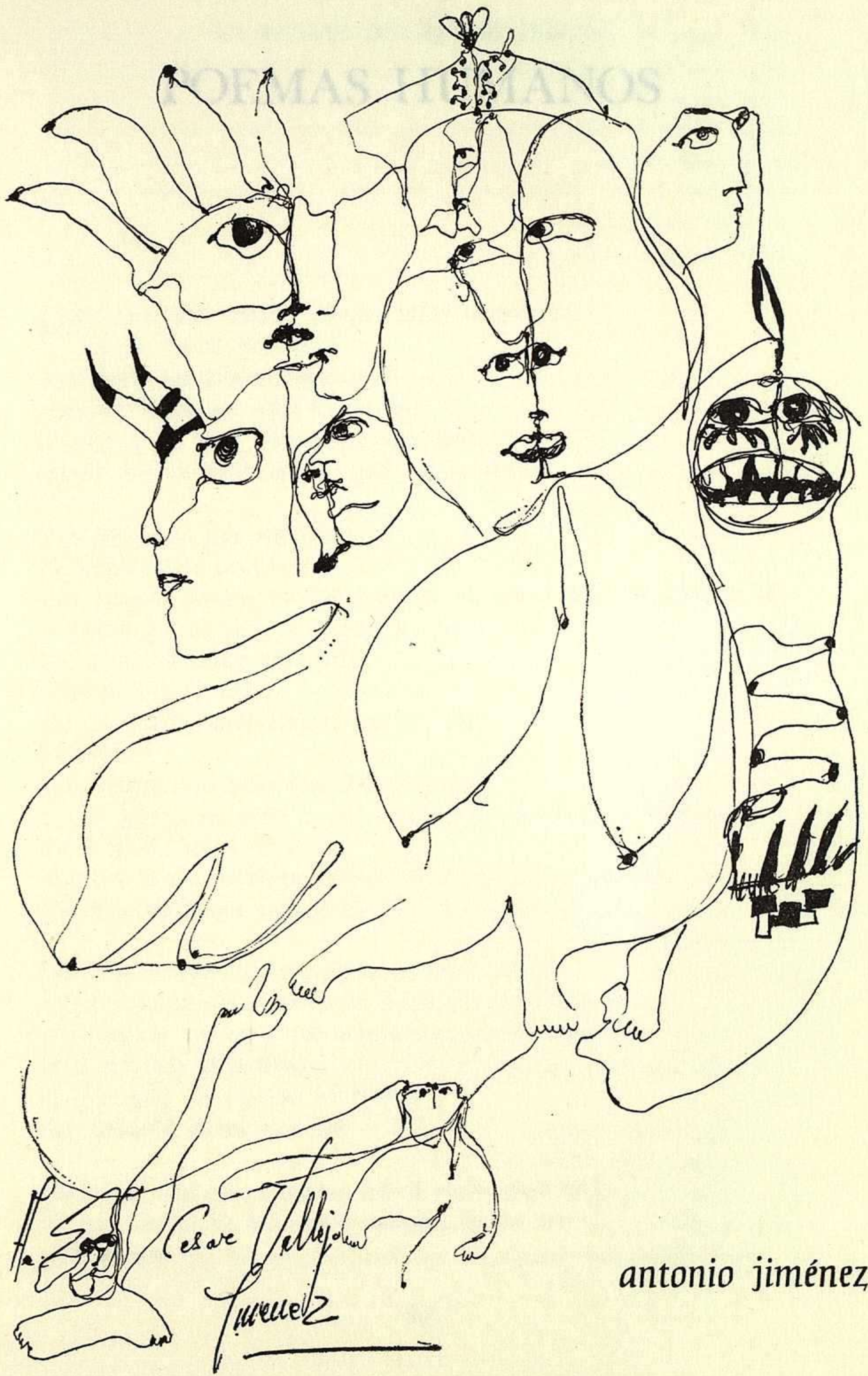
antonio jiménez

Es de madera mi paciencia,
sorda, vegetal.

Día que has sido puro, niño, inútil,
que naciste desnudo, las leguas
de tu marcha, van corriendo sobre
tu doce extremidades, ese doblez ceñudo
que después deshiláchase
en no se sabe qué últimos pañales.

Constelado de hemisferios de grumo,
bajo eternas américas inéditas, tu gran plumaje,
te partes y me dejas, sin tu emoción ambigua,
sin tu nudo de sueños, domingo.

Y se apolilla mi paciencia,
y me vuelvo a exclamar: ¡Cuándo vendrá
el domingo bocón y mudo del sepulcro;
cuándo vendrá a cargar este sábado
de harapos, esta horrible sutura
del placer que nos engendra sin querer,
y el placer que nos DestieRRa.



antonio jiménez

POEMAS HUMANOS

Por entre mis propios dientes salgo humeando,
dando voces, pujando,
bajándome los pantalones...

Váca mi estómago, váca mi yeyuno,
la miseria me saca por entre mis propios dientes,
cogido con un palito por el puño de la camisa.

Una piedra en que santarme
no habrá ahora para mí?

Aun aquella piedra en que tropieza la mujer que ha dado a luz,
la madre del cordero, la causa, la raíz,
esa no habrá ahora para mí?

Siquiera aquella otra,
que ha pasado agachándose por mi alma!
Siquiera

la calcitrada o la mala (humilde océano)
o a la que ya no sirve ni para ser usada contra el hombre,
esa dádme la ahora para mí!

Siquiera la que hallaren atrevesada y sola en un insulto,
esa dádme la ahora para mí!

Siquiera la torcida y coronada, en que resuena
solamente una vez el andar de las rectas conciencias,
o, al menos, da otra, que arrojada en digna curva,
va a caer por sí misma,
en profusión de entraña verdadera,
esa dádme la ahora para mí!

Un pedazo de pan, tampoco habrá ahora para mí?

Ya no más he de ser lo que siempre he de ser,
pero dádme

POEMAS HUMANOS

LA RUEDA DEL HAMBRIENTO

POR entre mis propios dientes salgo humeando,
dando voces, pujando,
bajándome los pantalones...
Váca mi estómago, váca mi yeyuno,
la miseria me saca por entre mis propios dientes,
cogido con un palito por el puño de la camisa.

Una piedra en que sentarme
no habrá ahora para mí?
Aun aquella piedra en que tropieza la mujer que ha dado a luz,
la madre del cordero, la causa, la raíz,
ésa no habrá ahora para mí?
Siquiera aquella otra,
que ha pasado agachándose por mi alma!
Siquiera
la calcárida o la mala (humilde océano)
o a la que ya no sirve ni para ser tirada contra el hombre,
ésa dádmela ahora para mí!
Siquiera la que hallaren atravesada y sola en un insulto,
ésa dádmela ahora para mí!

Siquiera la torcida y coronada, en que resuena
solamente una vez el andar de las rectas conciencias,
o, al menos, esa otra, que arrojada en digna curva,
va a caer por sí misma,
en profesión de entraña verdadera,
ésa dádmela ahora para mí!

Un pedazo de pan, tampoco habrá ahora para mí?
Ya no más he de ser lo que siempre he de ser,
pero dadme

una piedra en que sentarme,
pero dadme,
en español
algo, en fin de beber, de comer, de vivir, de reposarse,
y después me iré...
Hallo una extraña forma, está muy rota
y sucia mi camisa
y ya no tengo nada, esto es horrendo.

Hoy me gusta la vida mucho menos.
pero siempre me gusta vivir; ya lo decía.
Casi toqué la parte de mi todo y me contuve
con un tiro en la lengua detrás de mi palabra.

Hoy me palpo el mentón en retirada
y en estos momentáneos pantalones yo me digo:
Tanta vida y jamás!
Tantos años y siempre mis semanas!...
Mis padres enterrados con su piedra
y su triste estirón que no ha acabado;
de cuerpo entero hermanos, mis hermanos,
y, en fin, mi ser parado y en chaleco.

Me gusta la vida enormemente
pero, desde luego,
con mi muerte querida y mi café
y viendo los castaños frondosos de París
y diciendo:

Es un ojo éste, aquél; una frente ésta, aquélla... Y repitiendo:

Tanta vida y jamás me falla la tonada!
Tantos años y siempre, siempre, siempre!

Dije chaleco, dije
todo, parte, ansia, dije casi, por no llorar
Que es verdad que sufrí en aquel hospital que queda al lado
y está bien y está mal haber mirado
de abajo para arriba mi organismo.

CONSIDERANDO en frío, imparcialmente,
que el hombre es triste, tose y, sin embargo,
se complace en su pecho colorado;
que lo único que hace es componerse
de días;
que es lóbrego mamífero y se peina...

Considerando
que el hombre procede suavemente del trabajo
y repercute jefe, suena subordinado;
que el diagrama del tiempo
es constante diorama en sus medallas
y, a medio abrir, sus ojos estudiaron,
desde lejanos tiempos,
su fórmula famélica de masa...

Comprendiendo sin esfuerzo
que el hombre se queda, a veces, pensando,
como queriendo llorar,
y, sujeto a tenderse como objeto,
se hace buen carpintero, suda, mata
y luego canta, almuerza, se abotona...

Considerando también
que el hombre es en verdad un animal
y, no obstante, al voltear, me da con su tristeza en la cabeza....

Examinando, en fin,
sus encontradas piezas, su retrete,
su desesperación, al terminar su día atroz, borrándolo...

Comprendiendo
que él sabe que le quiero,
que le odio con afecto y me es, en suma, indiferente...

Considerando sus documentos generales
y mirando con lentes aquel certificado
que prueba que nació muy pequeño....

Le hago una seña,
viene,
y le doy un abrazo, emocionado.
¡Qué más da! Emocionado... Emocionado...

TRASPIÉ ENTRE DOS ESTRELLAS

HAY gentes tan desgraciadas, que ni siquiera
tienen cuerpo; cuantitativo el pelo,
baja, en pulgadas, la genial pesadumbre;
el modo, arriba;
no me busques, la muela del olvido,
parecen salir del aire, sumar suspiros mentalmente, oír
claros azotes en sus palabras.

Vanse de su piel, rascándose el sarcófago en que nacen
y suben por su muerte de hora en hora
y caen, a lo largo de su alfabeto gélido, hasta él.

Ay de tanto! ay de tan poco! ay de ellas!
Ay en mi cuarto, oyéndolas con lentes!
Ay en mi tórax, cuando compran trajes!
Ay de mi mugre blanca, en su hez mancomunada!

Amadas sean las orejas sánchez,
amadas las personas que se sientan,
amado el desconocido y su señora,
el prójimo con mangas, cuello y ojos!

Amado sea aquel que tiene chinches,
el que lleva zapato roto bajo la lluvia,
el que vela el cadáver de un pan con dos cerillas,
el que se coge con un dedo en una puerta,
el que no tiene cumpleaños,
el que perdió su sombra en un incendio,
el animal, que parece un loro,

el que parece un hombre, el pobre rico,
el puro miserable, el pobre pobre!

Amado sea
el que tiene hambre o sed, pero no tiene
hambre con que saciar toda su sed,
ni sed con que saciar sus hambres!

Amado sea el que trabaja al día, al mes, a la hora,
el que suda de pena o de vergüenza,
aquel que va, por orden de sus manos, al cinema,
el que paga con lo que le falta,
el que duerme de espaldas,
el que ya no recuerda su niñez; amado sea
el calvo sin sombrero,
el justo sin espinas,
el ladrón sin rosas,
el que lleva reloj y ha visto a Dios,
el que tiene un honor y no fallece!

Amado sea el niño, que cae y aún llora.
y el hombre que ha caído y ya no llora.

Ay de tanto! Ay de tan poco! Ay de ellos!

LOS DESGRACIADOS

YA va a venir el día; da
cuerda a tu brazo, búscate debajo
del colchón, vuelve a pararte
en tu cabeza, para andar derecho.
Ya va a venir el día, ponte el saco.

Ya va a venir el día; ten
fuerte en la mano a tu intestino grande, reflexiona,
antes de meditar, pues es horrible
cuando le cae a uno la desgracia
y se le cae a uno a fondo el diente.

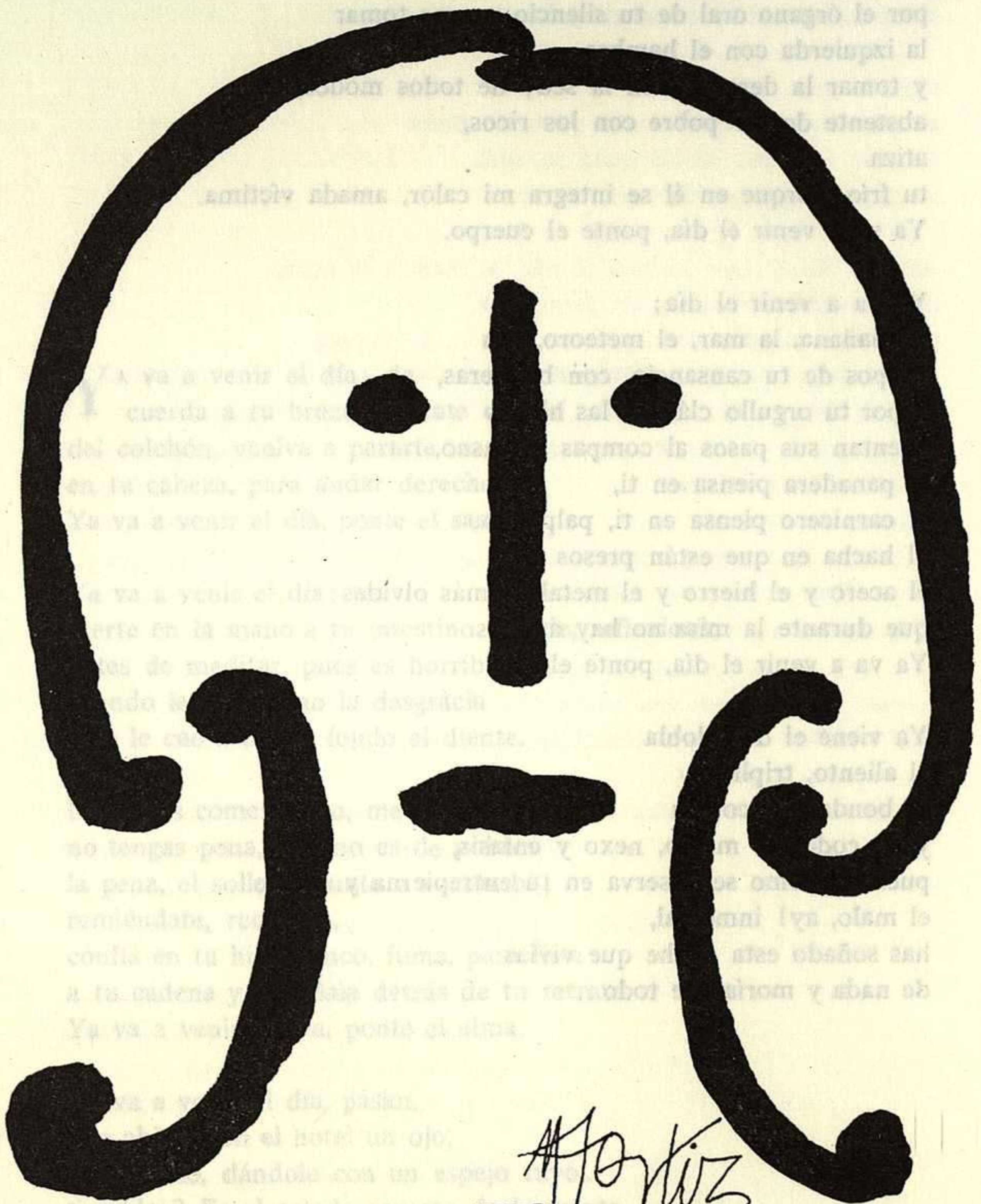
Necesitas comer, pero, me digo,
no tengas pena, que no es de pobres
la pena, el sollozar junto a su tumba;
remiéndate, recuerda,
confía en tu hilo blanco, fuma, pasa lista
a tu cadena y guárdala detrás de tu retrato.
Ya va a venir el día, ponte el alma.

Ya va a venir el día, pasan,
han abierto en el hotel un ojo,
azotándolo, dándole con un espejo tuyo...
tiembles? Es el estado remoto de la frente
y la nación reciente del estómago.
Roncan aún... Qué universo se lleva este ronquido!
Cómo quedan tus poros, enjuiciándolo!
Con cuántos doses, hay! estás tan solo!
Ya va a venir el día, ponte el sueño.

Ya va a venir el día, repito
por el órgano oral de tu silencio y urge tomar
la izquierda con el hambre
y tomar la derecha con la sed; de todos modos,
abstente de ser pobre con los ricos,
atiza
tu frío, porque en él se integra mi calor, amada víctima.
Ya va a venir el día, ponte el cuerpo.

Ya va a venir el día;
la mañana, la mar, el meteoro, van
en pos de tu cansancio, con banderas,
y por tu orgullo clásico, las hienas
cuentan sus pasos al compas del asno,
la panadera piensa en ti,
el carnicero piensa en ti, palpando
el hacha en que están presos
el acero y el hierro y el metal; jamás olvides
que durante la misa no hay amigos.
Ya va a venir el día, ponte el sol.

Ya viene el día, dobla
el aliento, triplica
tu bondad rencorosa
y da codos al miedo, nexo y énfasis,
pues tú, como se observa en tu entrepierna y siendo
el malo, ay! inmortal,
has soñado esta noche que vivías
de nada y morías de todo...



manuel ángeles ortiz

ESPAÑA APARTA DE MI
ESTE CALIZ

*España
aparta de mí
este cáliz*

15 POEMAS

por

CESAR VALLEJO

Profeta de América

(palabras preliminares
por JUAN LARREA)

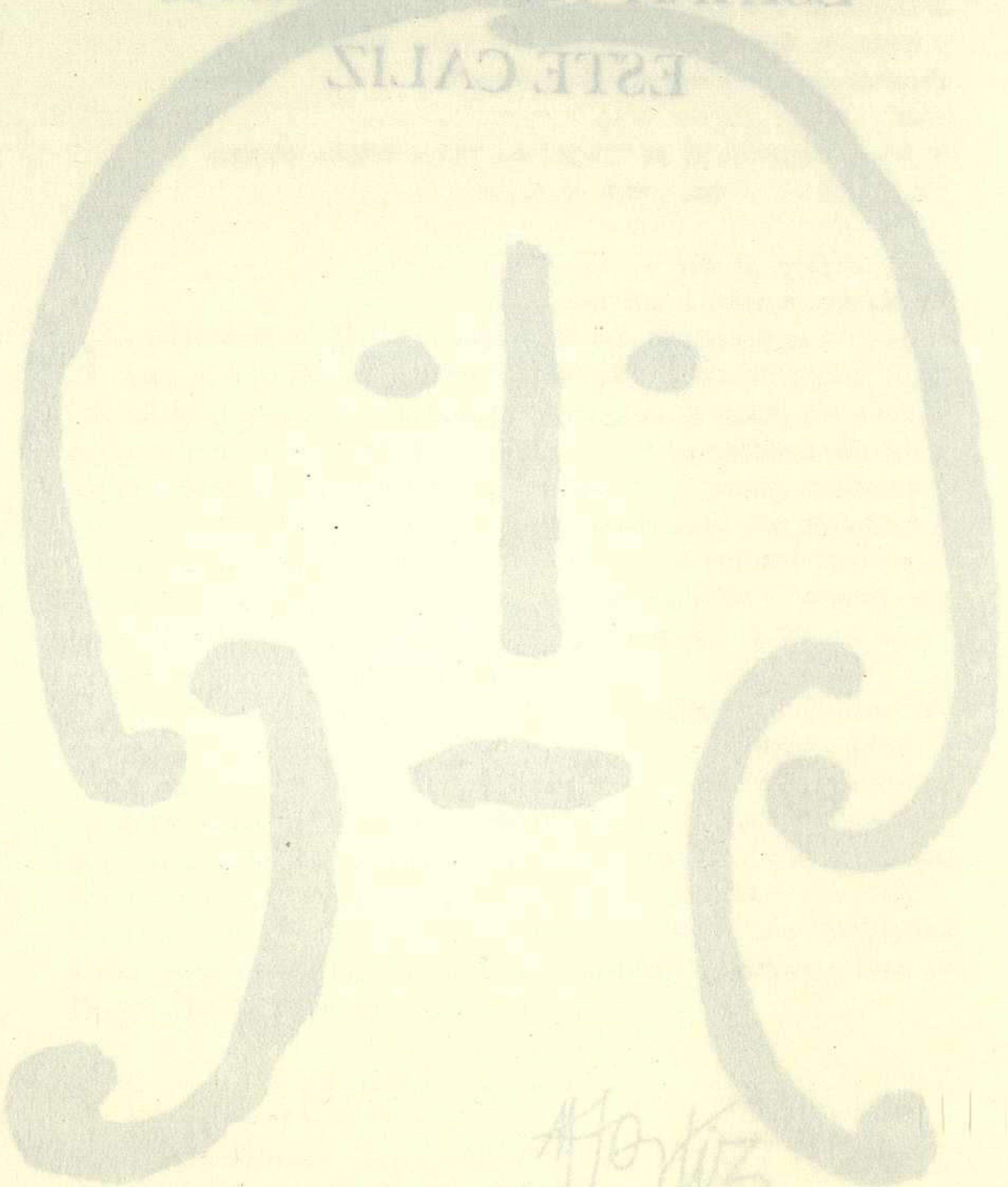
LUCERO

Editorial Séneca. México, D. F.

(Reproducción de la portada original. México)

ESPAÑA A PARTIR DE MI

ESTE CALIX



M. A. Ortiz

manuel angeles ortiz

*España
aparta de mí
este cáliz*

15 POEMAS

por

CESAR VALLEJO

Profecía de América

(palabras preliminares

por **JUAN LARREA**)

LUCERO

Editorial Séneca.—México, D. F.

(Reproducción de la portada original. México)

MÁLAGA sin padre ni madre,
ni piedrecilla, ni horno, ni perro blanco!
¡Málaga sin defensa, donde nació mi muerte dando pasos
y murió de pasión mi nacimiento!
¡Málaga caminando tras de tus pies, en éxodo,
bajo el mal, bajo la cobardía, bajo la historia cóncava, indecible,
con la yema en tu mano: ¡tierra orgánica!
y la clara en la punta del cabello: ¡todo el caos!
¡Málaga huyendo
de padre a padre, familiar, de tu hijo a tu hijo,
a lo largo del mar que huye del mar,
a través del metal que huye del plomo,
al ras del suelo que huye de la tierra
y a las órdenes ¡ay!
de la profundidad que te quería!
¡Málaga a golpes, a fatídico coágulo, a bandidos, a infiernazos,
a cielazos,
andando sobre duro vino, en multitud,
sobre la espuma lila, de uno en uno,
sobre huracán estático y más lila,
y al compás de las cuatro órbitas que aman
y de las dos costillas que se matan!
¡Málaga de mi sangre diminuta
y mi coloración a gran distancia,
la vida sigue con tambor a tus honores alazanes,
con cohetes, a tus niños eternos
y con silencio a tu último tambor,
con nada, a tu alma,
y con más nada, a tu esternón genial!
¡Málaga, no te vayas con tu nombre!
¡Que si te vas,
te vas
toda, hacia ti, infinitamente toda en su total,
concorde con tu tamaño fijo en que me aloco,
con tu suela feraz y su agujero
y tu navaja antigua atada a tu hoz enferma
y tu madero atado a un martillo!
¡Málaga literal y malagueña,
huyendo a Egipto, puesto que estás clavada,
alargando en sufrimiento idéntico tu danza,

resolviéndose en ti el volumen de la esfera,
perdiendo tu botijo, tus cánticos, huyendo
con tu España exterior y tu orbe innato!

¡Málaga por derecho propio
y en el jardín biológico, más Málaga!

¡Málaga en virtud
del camino, en atención al lobo que te sigue
y en razón del lobezno que te espera!

¡Málaga, que estoy llorando!

¡Málaga, que lloro y lloro!

* * *

Imagen española de la muerte

Ahí pasa! ¡Llamadla! ¡Es su costado!

Ahí pasa la muerte por Irún:

sus pasos de acordeón, su palabrota,

su metro del tejido que te dije,

su gramo de aquel peso que he callado... ¡si son ellos!

¡Llamadla! ¡Daos prisa! Va buscándome en los rifles,
como que sabe bien dónde la venzo,
cuál es mi maña grande, mis leyes especiosas, mis códigos terribles.
¡Llamadla!, ella camina exactamente como un hombre, entre

[las fieras,

se apoya en aquel brazo que se enlaza a nuestros pies

cuando dormimos en los parapetos

y se para a las puertas elásticas del sueño.

¡Gritó! ¡Gritó! ¡Gritó su grito nato, sensorial!

Gritara de vergüenza, de ver cómo ha caído entre las plantas,

de ver cómo se aleja de las bestias,

de oír cómo decimos: ¡Es la muerte!

¡De herir nuestros más grandes intereses!

(Porque elabora su hígado la gota que te dije, camarada:
porque se come el alma del vecino.)

¡Llamadla! Hay que seguirla
hasta el pie de los tanques enemigos.

Redoble fúnebre a los escombros de Durango

PADRE polvo que subes de España,
Dios te salve, libere y corone,
padre polvo que asciendes del alma.

Padre polvo que subes del fuego,
Dios te salve, te calce y dé un trono,
padre polvo que estás en los cielos.

Padre polvo, biznieto del humo,
Dios te salve y ascienda a infinito,
padre polvo, biznieto del humo.

Padre polvo en que acaban los justos,
Dios te salve y devuelva a la tierra,
padre polvo en que acaban los justos.

Padre polvo que creces en palmas,
Dios te salve y revista de pecho,
padre polvo, terror de la nada.

Padre polvo, compuesto de hierro,
Dios te salve y te dé forma de hombre,
padre polvo, que marchas ardiendo.

Padre polvo, sandalia del paria,
Dios te salve y jamás te desate,
padre polvo, sandalia del paria.

Padre polvo que avientan los bárbaros,
Dios te salve y te ciña de dioses,
padre polvo que escoltan los átomos.

Padre polvo, sudario del pueblo,
Dios te salve del mal para siempre,
padre polvo español, ¡padre nuestro!

Padre polvo que vas al futuro,
Dios te salve, te guíe y te dé alas,
padre polvo que vas al futuro.

NIÑOS del mundo,
si cae España —digo, es un decir—
si cae
del cielo abajo su antebrazo que asen,
en cabestro, dos láminas terrestres;
niños, ¡qué edad la de las sienes cóncavas!
¡qué temprano en el sol que os decía!
¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano!
¡qué viejo vuestro 2 en el cuaderno!

¡Niños del mundo, está
la madre España con su vientre a cuestras;
está nuestra maestra con sus férulas,
está madre y maestra,
cruz y madera, porque os dio la altura,
vértigo y división y suma, niños;
está con ella, padres procesales!

Si cae —digo, es un decir— si cae
España, de la tierra para abajo,
niños, ¡cómo vais a cesar de crecer!
¡cómo va a castigar el año al mes!
¡cómo van a quedarse en diez los dientes,
en palote el diptongo, la medalla en llanto!
¡Cómo va el corderillo a continuar
atado por la pata al gran tintero!
¡Cómo vais a bajar las gradas del alfabeto
hasta la letra en que nació la pena!

Niños,
hijos de los guerreros, entretanto,
bajad la voz, que España está ahora mismo repartiendo
la energía entre el reino animal,
las florecillas, los cometas y los hombres.
¡Bajad la voz, que está
con su rigor, que es grande, sin saber
qué hacer, y está en su mano
la calavera hablando y habla y habla,
la calavera, aquélla de la trenza,
la calavera, aquélla de la vida!

¡Bajad la voz, os digo;
bajad la voz, el canto de las sílabas, el llanto
de la materia y el rumor menor de las pirámides, y aun
el de las sienas que andan con dos piedras!
¡Bajad el aliento, y si
el antebrazo baja,
si las férulas suenan, si es la noche,
si el cielo cabe en dos limbos terrestres,
si hay ruido en el sonido de las puertas,
si tardo,
si no veis a nadie, si os asustan
los lápices sin punta, si la madre
España cae —digo, es un decir—
salid, niños del mundo; id a buscarla...!

* * *

CUÍDATE, España, de tu propia España!
¡Cuídate de la hoz sin el martillo!
¡Cuídate del martillo sin la hoz!
Cuídate de la víctima a pesar suyo,
del verdugo a pesar suyo
y del indiferente a pesar suyo!
¡Cuídate del que, antes de que cante el gallo,
negárate tres veces,
y del que te negó, después, tres veces!
¡Cuídate de las calaveras sin las tibias,
y de las tibias sin las calaveras!
¡Cuídate de los nuevos poderosos!
¡Cuídate del que come tus cadáveres,
del que devora muertos a tus vivos!
¡Cuídate del leal ciento por ciento!
¡Cuídate del cielo más acá del aire
y cuídate del aire más allá del cielo!
¡Cuídate de los que te aman!
¡Cuídate de tus héroes!
¡Cuídate de tus muertos!
¡Cuídate de la República!
¡Cuídate del futuro...!

Himno a los voluntarios de la República.

VOLUNTARIO de España, miliciano
de huesos fidedignos, cuando marcha a morir tu corazón,
cuando marcha a matar con su agonía
mundial, no sé verdaderamente
qué hacer, dónde ponerme; corro, escribo, aplaudo,
lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo
a mi pecho que acabe, al bien, que venga,
y quiero desgraciarme;
descúbrome la frente impersonal hasta tocar
el vaso de la sangre, me detengo,
detienen mi tamaño esas famosas caídas de arquitecto
con las que se honra el animal que me honra;
refluyen mis instintos a sus sogas,
humea ante mi tumba la alegría
y, otra vez, sin saber qué hacer, sin nada, déjame,
desde mi piedra en blanco, déjame,
solo,
cuadrumano, más acá, mucho más lejos,
al no caber entre mis manos tu largo rato extático,
quiebro contra tu rapidez de doble filo
mi pequeñez en traje de grandeza!

Un día diurno, claro, atento, fértil
¡oh bienio, el de los lóbregos semestres suplicantes,
por el que iba la pólvora mordeándose los codos!
¡Oh dura pena y más duros pedernales!
¡Oh frenos los tascados por el pueblo!
Un día prendió el pueblo su fósforo cautivo, oró de cólera
y soberanamente pleno, circular,
cerró su natalicio con manos electivas;
arrastraban candado ya los déspotas
y en el candado, sus bacterias muertas...

¿Batallas? ¡No! ¡Pasiones! Y pasiones precedidas
de dolores con rejas de esperanzas,
¡de dolores de pueblo con esperanzas de hombres!
¡Muerte y pasión de paz, las populares!
¡Muerte y pasión guerreras entre olivos, entendámonos!

Tal en tu aliento cambian de agujas atmosféricas los vientos
y de llave las tumbas en tu pecho.
tu frontal elevándose a primera potencia de martirio.

El mundo exclama: “¡Cosas de españoles!” Y es verdadd.
[Consideremos,
durante una balanza, a quemarropa,
a Calderón, dormido sobre la cola de un anfibio muerto,
o a Cervantes, diciendo: “Mi reino es de este mundo, pero
también del otro”: ¡punta y filo en dos papeles!
Contemplemos a Goya, de hinojos y rezando ante un espejo,
a Coll, el paladín en cuyo asalto cartesiano
tuvo un sudor de nube el paso llano,
o a Quevedo, ese abuelo instantáneo de los dinamiteros,
o a Cajal, devorado por su pequeño infinito, o todavía
a Teresa, mujer, que muere porque no muere,
o a Lina Odena, en pugna en más de un punto con Teresa...
(Todo acto o voz genial viene del pueblo
y va hacia él, de frente o transmitidos
por incesantes briznas, por el humo rosado
de amargas contraseñas sin fortuna.)
Así tu criatura, miliciano, así tu exangüe criatura,
agitada por una piedra inmóvil,
se sacrifica, apártase,
decae para arriba y por su llama incombustible sube,
sube hasta los débiles,
distribuyendo españas a los toros,
toros a las palomas...

Proletario que mueres de universo, ¡en qué frenética armonía
acabará tu grandeza, tu miseria, tu vorágine impelente,
tu violencia metódica, tu caos teórico y práctico, tu gana
dantesca, españolísima, de amar, aunque sea a traición, a tu enemigo!
Liberador ceñido de grilletes,
sin cuyo esfuerzo hasta hoy continuaría sin asas la extensión,
vagarían acéfalos los clavos,
antiguo, lento, colorado, el día,
¡nuestros amados cascos, insepultos!
Campesino caído con tu verde follaje por el hombre,
con la inflexión social de tu meñique,

con tu buey que se queda, con tu física,
también con tu palabra atada a un palo
y tu cielo arrendado
y con la arcilla inserta en tu cansancio
y la que estaba en tu uña, caminando!
Constructores
agrícolas, civiles y guerreros,
de la activa, hormigueante eternidad: estaba escrito
que vosotros haríais la luz entornando
con la muerte vuestros ojos;
que, a la caída cruel de vuestras bocas,
vendrá en siete bandejas la abundancia, todo
en el mundo será de oro súbito
y el oro,
fabulosos mendigos de vuestra propia secreción de sangre,
y el oro mismo será entonces de oro!

Se amarán todos los hombres
y comerán tomados de las puntas de vuestros pañuelos tristes
y beberán en nombre
de vuestras gargantas infaustas!
Descansarán andando al pie de esta carrera,
sollozarán pensando en vuestras órbitas, venturosos
serán y al son
de vuestro atroz retorno, florecido, innato,
ajustarán mañana sus quehaceres, sus figuras soñadas y cantadas!

Unos mismos zapatos irán bien al que asciende
sin vías a su cuerpo
y al que baja hasta la forma de su alma!
Entrelazándose hablarán los mudos, los tullidos andarán!
Verán, ya de regreso, los ciegos
y palpitando escucharán los sordos!
Sabrán los ignorantes, ignorarán los sabios!
Serán dados los besos que no pudisteis dar!
Sólo la muerte morirá! La hormiga
traerá pedacitos de pan al elefante encadenado
a su brutal delicadeza; volverán
los niños abortados a nacer perfectos, espaciales
y trabajarán todos los hombres,

engendrarán todos los hombres,
comprenderán todos los hombres!

Obrero, salvador, redentor nuestro,
¡perdónanos, hermano, nuestras deudas!
Como dice un tambor al redoblar, en sus adagios:
¡que jamás tan efímero, tu espalda!
¡que siempre tan cambiante, tu perfil!

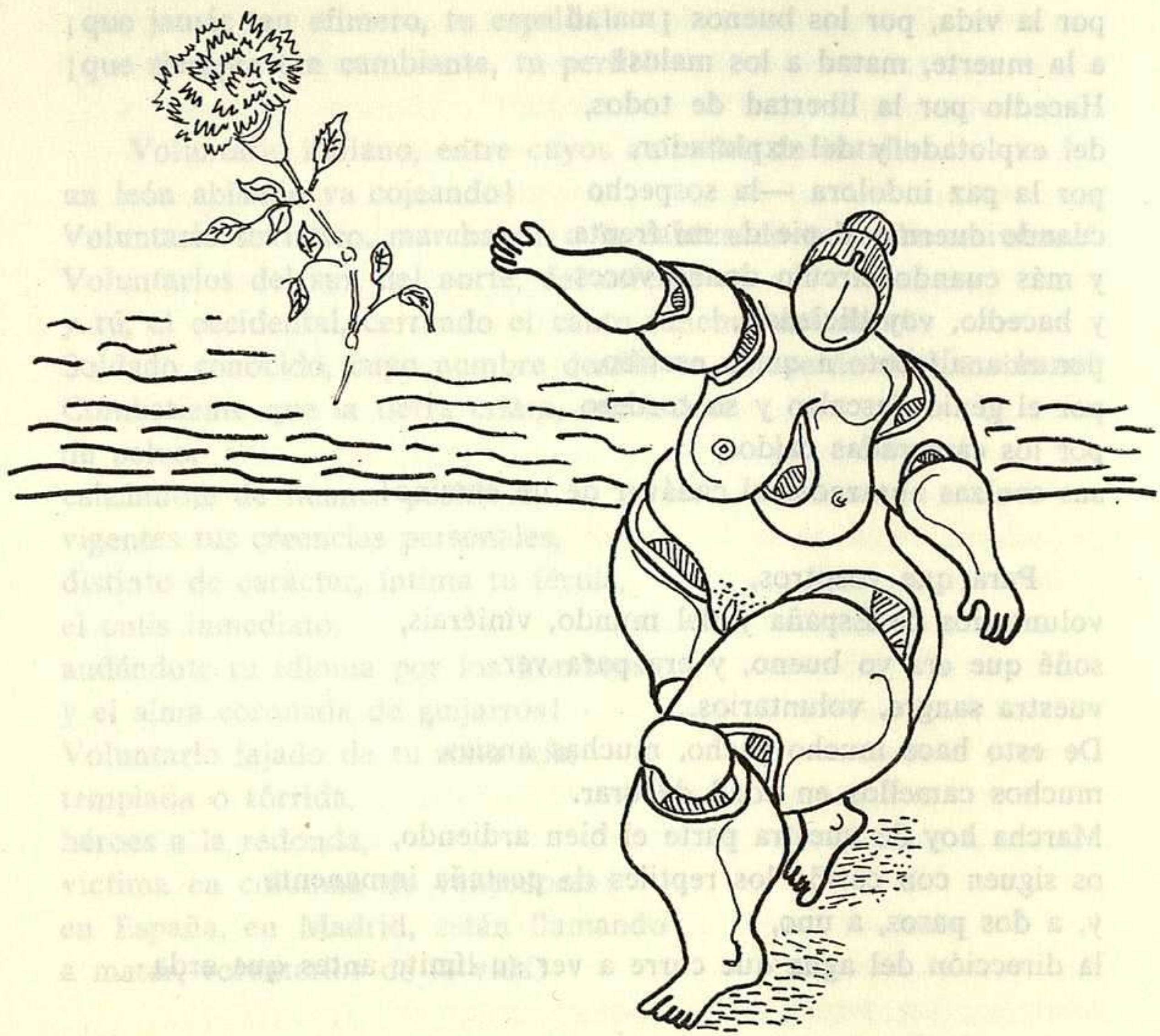
Voluntario italiano, entre cuyos animales de batalla
un león abisinio va cojeando!
Voluntario soviético, marchando a la cabeza de tu pecho universal!
Voluntarios del sur, del norte, del oriente
y tú, el occidental, cerrando el canto fúnebre del alba!
Soldado conocido, cuyo nombre desfila en el sonido de un abrazo!
Combatiente que la tierra criara, armándote
de polvo,
calzándote de imanes positivos,
vigentes tus creencias personales,
distinto de carácter, íntima tu férula,
el cutis inmediato,
andándote tu idioma por los hombros
y el alma coronada de guijarros!
Voluntario fajado de tu zona fría,
templada o tórrida,
héroes a la redonda,
víctima en columna de vencedores:
en España, en Madrid, están llamando
a matar, voluntarios de la vida!

Porque en España matan, otros matan
al niño, a su juguete que se para
a la madre Rosenda esplendorosa,
al viejo Adán que hablaba en alta voz con su caballo
y al perro que dormía en la escalera.
Matan al libro, tiran a sus verbos auxiliares,
a su indefensa página primera!
Matan el caso exacto de la estatua,
al sabio, a su bastón, a su colega,
al barbero de al lado —me cortó posiblemente,

pero buen hombre y, luego, infortunado;
al mendigo que ayer cantaba enfrente,
a la enfermera que hoy pasó llorando,
al sacerdote a cuestas con la altura tenaz de sus rodillas...

Voluntarios,
por la vida, por los buenos ¡matad
a la muerte, matad a los malos!
Hacedlo por la libertad de todos,
del explotado y del explotador,
por la paz indolora —la sospecho
cuando duermo al pie de mi frente
y más cuando circulo dando voces
y hacedlo, voy diciendo,
por el analfabeto a quien escribo,
por el genio descalzo y su cordero,
por los camaradas caídos,
sus cenizas abrazadas al cadáver de un camino!

Para que vosotros,
voluntarios de España y del mundo, viniérais,
soñé que era yo bueno, y era para ver
vuestra sangre, voluntarios...
De esto hace mucho pecho, muchas ansias,
muchos camellos en edad de orar.
Marcha hoy de vuestra parte el bien ardiendo,
os siguen con cariño los reptiles de pestaña inmanente
y, a dos pasos, a uno,
la dirección del agua que corre a ver su límite antes que arda.



A César Vallejo
Jesús Alcántara

jesús alcántara

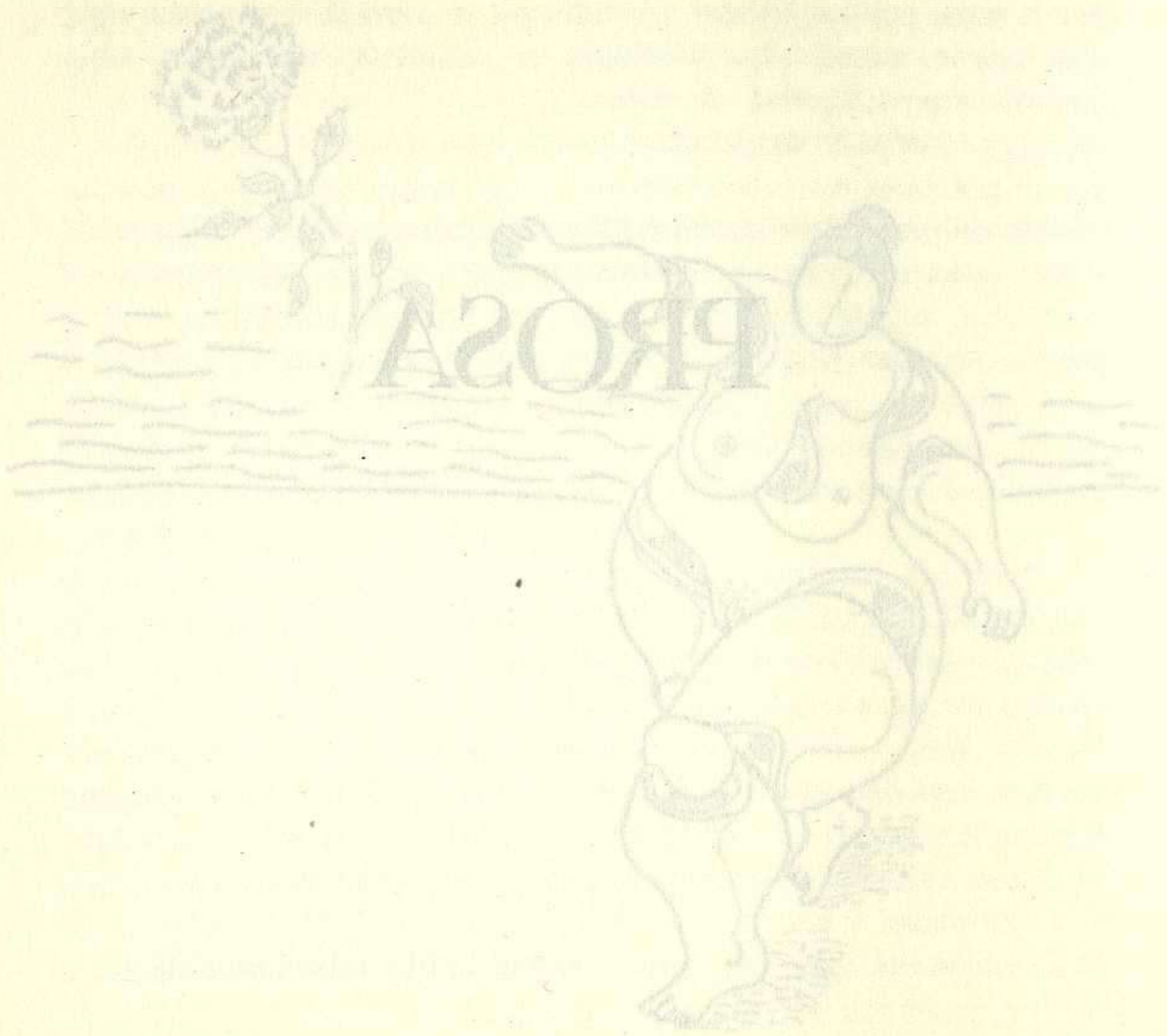
PROSA

Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente como César Vallejo, también sufriría este mismo dolor. Si no fuese artista, también lo sufriría. Si no fuese hombre ni ser vivo siquiera, también lo sufriría. Si no fuese católico, ateo ni mahometano, también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro, solamente.

Me duele ahora sin explicaciones. Mi dolor es tan hondo, que no tuvo ya causa ni tarea de causa. Qué sería causa? Dónde está aquello tan importante, que dejase de ser su causa? Nada es su causa, nada ha podido dejar de ser su causa? A qué ha nacido este dolor, por sí mismo? Mi dolor es del viento del norte y del viento del sur, como esos huevos neutros que algunas aves raras ponen del viento. Si hubiera muerto mi novia, mi dolor sería igual. Si me hubieran cortado el cuello de raíz, mi dolor sería igual. Si la vida fuese, en fin de otro modo, mi dolor sería igual. Hoy sufro desde más arriba. Hoy sufro solamente.

Miro el dolor del hambriento y veo que su hambre anda tan lejos de su sufrimiento, que de quedarme ayuno hasta morir, saldría siempre de mi tumba una brizna de yerba al menos. Lo mismo el enamorado! Qué sangre la suya más engendrada, para la vida sin fuente ni consumo!

Yo creía hasta ahora que todas las cosas del universo eran, inevitablemente, padres o hijos. Pero he aquí que mi dolor de hoy no es padre ni es hijo. Le falta espalda para abochacarse, tanto como le sobra pecho para amanecer y si lo pudiesen en la estancia oscura, no daría luz y si lo pudiesen en una estancia luminosa, no echaría sombra. Hoy sufro suceda lo que suceda. Hoy sufro solamente.



A Casa Vallejo
San Francisco

jesús alcántara

VOY A HABLAR DE LA ESPERANZA

Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como católico, como mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente. Si no me llamase César Vallejo, también sufriría este mismo dolor. Si no fuese artista, también lo sufriría. Si no fuese hombre ni ser vivo siquiera, también lo sufriría. Si no fuese católico, ateo ni mahometano, también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente.

Me duelo ahora sin explicaciones. Mi dolor es tan hondo, que no tuvo ya causa ni carece de causa. Qué sería causa? Dónde está aquello tan importante, que dejase de ser su causa? Nada es su causa, nada ha podido dejar de ser su causa? A qué ha nacido este dolor, por sí mismo? Mi dolor es del viento del norte y del viento del sur, como esos huevos neutros que algunas aves raras ponen del viento. Si hubiera muerto mi novia, mi dolor sería igual. Si me hubieran cortado el cuello de raíz, mi dolor sería igual. Si la vida fuese, en fin de otro modo, mi dolor sería igual. Hoy sufro desde más arriba. Hoy sufro solamente.

Miro el dolor del hambriento y veo que su hambre anda tan lejos de mi sufrimiento, que de quedarme ayuno hasta morir, saldría siempre de mi tumba una brizna de yerba al menos. Lo mismo el enamorado! Qué sangre la suya más engendrada, para la mía sin fuente ni consumo!

Yo creía hasta ahora que todas las cosas del universo eran, inevitablemente, padres o hijos. Pero he aquí que mi dolor de hoy no es padre ni es hijo. Le falta espalda para anocheecer, tanto como le sobra pecho para amanecer y si lo pusiesen en la estancia oscura, no daría luz y si lo pusiesen en una estancia luminosa, no echaría sombra. Hoy sufro suceda lo que suceda. Hoy sufro solamente.

Un incidente de manos en el recreo llevó a dos niños a romperse los dientes a la salida de la escuela. A la puerta del plantel se hizo un tumulto. Gran número de muchachos, con los libros al brazo, discutían acaloradamente, haciendo un redondel en cuyo centro estaban, en extremos opuestos, los contrincantes: dos niños poco más o menos de la misma edad, uno de ellos descalzo y pobremente vestido. Ambos sonreían, y de la rueda surgían rutilantes diptongos, coreándolos y enfrentándolos en fragorosa rivalidad. Ellos se miraban echándose los convexos pechos, con aire de recíproco desprecio. Alguien lanzó un alerta:

—¡El profesor! ¡El profesor!

La bandada se dispersó.

—Mentira. Mentira. No viene nadie. Mentira...

La pasión infantil abría y cerraba calles en el tumulto. Se formaron partidos por uno y otro de los contrincantes. Estallaban grandes clamores. Hubo puntapiés, llantos, risotadas.

—¡Al cerrillo! ¡Al cerrillo! ¡Hip!... ¡Hip!... ¡Hip!... ¡Hurra!...

Un estruendoso y confuso vocerío se produjo y la muchedumbre se puso en marcha. A la cabeza iban los dos rivales.

A lo largo de las calles y rúas los muchachos hacían una algazara ensordecedora. Una anciana salió a la puerta de su casa y gruñó muy en cólera:

—¡Juan! ¡Juan! ¿A dónde vas, mocito? Vas a ver...

Las carcajadas redoblaron.

*"Novelas y Cuentos Completos" (1935-1936)

Leónidas y yo íbamos muy atrás. Leónidas estaba demudado y le castañeteaban los dientes.

—¿Vamos quedándonos? —le dije.

—Bueno —me respondió—. ¿Pero si le pegan a Juncos?...

Llegados a una pequeña explanada, al pie de un cerro de la campiña, se detuvo el tropel. Alguien estaba llorando. Los otros reían estentóreamente. Se vivaba a contrapunteo:

—¡Viva Cancio! ¡Hip!... ¡hip!... ¡hip! ¡hurraaaaa!...

Se hizo un orden frágil. La gritería y la confusión renacieron. Pero se oyó una voz amenazadora:

—¡Al primero que hable le rompo las narices!

—Voy a Juncos.

—Voy a Cancio.

Se hacían apuestas como en las carreras de caballos o en las peleas de gallos.

Juncos era el niño descalzo. Esperaba en guardia, encendido y jadeante. Más bien escueto y cetrino y de sabroso genio penden-ciero. Sus pies desnudos mostraban los talones rajados. El pantalón de bayeta blanca, andrajoso y desgarrado a la altura de la rodilla izquierda, le descendía hasta los tobillos. Tocaba su cabeza alborotada un grueso e informe sombrero de lana. Reía como si le hiciesen cosquillas. Las apuestas en su favor crecían. Por Cancio, en cambio, las apuestas eran menores. Era este un niño decente, hijo de buena familia. Se mordía el labio superior con altivez y cólera de adulto. Tenía zapatos nuevos.

—¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!

El tropel se sumió en un silencio trágico. Leónidas tragó saliva. Cancio no se movía de su guardia, reduciéndose a parar las acometidas de Juncos. Un puñetazo en el costado derecho, esgrimido con todo el brazo contrario, le hizo tambalear. Le alentaron. Recuperó su puesto y una sombra cruzó por su semblante. Juncos, finteando, sonreía.

Cancio empezó a despertar mi simpatía. Era inteligente y noble. Nunca buscó camorra a nadie. Cancio me era simpático y ahora se avivaba esa simpatía. Leónidas también estaba ahora de su parte. Leónidas estaba colorado y se movía nerviosamente, ajustando sus movimientos a los trances de la lucha. Cuando Cancio iba a caer por tierra, a una puñada del héroe contrario, Leónidas, sin poder contenerse, alargó la mano canija y dio un buen pellizcón a Juncos. Yo le dije:

—Déjalo. No te metas.

—¿Y por qué le pega a Cancio? —me respondió, poniéndose aún más colorado. Bajó luego los ojos como avergonzado.

La lucha se encendió en forma huracanada. A un puntapié trazado por Juncos, a la sombra de un zurdazo simulado, respondieron los dos puños de Cancio, majando rectamente al pecho, a las clavículas, al cuello, a los hombros de su enemigo, en una lluvia de golpes contundentes. Juncos vaciló, defendiéndose con escaramuzas inútiles. Corrió sangre. De una pierna de Cancio manaba un hilo lento y rojo. La tropa lanzó murmullos de triunfo y de lástima.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo, Cancio!

—¡Uyuyuy! ¡Ya va a llorar! ¡Ya va a llorar!

—¡Déjenlo! ¡Déjenlo!

Volaron palmas. Crujió un despecho en alto.

Cancio se enardecía visiblemente y cobró la ofensiva. De una gran puñada, asestada con limpieza verdaderamente natural, hizo dar una vuelta a la cabeza contraria, obligando a Juncos a rematar su círculo nervioso, poniéndose de manos, a ciegas, contra el cerco de los suyos. Entonces sucedió una cosa truculenta. Un niño más grande que Cancio saltó del redondel y le pegó a este y un segundo muchacho, mayor aún que ambos, le pegó al intruso, defendiendo a Cancio. Durante unos segundos, la confusión fue inextricable: unos defendiendo a otros y aquellos a estos, hasta que volvió a oírse estas palabras de alerta, que pusieron fin al caos y a los golpes:

—¡El profesor! ¡El profesor!...

Juncos estaba muy castigado y parecía que iba a doblar pico. El humilde granuja, al principio tan dueño de sí mismo, tenía el pabellón de una oreja ensangrentado y encendido, a semejanza de una cresta de gallo. Un instante miró a la multitud y sus ojos se humedecieron. El verle, trajeado de harapos, con su sombrerito de payaso, el desgarrón de la rodilla y sus pequeños pies desnudos, que no sé cómo escapaban a las pisadas del otro, me dolió el corazón. Al reanudarse la pelea, di una vuelta y me pasé a los suyos.

Acezaban ambos en guardia.

—Pega...

—Pega nomás...

Juncos hizo un ademán significativo. El verdor de las venas de su arañado cuello palideció ligeramente. Entonces le di la voz con todas mis fuerzas:

—¡Entra, Juncos! ¡Pégale duro!...

Le poseyó al muchacho un súbito coraje. Puso un feroz puñetazo en la cara del inminente vencedor y le derribó al suelo.

El sol declinaba. Había pasado la hora del almuerzo y teníamos que volver directamente a la escuela. A Cancio le llevaban de los brazos. Tenía un ojo herido y el párpado muy hinchado. Sonreía tristemente. Todos le rodeaban lacerados, prodigándole palabras fraternales. También yo le seguía de cerca, tratando de verle el rostro. ¡Cómo le habían pegado!

El grupo de pequeños avanzaba, de vuelta a la aldea, entre las pencas del camino. Hablaban poco y a media voz, con una entonación adolorida. Hasta Juncos, el propio vencedor, estaba triste. Se apartó de todos y fue a sentarse en un poyo del sendero. Nadie le hizo caso. Le veían de lejos, con extrañeza, y él parecía avergonzado. Bajó la frente y empezó a jugar con piedrecillas y briznas de hierba. Le había pegado a Cancio este Juncos...

—Vámonos —le dijo Leónidas, acercándose.

Juncos no respondió. Hundió su sombrero hasta las cejas y así ocultó el rostro.

—Vámonos, Juncos.

Leónidas se inclinó a verle. Juncos estaba llorando.

—Está llorando —dijo Leónidas—. Le arregló el estropeado sombrero y le asentó el pelo, por sobre la oreja, donde la sangre aparecía coagulada y renegrida.

Aquella noche no pudimos fumar. Todos los ginkés² de Lima estaban cerrados. Mi amigo, que conducíame por entre los taciturnos dédalos de la conocida mansión amarilla de la calle Hoyos, donde se dan numerosos fumaderos, despidióse por fin de mí, y, aporce lanadas alma y pituitarias, asaltó el primer eléctrico urbano y esfu móse entre la madrugada.

Todavía me sentía un tanto ebrio de los últimos alcoholes. ¡Oh mi bohemia de entonces, broncería esquinada siempre de balances impares, enconchada de secos paladares, el círculo de mi cara libertad de hombres a dos aceras de realidad hasta por tres sienes de imposible! Pero perdonadme estos desahogos que tienen aún bélico olor a perdigones fundidos en arrugas.

Digo que sentíame todavía ebrio cuando vime ya solo, caminando sin rumbo por los barrios asiáticos de la ciudad. Mucho a mucho aclarábase mi espíritu. Luego hice la cuenta de lo que me sucedía. Una inquietud posó en mi izquierdo pezón. Berbiquí hecho de una hebra de la cabellera negra y brillante de mi novia perdida para siempre, la inquietud picó, revoloteó, se prolongó hacia adentro y traspasóme en todas direcciones. Entonces no habría podido dormir. Imposible. Sufría el redolor de mi felicidad trunca, cuyos destellos trabajados ahora en férrea tristeza irremediable, asomaban larvados en los más hondos paréntesis de mi alma, como a decirme con misteriosa ironía que mañana, que sí, que cómo no, que otra vez, que bueno.

Quise entonces fumar. Necesitaba yo alivio para mi crisis nerviosa. Encaminéme al ginké de Chale, que estaba cerca.

1 De "Escala melografiadas" (1923)

2 Fumaderos.

Con la cautela del caso llegué a la puerta. Paré el oído. Nada. Después de breve espera, dispúseme a retirarme de allí, cuando oí que alguien saltaba de la tarima y caminaba descalzo y precipitadamente dentro de la habitación. Traté de aguaitar, a fin de saber si había allí algún camarada. Por la cerradura de la puerta alcancé a distinguir que Chale hacía luz, y sentábase con gran desplazamiento de malhumor delante de la lamparita de aceite, cuyo verdor patógeno soldóse en mustio semitono a la lámina facial del chino, sofreada de visible iracundia. Nadie más estaba allí.

Dado el aspecto de inexpugnable de Chale, y, según el cual, parecía acabar de despertar de alguna mala pesadilla, quizá consideré importuna mi presencia y resolví marcharme, cuando el asiático abrió uno de los cajones de la mesa y, capitaneado de alguna voz de mando interior e inexorable, que desenvainó el cuerpo entero en resuelto avance, extrajo de un lacónico estuche de pulimentado cedro, unos cuerpos blancos entre las uñas lancinantes y asquerosas. Los puso en el borde de la mesa. Eran dos trozos de mármol.

La curiosidad tentóme. Dos trozos ¿de mármol eran? Eran de mármol. No sé por qué, desde el primer momento, esas piezas, sin haberlas tocado ni visto claramente y de cerca, vinieron a través del espacio, a barajarse entre las yemas de mis dedos, produciéndome la más segura y cierta sensación del mármol.

El chino las volvió a coger, angulando en el aire miradas por demás febriles y de angustioso devaneo, para que ellas no descorrieran ante mí ciertas presunciones sobre la causa de su vigilia. Las cogió y examinólas detenidamente a la luz. Sí. Dos pedazos de mármol.

Luego, sin abandonarlos, acodado en la mesa, desaguó entre dientes algún monosílabo canalla que alcanzó apenas a ensartarse en el ojo tajado, donde el alma del chino lagrimeó de ambición mezclada de impotencia. Hala otra vez el mismo cajón y aupado acaso por un viejo tesón que redivivía por centésima vez, toma de allí numerosos aceros, y con ellos empieza a labrar sus mármoles de cábala.

Ciertas presunciones, dije antes, saltaron ante mí. En efecto. Conocía yo desde dos años atrás a Chale. El mongol era jugador. Y jugador de fama en Lima; perdedor de millares, ganador de tesoros al decir de las gentes. ¿Qué podía significar pues entonces esa vela tormentosa, ese episodio furibundo de artífice nocturno? ¿Y

esos dos fragmentos de piedra? Y luego ¿por qué dos y no uno, tres o más? ¡Eureka! ¡Dos dados! Dos dados en gestión.

El chino labraba, labraba desde el vértice mismo de la noche. Su faz, entre tanto, también labraba una infinita sucesión de líneas. Momentos hubo que Chale exaltábase y quería romper aquellos cuerpezuelos que irían a correr sobre el tapete persiguiéndose entre sí, a las ganadas del azar y la suerte, con el ruido de dos cerrados puños de una misma persona, que se diesen duro el uno al otro, hasta hacer chispas.

Por mi parte habíame interesado tanto esta escena que no pensé ni por mucho en abandonarla. Parecía tratarse de una vieja empresa de paciente y heroico desarrollo. Y yo aguzábame la mente, indagando lo que perseguiría este enfermo de destino. Burilar un par de dados. ¿Y bien?

Tanto se afirma sobre maniobras digitales y secretas desviaciones o enmiendas a voluntad en el cubileteo del juego, que, sin duda, díjeme al cabo, algo de esto se propone mi hombre. Esto por lo que tocaba al fin. Pero lo que más me intrigaba, como se comprenderá, era el arte de los medios, en cuya disposición parecía empeñarse Chale a la sazón, esto es, la correlación que debía de establecerse entre la clase de dados y las posibilidades dinámicas de las manos. Porque si no fuese necesaria esta concurrencia bilateral de elementos ¿para qué este chino hacía por sí mismo los dados? Pues cualquier material rodante sería utilizable para el caso. Pero no.

Es indudable que los dados deben de estar hechos de cierta materia, bajo este peso, con aquel aristaje, exagonados sobre tal o cual impalpable declive, para ser despedidos por las yemas de los dedos; y luego, estar pulidos con esa otra depresión o casi inmaterial aspereza entre marca y marca de los puntos o entre un ángulo poliédrico y el exergo en blanco de una de las cuatro caras correspondientes. Hay, pues, que suscitar la aptitud de la materia aleatoria, para hacer posible su obediencia y docilidad a las vibraciones humanas, en este punto siempre improvisadas, y triunfadoras por eso, de la mano, que piensa y calcula aun en lo más oscuro y ciego de estos avatares.

Y si no, había que observar al asiático en su procelosa jornada creadora, cincel en mano, picando, rayando, partiendo, desmoronando, hurgando las condiciones de armonía y dentaje entre las innacidas proporciones del dado y las propias ignoradas potencias de su voluntad cambiante. A veces, detenida su labor un punto, contem-

plaba el mármol y sonreía su rostro de vicioso, melado por la lumbrere de la lámpara. Luego, con aire tranquilo y amplio, golpeaba, cambiaba de acero, hacía rodar el juguete monstruoso ensayándolo, confrontaba planos tenaz, pacientemente y cavilaba.

Pocas semanas después de aquella noche, quienes hubo que murmuraban entre atorrantes y demás círculos de la cuerda, cosas estupefacientes e increíbles sobre grandes acontecimientos recientemente habidos en las casas de juego de Lima. De mañana en mañana las leyendas fabulosas crecían. Una tarde del último invierno, en la puerta del Palais Concert, refería un exótico personaje de biscotelas chorreantes, a un grupo de mozos, que le oían por todas las orejas:

—Chale, para poder ganar esos diez mil soles, no ha jugado limpio. Yo no sé cómo. Pero el chino se maneja una misteriosa, inconstatable prestidigitación sobre el tapete. Eso no se puede negar. Fíjense ustedes —recalcó aquel hombre con gravedad siniestra— que los dados con que juega ese chino, jamás aparecen en las manos de otro jugador que no sea Chale. Hablo sobre datos inequívocos de propia observación. Esos dados tienen, pues, algo. En fin... Yo no sé...

Una noche lanzóme la inquietud al antro donde jugaba Chale. Era una casa de juego para los más soberbios duelos del tapete. Había mucha gente en torno de la mesa. La cabestreada atención de todos hacia el paño ganglionado de montones de billetes, díjome que esa era noche de gran borrasca. Abriéronme paso algunos conocidos que entusiastas me echaban a apostar.

Allí estaba Chale. Desde la cabecera de la mesa, presidía la sesión, en su impasible y torturante catadura todopoderosa: dos correas verticales por cuello, desde los parietales chatos de ralo pelaje, hasta las barras lívidas de las clavículas; boca forjada a la mala en dos jebes tensos de condicia, que no se entreabrían jamás en sonrisa por miedo a desnudarse hasta el hueso; camisa heroica hasta los codos. El latido de la vida saltáble de un pulso al otro, buscando las puertas de las manos para escapar de cuerpo tan miserable. Livor nauseante sobre los pómulos de caza.

Podría decirse que allí se había perdido la facultad de hablar. Señas. Adverbios casi inarticulados.. Interjecciones arrastradas. ¡Oh, cuánto quema a veces el resuello branquial de lo que anda muerto, y sin embargo vivo en cada uno de nosotros!

Propúseme observar con toda la sutileza y profundidad de que era capaz, las más mínimas ondas psicológicas y mecánicas del chino.

Rayaba la una de la madrugada.

Alguien apostó cinco mil soles a la suerte. El aire chasqueó como agua caliente estocada por la primera burbuja de la ebullición. Y si quisiera yo ahora precisar cómo eran las caras circunstantes en aquellos segundos de prueba, diría que todas ellas rebasáronse a sí mismas y fueron a ser refregadas y estrujadas con el par de dados entre las propias manos ásperas y fatales de Chale, encendiéndose y afilándose allí, hasta urgir y querer arrancar una novena arista milagrosa a cada dado, como ansiada sonrisa del destino. Chale deshízose violentamente de los dados, como de un par de brasas que chisporroteasen, y rugió una hienada formidable grosería que trascendió en la sala a carne muerta.

Palpéme en mi propio cuerpo como buscándome, y me di cuenta de que allí estaba yo temblando de asombro. ¿Qué había sentido el chino? ¿Por qué arrojó los dados así, como si le hubiesen quemado o cortado las manos? ¿El ánimo de aquellos jugadores todos, como es natural, en contra suya siempre, había, ante tan crestada apuesta, así llegádole a herir de tal manera?

Mientras los dados estuvieron abandonados sobre el paño de esmeralda, vinieron a mi memoria los dos trozos de mármol que vi troquelar a Chale en ya lejana noche. Estos dados, que ahora veía, provenían por cierto de las nacientes joyas de entonces, pues he aquí que ellos eran de un mármol albicante y traslúcido en los bordes y de brillo firme casi metálico en los fondos. ¡Bellos cubos de Dios!

El chino, luego de corta vacilación, recogió otra vez los dados y siguió su juego, no sin algún temblor convaleciente en las sienes que quizás sólo yo percibí con harto trabajo.

Tiró una vez. Barajó. Volvió a tirar dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho veces. La novena pintó quina y sena.

Todos parecieron descolgarse de una picota y resucitar. Todos humanizáronse de nuevo. Por allí se pidió un cigarrillo. Tosieron. Chale pagó dos mil quinientos soles. Yo lancé un suspiro. Luego tragué saliva. Hacía calor.

Formuláronse nuevas apuestas y continuó la trágica disputa de la suerte con la suerte.

Noté que la pérdida que acababa de tener Chale no le había inmutado absolutamente, circunstancia que venía a echar aún mayor sombra de misterio sobre el motivo de su inusitado rapto de ira anterior que, por lo visto, no podía atribuirse a claro alguno producido en los millares de su banca. De ninguna manera. De veras,

aquel fagonazo nervioso, por incausado, al parecer, socavaba mi espíritu con crecientes cavilaciones sobre posibles inteligencias del chino con corrientes o potencias que danse más allá de los hechos y de la realidad perceptible. ¿Hasta dónde, en efecto, podría Chale parcializar al destino en su favor por medio de una técnica sabia e infalible en el manejo de los dados?

En el primer juego que siguió al de los cinco mil soles, fue de nuevo esta misma cantidad, apuntada esta vez al azar. Varios acompañaron con menores apuestas a las quinientas libras. Y el ambiente de combate fuele ahora aún más enteramente hostil al banquero.

Los dados saltaron de la diestra del asiático, juntos, al mismo tiempo, dotados de un impulso igual. Con un instrumento de medida que pudiese registrar en cifras innominables las humanas ecuaciones gestadoras de acción más infinitesimales, habríase constatado la simultaneidad absolutamente matemática con que ambos mármoles fueron despedidos al espacio. Y juraría que, al auscultar la relación de avance que desarrollábase entre esos dos dados al iniciar su vuelo, lo que hay de más permanente, de más vivo, de más fuerte, de más inmutable y eterno en mi ser, fundidas todas las potencias de la dimensión física, se dio contra sí mismo, y así pude sentir entonces en la verdad del espíritu, la partida material de esos dos vuelos, a un mismo tiempo, unánimes.

Chale había arrojado los dados constriñendo toda su escultura hacia una desviación anatómica tan rara y singular, que ello turbó aún más mi ya sugestionada sensibilidad. Diríase que en ese momento había el jugador estilizado toda su animalidad, subordinándola a un pensamiento y un deseo únicos a la sazón en su juego.

En efecto. ¿Cómo poder describir semejante movimiento de sus huesosos flancos, arrimándose uno contra otro, por sobre la gritería misma de un silencio de pie suspenso entre los dos guijarros de la marcha; semejante ritmo de los omóplatos transfigurándose, empollándose en trucas alas que, de pronto, crecían y salían fuera, ante la ceguedad de todos los jugadores que nada de esto percibían y que me dejaban ¡ay, solo ante aquel espectáculo que me castigaba en todo el corazón...! Y aquella confluencia del hombro derecho, quieta, esperando que la frente del chino acabase de ganar todo el arco que la intuición y el cálculo mental de fuerzas, distancias, obstáculos, elementos aceleratrices y hasta del máximo de intervención de una segunda potestad humana, tendían, templaban, ajustaban desde el punto más alto de la vidente voluntad del hombre hasta los cercos

lindantes a la omnipotencia divina... Y esa muñeca pálida, alambreada, neurótica, como de hechicería, casi diafanizada por la luz que parecía portar y transmitir en vértigo a los dados, que la esperaban en la cuenta de la mano, saltando, hidrogénicos, palpitantes, cálidos, blandos, sumisos, transustanciados tal vez, en dos trozos de cera que solo detendríanse en el punto del extendido paño, secretamente requerido, plasmado por los lados que plugo al jugador... La presencia entera de Chale y toda la atmósfera de extraordinaria e ineludible soberanía que desarrolló en la sala en tal instante, habíanme envuelto también a mí, como átomo en medio del fuego solar de mediodía.

Los dados volaron, mejor, corrieron tropezándose entre sí, patinando, saltando isócronos a veces, con el rehillo punzante de dos tambores que batieran en redoble de piedra la marcha de lo que no podía volver atrás, aun a pesar de Dios mismo, ante las pobres miradas de aquella estancia, solemne y recogida más que iglesia a la hora de alzar la hostia consagrada...

Vibrante, grisácea línea trazaba cada dado al rodar. Una de esas líneas empezó a engrosar, fue desdoblándose en manchas unas más blancas que otras; pintó sucesivamente 2 puntos negros, luego 5, 4, 2, 3 y plantóse por fin marcando quina. El otro mármol ¡oh los costados y el espaldar, el hombro y el frontal del jugador! el otro mármol ¡oh la partida simultánea de los dados! el otro avanzó tres dedos más que el anterior, y por parecido proceso de evolución hacia la meta insospechada, fue a presentar también 5 puntos de carbón sobre el tapete. ¡Suerte!

El chino, con la serenidad de quien lee un enigma cuyos términos le fuesen desde mucho antes familiares, hizo ingresar a su banca los cinco mil soles de la apuesta.

Alguien dijo a media voz:

— ¡Es una barbaridad! Siempre las más altas paradas son para Chale. No se puede con él.

El chino, repetí para mí, no hay duda, tiene completo dominio sobre los dados que él mismo labrara, y, acaso, todavía más, es dueño y señor de los más indescifrables designios del destino, que le obedecen ciegamente.

Los más poderosos jugadores parecieron encolerizarse y refunfuñar contra Chale, a raíz de la última jugada. La sala entera sacudióse en un espasmo de despecho; y quizá la protesta amordazada de esa masa de seres a los que así golpeaba la invencible sombra del

destino encarnada en la fascinante figura de Chale, estuvo a punto de traducirse en un zarpazo de sangre. Un solo gran infortunio puede más que millares de pequeños triunfos dispersos y los atrae y ata a sus huracanadas entrañas, hasta untarles por fin en su aceite incandescente y funerario. Todos esos hombres debieron sentirse heridos por la última victoria del chino, y, llegado el caso, todos le habrían arrancado la vida a las ganadas. Hasta yo mismo —me aguijonea el remordimiento al recordarlo— hasta yo mismo odié furiosamente a Chale en ese instante.

Siguió una apuesta de diez mil soles al azar. Todos temblamos de expectación, de miedo y de una misericordia infinita, como si fuésemos a presenciar un heroísmo. La tragedia revolcóse cosquilleante a lo largo de las epidermis. Las pupilas relincharon casi vertiendo lloro puro. Los rostros alisáronse cárdenos de incertidumbre. Chale lanzó sus dados. Y de este solo cordelazo, apuntaron dos senas en el paño. ¡Suerte!

Sentí que alguien se abría paso a mi lado y me apartaba para adelantarse a la mesa, presionándome, casi acogotándome en forma brutal y arrolladora, como si una fuerza irresistible y fatal impulsara al intruso para tal conducta. Quienes estuvieron a mi lado sufrieron idéntico vejamen del desconocido.

Y he aquí que el chino, en vez de recoger el dinero ganado, hizo de él desusado olvido, para como movido por resorte, volver inmediatamente la cara hacia el nuevo concurrente. Chale se demudó. Parece que ambos chocaron sus miradas, a modo de dos picos que se prueban en el aire.

El recién llegado era un hombre alto y de anchura proporcionada y hasta armoniosa; aire enhiesto; gran cráneo sobre la herradura fornida de un maxilar inferior que reposaba recogido y armado de excesiva dentadura para mascar cabezas y troncos enteros; el declive de los carrillos anchábase de arriba abajo. Ojos mínimos, muy metidos, como si reculasen para luego acometer en insospechada embestida, las niñas sin color, produciendo la impresión de dos cuencas vacías. Tostado cutis; cabello bravo; nariz corva y zahareña; frente tempestuosa. Tipo de pelea y aventura, sorprendivo, preñado de sugerencias embrujadas como boas. Hombre inquietante, mortificante a pesar de su alguna belleza; céntrico. ¿Su raza? No acusaba ninguna. Aquella humanidad peregrina quizá carecía de patria étnica.

Tenía innegable traza mundana y hasta de club-man intachable, con su correcto vestir y su distinción, y el desenfado inquerido de sus ademanes.

Apenas este personaje tomó una posición junto al tapete, todo el gas envenenado de ebriedad y codicia, que respirábamos en la sala, inclusive el de la última jugada de diez mil soles, la mayor de la noche, despejóse y desapareció súbitamente. ¿Qué oculto oxígeno traía, pues, aquel hombre? De haberse podido ver el aire entonces, lo habríamos hallado azul, serena y apaciblemente azul. De golpe recobré mi normalidad y la luz de mi conciencia, entre un hálito fresco de renovación sanguínea y de desahogo. Sentí que me liberaba de algo. Hubo un dulce remanso en la expresión de todos los semblantes. El señorío de Chale y toda sus posturas de sortilegio se acabaron.

En cambio, una cosa allí nacía. Una cosa en forma de sensación de curiosidad, primero, luego de extrañeza y de espinosa inquietud. Y esa inquietud partía, indudablemente, de la presentación del nuevo parroquiano. Sí. Pues él —yo lo hubiera afirmado con mi cuello— traía algún propósito apabullante, algún designio misterioso.

El asiático estaba demudado. Desde que éste advirtió al desconocido, no volvió a mirarle cara a cara. Por nada. Aseguraría que le tomó miedo y que en él más que en ningún otro de los presentes, el efecto repulsivo y aborrecible que despertaba ese hombre, fue mucho mayor para ser disimulado. Chale le odiaba, le temía. Esa es la palabra: le tenía miedo. Además, nadie había visto jamás a tal caballero en aquella casa de juego. Chale ni siquiera le conocía. Denotaba, pues, también por esto su presencia.

El clubman de súbito empezó a respirar con trabajo, como si se asfixiara. Jadeaba mirando fijamente al cabizbajo chino que parecía triturado por aquella mirada, mutilado, reducido a pobres carbones toda su personalidad moral, toda su confianza en sí mismo de antes, toda su beligerancia triunfadora siempre del hado. Chale, cariacontecido, como niño cogido en falta, movía los dedos en el hueco de su diestra temblorosa, queriendo derribarlos por impotencia.

El corro, poco a poco, llegó a converger todas sus miradas en el forastero que aún no había pronunciado palabra. Se hizo silencio.

Por fin el recién llegado dijo dirigiéndose al chino:

—¿Cuánto importa toda su banca?

El interrogado pestañeó haciendo una mueca apocalíptica y ridícula de desamparo, como si fuera a recibir una bofetada mortal. Y volviendo en sí, balbuceó, sin saber lo que decía:

—Allí está todo.

La banca importaba más o menos cincuenta mil soles.

El hombre equis nombró esta suma, extrajo una cantidad igual de su cartera y con majestad la colocó en el paño, apostándola al azar, ante el pasmo de los circunstantes. El chino se mordió los labios. Y siempre rehuyendo el rostro de su nuevo adversario, empezó a barajar los cubos de mármol, sus cubos.

Nadie acompañó a tan monstruosa y atrevida apuesta.

El apostador único, solitario, sin que nadie, absolutamente nadie, menos el chino, pudiese advertirlo, extrajo del bolsillo su revólver, acercólo sigilosamente al cerebro de Chale, y, la mano en el gatillo, erecto el cañón hacia aquel blanco. Nadie, repito, percibió esta espada de Damocles que quedó suspendida sobre la vida del asiático. Muy al contrario. La espada de Damocles viéronla todos suspendida sobre la fortuna del desconocido, pues que su pérdida estaba descontada. Recordé lo que momentos antes habíase susurrado en la sala:

—Siempre las más altas paradas son para Chale. No se puede con él.

¿Era su buena suerte? ¿Era su sabiduría? No lo sé. Pero yo era ahora el primero que preveía la victoria del chino.

Echó éste los dados. ¡Oh los costados y el espaldar, el hombro y el frontal del jugador! De nuevo, y con más óptima elocuencia, repitióse ante mis ojos y ante mi alma, el espectáculo extraordinario, la desviación anatómica, la polarización de toda la voluntad que doma y sojuzga, entraba y dirige los más inextricables designios de doma y sojuzga, entraba y dirige los más inexcrutables designios de la fatalidad. De nuevo, ante el esfuerzo creador del lanzador de dados, sobrecogido fui de un cataclismo misterioso que rompía toda armonía y razón de ser de los hechos y leyes y enigmas en mi cerebro estupefacto. De nuevo esa partida simultánea de los dados ante iguales términos aleatorios de apuesta. De nuevo abrí los ojos desmesurándolos para constatar la suerte que vendría a agraciar al gran banquero.

Los mármoles corrieron y corrieron y corrieron.

El cañón y el gatillo y la mano esperaban. El de la gran parada³ no miraba los dados: sólo miraba fija, terriblemente, implacablemente a la testa del asiático.

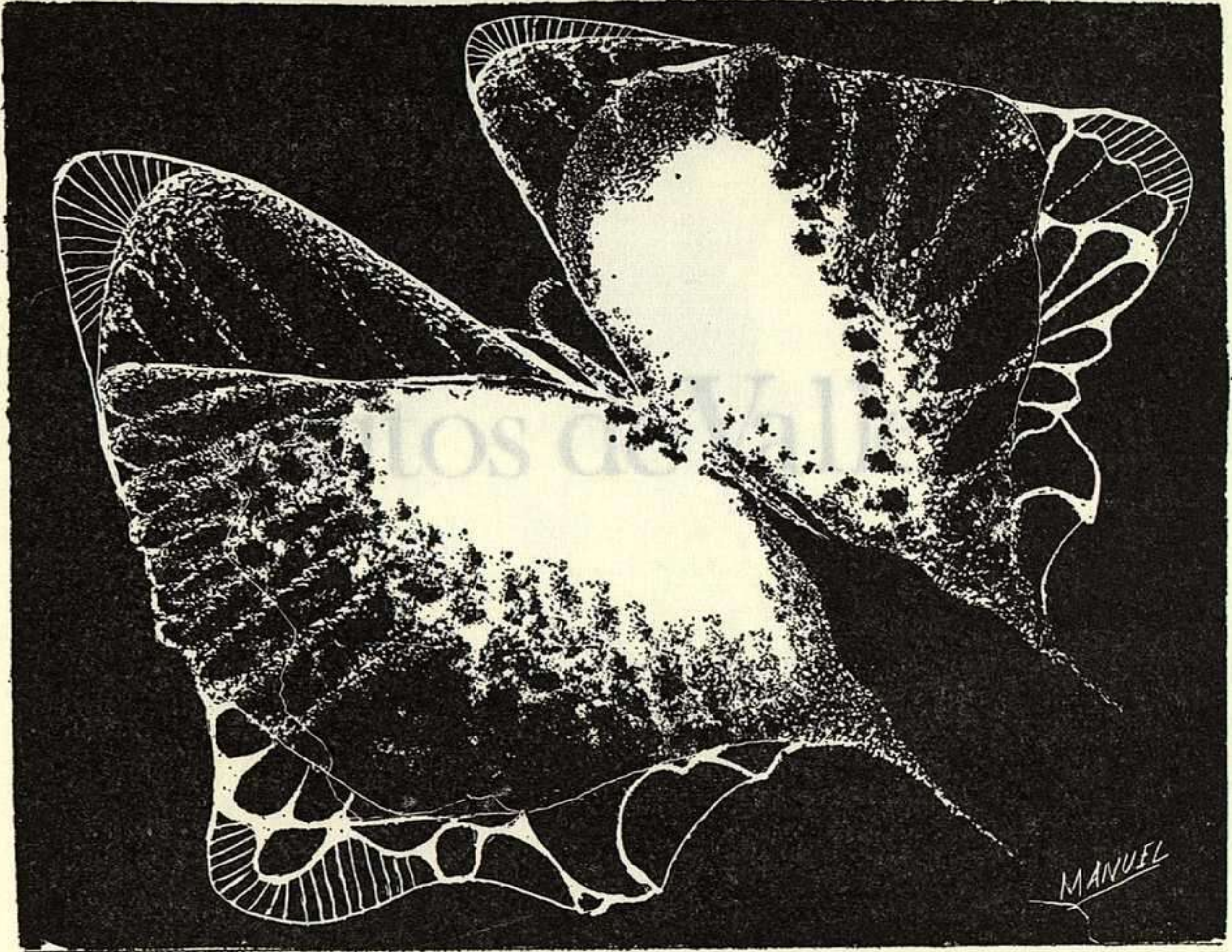
Ante aquel desafío, que nadie notaba, de ese revólver contra ese par de dados que pintarían el número que pluga a la invencible sombra del Destino, encarnada en la figura de Chale, cualquiera habría asegurado que yo estaba allí. Pero no. Yo no estaba allí.

Los dados detuviéronse. La muerte y el destino tiraron de todos los pelos.

¡Dos ases!

El chino se echó a llorar.

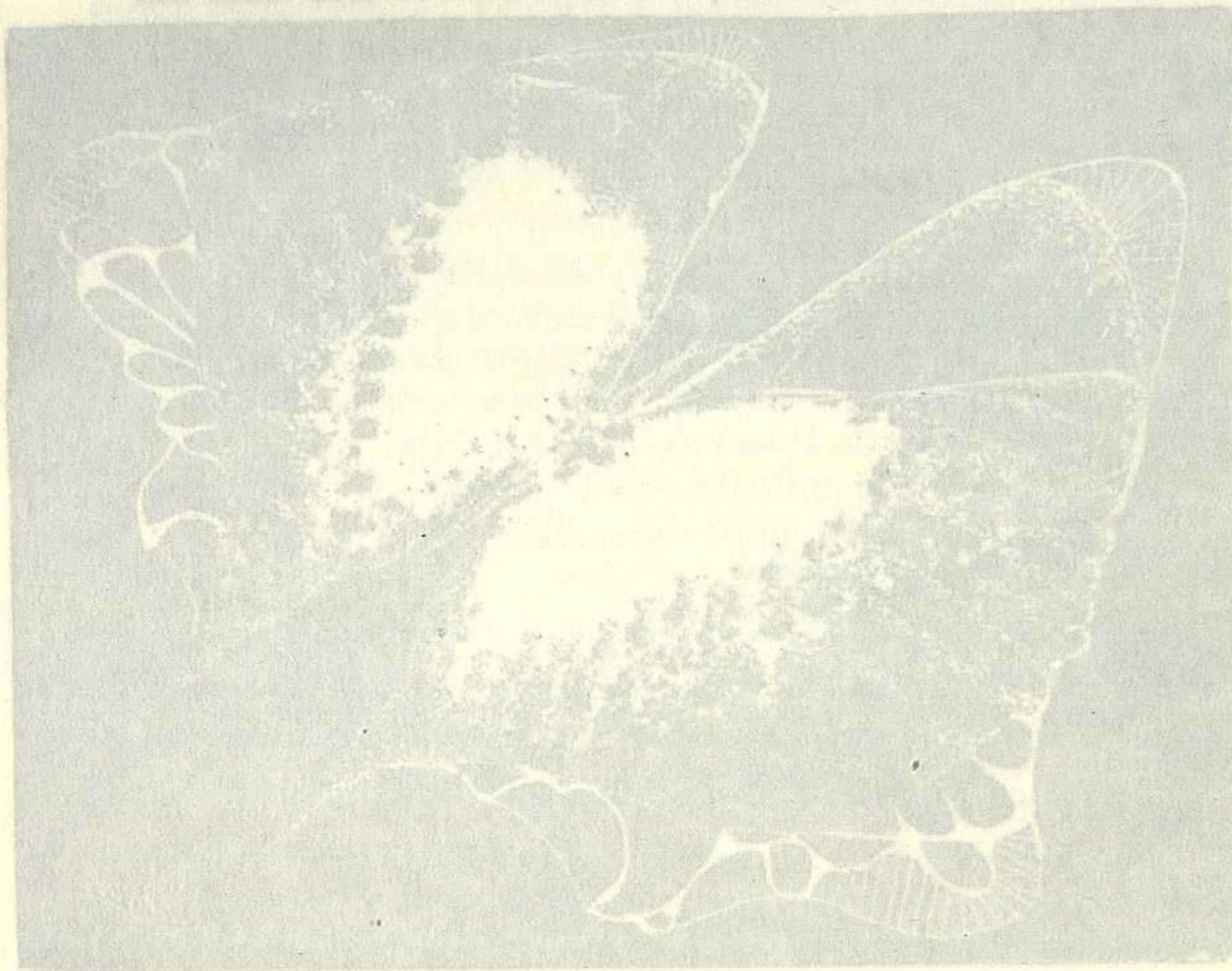
³ Apuesta.



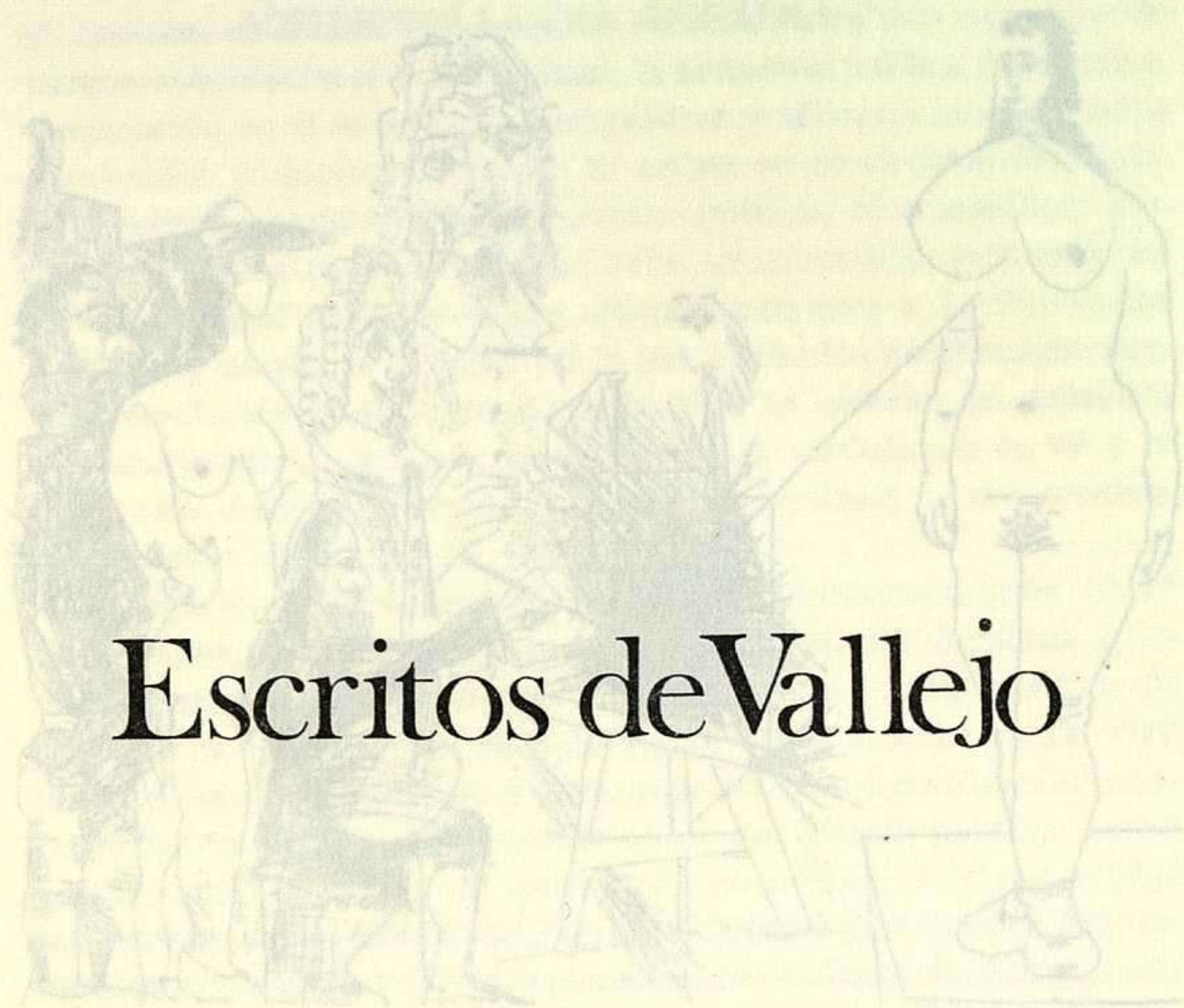
manuel carmona

Ante aquel desafío, que nadie notaba, de ese revolver contra ese
par de dados que ponían al número que plaga a la invencible
sombra del Destino encarnada en la figura de Chala, cualquiera
habría asegurado que yo estaba allí. Pero no. Yo no estaba allí.

Los días de Jaramba. La muerte y el destino tiraron de todos



Ministerio de Cultura



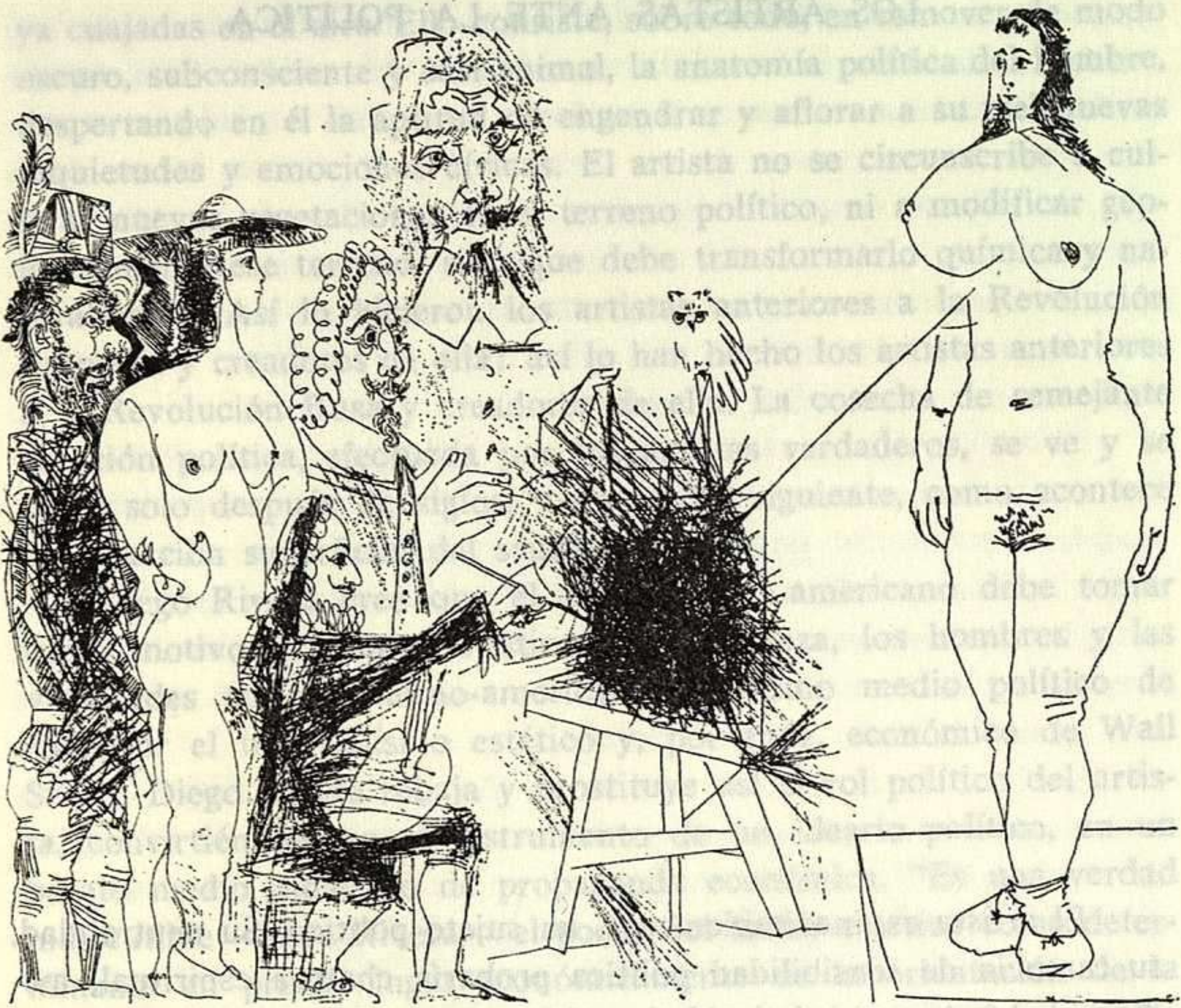
Escritos de Vallejo

PABLO PICASSO

"El quebrantó la recta por primera vez.
Y en ese quebranto reposa el germen fun-
cional y arlequinesca de su estética".

CESAR VALLEJO

Escritos de Vallejo

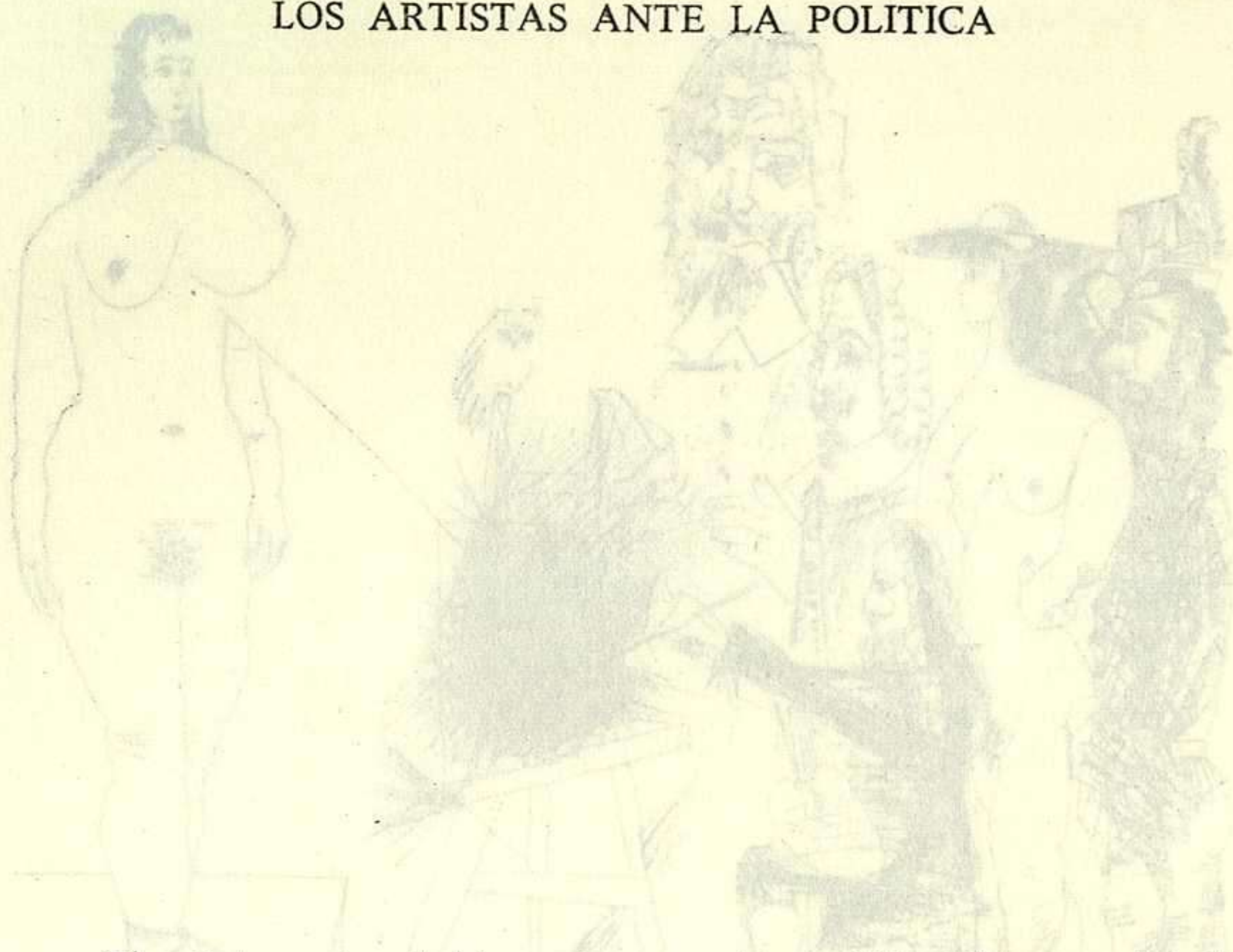


PABLO PICASSO

*"El quebrantó la recta por primera vez.
Y en ese quebranto reposa el gozne fun-
cional y arlequinesco de su estética"*

CESAR VALLEJO

LOS ARTISTAS ANTE LA POLITICA



El artista es, inevitablemente, un sujeto político. Su neutralidad, su carencia de sensibilidad política probaría chatura espiritual, mediocridad humana, inferioridad estética. Pero ¿en qué esfera deberá actuar políticamente el artista? Su campo de acción política es múltiple: puede votar, adherirse o protestar, como cualquier ciudadano; capitanear un grupo de voluntades cívicas, como cualquier estadista de barrio; dirigir un movimiento doctrinario nacional, continental, racial o universal, a lo Rolland. De todas estas maneras puede, sin duda, militar en política el artista, *pero ninguna de ellas responde a los poderes de creación política, peculiares a su naturaleza y personalidad propia*. La sensibilidad política del artista se produce, de preferencia y en su máxima autenticidad, creando inquietudes y nebulosas políticas, más vastas que cualquier catecismo o colección de ideas expresas y, por lo mismo, limitadas, de un momento político cualquiera, y más puras que cualquier cuestionario de preocupaciones o ideales periódicos de política nacionalista o universalista. El artista no ha de reducirse tampoco a orientar un voto electoral de las multitudes o a reforzar una revolución económica, sino que debe, ante todo, suscitar una nueva sensibilidad política en el hombre, una nueva materia prima política en la naturaleza humana. Su acción no es didáctica, trasmisora o enseñatriz de emociones o ideas cívicas,

ya cuajadas en el aire. Ello consiste, sobre todo, en remover de modo oscuro, subconsciente y casi animal, la anatomía política del hombre, despertando en él la aptitud de engendrar y aflorar a su piel nuevas inquietudes y emociones cívicas. El artista no se circunscribe a cultivar nuevas vegetaciones en el terreno político, ni a modificar geológicamente ese terreno, sino que debe transformarlo química y naturalmente. Así lo hicieron los artistas anteriores a la Revolución Francesa y creadores de ella; así lo han hecho los artistas anteriores a la Revolución Rusa y creadores de ella. La cosecha de semejante creación política, efectuada por los artistas verdaderos, se ve y se palpa solo después de siglos, y no al día siguiente, como acontece en la acción superficial del pseudo-artista.

Diego Rivera cree que el pintor latino-americano debe tomar como motivos y temas artísticos la naturaleza, los hombres y las vicisitudes sociales latino-americanos, y como medio político de combatir el imperialismo estético y, por ende, económico de Wall Street. Diego Rivera rebaja y prostituye así el rol político del artista, convirtiéndolo en el instrumento de un ideario político, en un barato medio didáctico de propaganda económica. "Es una verdad indiscutible —dice Rivera— el poder del factor estético como determinante en primer lugar económicamente de la orientación de la referencia a los consumos y, en segundo lugar, como factor psicológico capaz de encauzar la mente y la voluntad proletaria por el trayecto más corto hacia la consecución de lo que conviene a sus intereses de clase". Olvida Diego Rivera que el artista es un ser libérrimo y obra muy por encima de los programas políticos sin estar fuera de la política. Olvida que el arte no es un medio de propaganda política, sino el resorte supremo de creación política. *Hablo del arte verdadero*. Cualquier versificador, como Maiakovsky, puede defender en buenos versos futuristas, la excelencia de la fauna soviética del mar; pero solamente un Dostoiewsky puede, sin encasillar el espíritu en ningún credo político concreto y, en consecuencia, ya anquilosado, suscitar grandes y cósmicas urgencias de justicia humana. Cualquier versificador, como Derouléde, puede erguirse ante la muchedumbre y gritar los gritos democráticos que quiera; pero solamente un Proust puede, sin empadronar el espíritu humano en ninguna consigna política, propia ni extraña, suscitar, no ya nuevos tonos políticos en la vida, sino nuevas cuerdas que den esos tonos.

Diego Rivera fabrica un disco y pretende dárselo a los artistas de América, para que se ocupen de darle vueltas. Todo catecismo

político, aun el mejor entre los mejores, es un disco, un clisé, una cosa muerta, ante la sensibilidad creadora del artista. Esta acción política está bien en manos segundonas de artista copiador o repetidor, pero no en manos de un creador. Por lo demás, bueno sería que se lograra descubrir la pólvora, aun dentro de la teoría de Rivera; pero la historia del arte no ofrece ningún ejemplo de artista que, partiendo de consignas o cuestionarios políticos propios o extraños, haya logrado realizar una gran obra. Las teorías, en general, embarazan e incomodan la creación.

El artista debe, antes que gritar en las calles o hacerse encarcelar, crear, dentro de un heroísmo tácito y silencioso, los profundos y grandes acueductos políticos de la humanidad, que sólo con los siglos se hacen visibles y fructifican, precisamente, en esos idearios y fenómenos sociales que más tarde suenan en la boca de los hombres de acción o en la de los apóstoles y conductores de opinión, de que hemos hablado más adelante.

Si el artista renunciase a crear lo que podríamos llamar las nebulosas políticas en la naturaleza humana, reduciéndose al rol secundario y esporádico, de la propaganda o de la propia barricada, ¿a quién le tocaría aquella gran taumaturgia del espíritu?

(Del *Aula Vallejo* n.º 1)

LITERATURA A PUERTA CERRADA

El literato de puerta cerrada no sabe nada de la vida. La política, el amor, el problema económico, el desastre cordial de la esperanza, la refriega directa del hombre con los hombres, el drama menudo e inmediato de las fuerzas y direcciones contrarias de la realidad, nada de esto sacude personalmente al escritor de puerta cerrada. Producto típico de la sociedad burguesa, su existencia es una afloración histórica de intereses e injusticias sucesivas y heredadas, hacia una célula estéril y neutra de museo. Es una momia, que pesa, pero no sostiene. Este infecto plumífero de gabinete es, en particular, hijo directo del error económico de la burguesía. Propietario, rentista, con probendas o sinecuras de Estado o de familia, el pan y el techo le están asegurados y puede escapar a la lucha económica, que es incompatible con el aislamiento individual. Tal es el más frecuente caso del literato de gabinete. Otras veces el escriba se nutre de un tácito sentido económico, heredado de la psicología colectiva de la que procede. Carece entonces de renta, como vulgar parásito de la sociedad, pero disfruta de un temperamento que le permite practicar una literatura de gran cotización. Sin darse cuenta, posee y pone en juego una serie de instintos de producción, de naturaleza típicamente burguesa, como son los sentimientos y las ideas conservadoras. La anquilosis de su arte, de clau-

político
sura, corresponde subterráneamente a la anquilosis de sus lectores. En una sociedad de aburridos regoldantes y de explotadores satisfechos, la literatura que más place es la que huele a polilla de bufete. Cuando la burguesía francesa fue más feliz y satisfecha de su imperio, la literatura de mayor prestancia fue la de puerta cerrada. A la víspera de la guerra, el rey de la pluma fue Anatole France. Hoy mismo, en los países donde la reacción burguesa se muestra más recalcitrante como en la propia Francia, Italia y España —para no citar sino países latinos—, los escritores de más inmediata influencia son Valéry, Pirandello y Gómez de la Serna, cuyas obras contienen, en el fondo, una exclusiva y evidente sensibilidad de gabinete. Ese refinamiento mental y ese juego de ingenio trascienden de lejos al hombre que goza muellemente y a puerta cerrada.

Frente a esta literatura de pijama que, como el aire confinado de las piezas cerradas tiende actualmente hacia arriba, pero para evaporarse, también como ese aire, muy pronto se agolpa ante los pulmones naturales del hombre, la libre inmensidad de la vida.

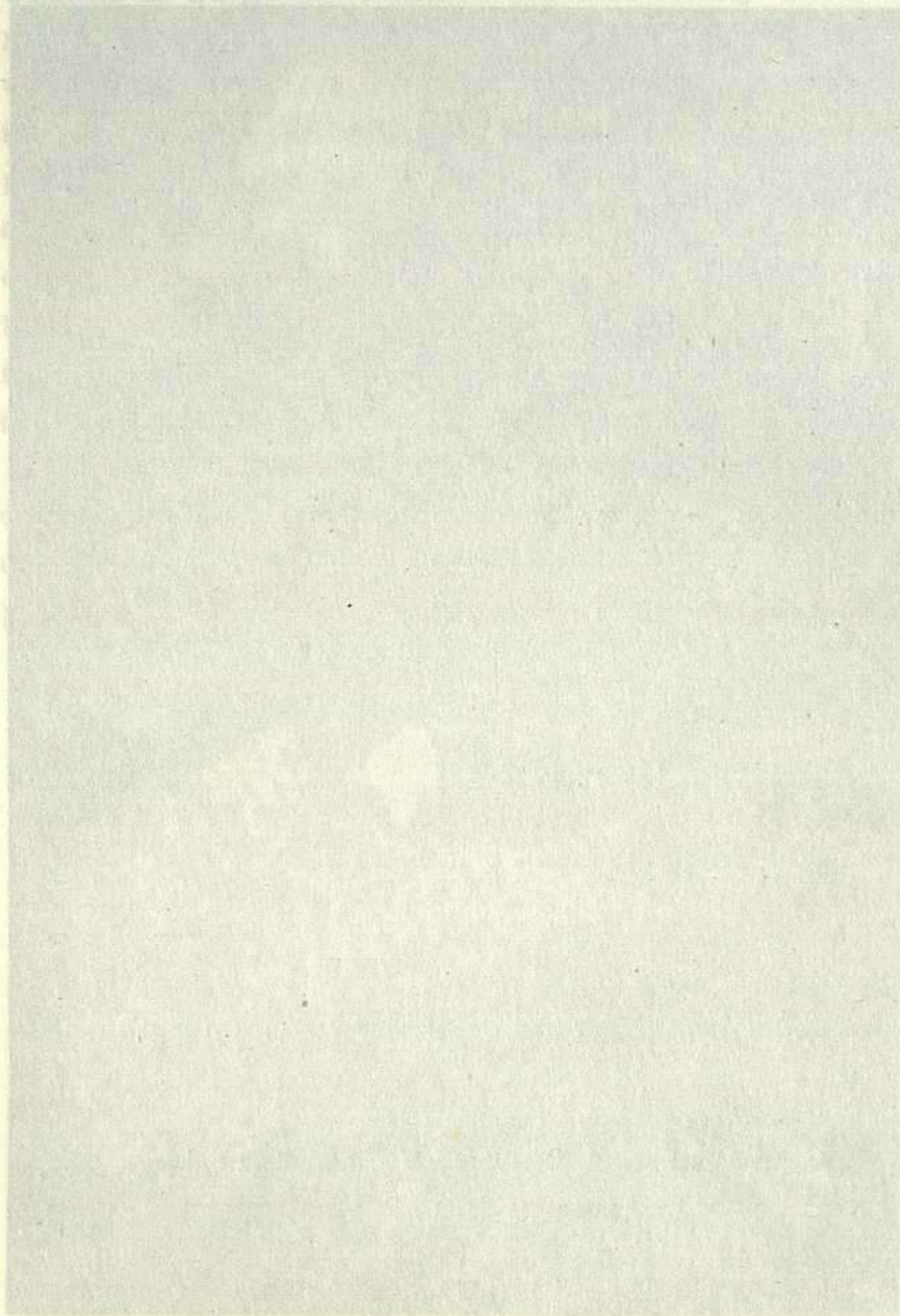
el buen sentido



La mujer de mi padre está enamorada de mí, viniendo y avanzando de espaldas a mi nacimiento y de pecho a mi muerte. Que soy dos veces suyo: por el adiós y por el regreso.

CESAR VALLEJO

En una sociedad de aburridos reglamentados y de explotadores satisfechos, la literatura que más place es la que huele a polilla de butete. Cuando la burguesía francesa fue más feliz y satisfecha de su imperio...



cerrada. A la
Francia. Hoy
muestra mi
para no
influen-
nos sabe
bilidad de
estímulo
cerrada.
ómnibus
para que
solos que
adiv. al

La mujer de mi padre está enardecida de
mi nacimiento y estando de espaldas a
Que soy dos veces hijo: por el abuelo y
por el regreso.
CESAR VALLEJO



Sobre Vallejo

*Siento a Dios que camina
tan en mí, con la tarde y con el mar.*

Sobre Vallejo



*Siento a Dios que camina
tan en mí, con la tarde y con el mar.*

SEMEJANTE MENDIGO

(A mi maestro Héctor Rojas Herazo)

A partir de una edad cataclísmica (que más tarde recordaremos con dulzura y nostalgia, y a veces con piedad), nuestro corazón comienza a tener una cita con unos cuantos genios. Algunos de ellos se aproximan a nuestro corazón, a nuestra inconcebible máquina de temer y de amar, con un camina lento, cariñoso: llegan, pasan, se quedan para siempre, calentándonoslo. Otros, irrumpen con la velocidad de un disparo, pasan, se quedan para siempre, inexorables, ardiéndonoslo, quemándonos la casa de nuestras emociones, para que no se enfríe jamás, para que no se libre de la vida. Los primeros (por ejemplo, Machado) predominantemente son profesores de serenidad, de equidad, de bondad. Los segundos (por ejemplo, Vallejo) predominantemente son profesores de escalofrío, de súbita y duradera compasión, de sufrimiento general, de pozo lleno de hambres y de hombres. Los unos trigo, los otros levadura, unos y otros constituyen el pan que roeremos durante todos nuestros años para estar alimentaditos, para ser menos pordioseros, para ayudarnos a aprender a socorrer nuestro mendigo, para enseñarnos a pedirles limosna a la vida y a la muerte, para que de una vez por todas sepamos que nuestra soledad andrajosa termina en los andrajos ontológicos de nuestro semejante. Amadas sean las orejas sánchez, amado el desconocido y su señora, amado sea el que vela el cadáver de un pan con dos cerillas —escribiría Vallejo, quién sabe desde qué insomnio lleno de espanto y multitud, abarrotado por los precipicios de su conciencia y por su solidaridad casi pavorosa, mundial y comulgante.

No hay ninguna poética escrita en castellano en donde el semejante tenga ese sitio de oro, disponga del cachito de pan más

tierno, sea más huésped querido. César. Toma la mano del lector y lo lleva a su casa de Santiago de Chuco o a su paciente hospital de París; le presenta a su madre, así muerta inmortal, así le presenta a su padre sacando sus setentiocho ramos de invierno a solear, le presenta a Aguedita, Nativa, Miguel, sus hermanos de padre y madre, le sienta en el sillón ayo de dinástico cuero y hasta le lleva a gozar del calorcito húmedo del vaho serrano y matinal de las narices del caballo. El lector de Vallejo, más que su amigo, su aprendiz, tiene el destino de ser su semejante. Entre los grandes versos de Vallejo y la hambre más profunda del lector no hay distancia. En ese abrazo de escritura y lectura todo es prieto como una espiga, y todo es esencial como la lágrima que cae de cada ojo; todo está junto como el sino enigmático, solidario y mortal de la especie; y todo es conmovedor y taciturno, acongojante, diminutivo y tembloroso, como la cara de palo viviente y la mano vacía —y digna del beso más hondo— que nos muestra el mendigo. ¿Qué mendigo? En esa fiesta con candil que es la lectura de Vallejo, en esa ceremonia en que los dioses son los rostros humanos, los caminos, la lluvia, los huesos, la ternura, ¿es el mendigo César? ¿somos nosotros los mendigos? ¿son mendigos el presente, el pasado y el porvenir? ¿somos mendigos los dioses? ¿es mendigo el lenguaje? Y por los intersticios de esa comunitaria y primordial pordiosería se va filtrando como una pus de amor —porque el amor en él es una herida— un riego minucioso de camaradería, una revolución de comunicación, hasta que la lectura se ha transformado en un ejército de pobres tomados de la mano que avanzan con metálica humildad al asalto del horizonte y cantando entre dientes un himno que casi no se oye, de puro verdadero, un himno de años y de sombras, de continentes y padecimientos, de pueblitos y de países, de coraje y modestia, de justicia y piedad, de orejas sánchez y del champaña negro de vivir, de pedacitos de pan tierno a todos, de extenuante compasión: y pienso que, si no hubiera nacido, otro pobre tomará este café —pensó Vallejo desdichadamente, maravillosamente, ante una pobre taza de café en algún sitio de la pobre tierra.

Socialista grandioso y peruano pordiosero, europeo pordiosero, cristiano pordiosero, español pordiosero, hay sin embargo en todo lo que atañe a Vallejo un inusitado esplendor, una suave bravura, una misteriosa riqueza. Es algo que nos hace más grandes desde lo más pequeño: la alta mendicidad de su lenguaje. ¿De dónde vienen, santodios, la magia, la ternura, la profundidad, la inocencia, la casi

horrenda eficacia emocional de su lenguaje? ¿Pero de dónde vienen esta harina, esta sal, estos porotos, este maíz, este cuchillo de alimento que se adentra en nuestra hambre en forma de palabras que rebullen en el poema como tiemblan por dentro de un costal un bulto de aves aterradas? Su idioma impar —es decir: su idioma impar— procede, de una parte, de las más calientes y remotas y vivas raíces del castellano —americano y español; de otra parte, los helechos de misterio que se mueven en el manantial de su habla nos inducen a imaginar alguna preconsciente pulsación de un idioma que se llamaba incaico: sin algo acarreado de otra época, otra cultura y otra raza, el castellano que inventó Vallejo sería absolutamente inconcebible. Debemos sospechar que en el habla de César hay millones de incas susurrando su pétrea y firme ausencia a través de los siglos desde su vano enterramiento. Pero aún hay algo más en ese “harapiento andamiaje vocabular” con que a veces asustan sus poemas: la forma de mirar y la forma de hablar del niño. Ningún poeta americano o español, ninguno, ha logrado jamás contar el mundo y enumerar las emociones, contagiar el deslumbramiento, el miedo, el tacto, la ansiedad, como lo haría la lengua de un niño. No un niño encanecido, sabio, anciano prematuro, predestinado y único, sino sencillamente un niño: ese planeta de candor y sinceridad, de balbuceo y de angustia, de radical necesidad que es todo niño, cualquier niño. Como ha dicho otro maestro americano con palabras incomparables “la monstruosa y vesánica inocencia” del habla de Vallejo, su nervatura casi animal y a la vez matemáticamente certera como una gota del jadeo que suda y la primordial inteligencia, su fuerza intestinal, ósea, prelógica, ya no es cosa de adultos. Esa suntuaria búsqueda de expresión, esa riqueza mendicante que crea inusitados cortocircuitos de dicción, ese balbuceante fluir de palabras a la precipitada búsqueda de los seres, del calor de las madres, del olor de los semejantes, ese milagro idiomático nos suena por primera vez porque se dice por primera vez: porque lo que se dice lo está diciendo un niño. Es un habla que carece de disimulo, de premeditación e incluso de belleza tal como tan equívocamente entendemos la palabra belleza. La belleza del habla de Vallejo viene de su majestuosa y acongojada incompetencia, del terror infantil con que Cesitar, Vallejito, nombraba la habitación donde ya no estaba mamá y el poyo de la casa donde ya no estaba su hermano; viene del espanto de un niño que descubre que Dios se encuentra enfermo: grave. La belleza de su lenguaje ha nacido

en el cerebro limpio y acosado del niño. La astucia de ese idioma tiene un nombre solemne: es la necesidad.

Lo más creador de un niño es, sin duda, lo que le falta. Y con lo que le falta va haciendo su lenguaje. Palabras repentinas, preguntas, sobresaltos, miradas iniciáticas, un oído finísimo para con los ruidos más misteriosos de la casa, un absorto descubrimiento del monótono prodigio del paso de las estaciones sobre la tierra recién estrenada por sus pies, por sus ojos. El 16 de marzo de 1892 y en Santiago de Chuco, undécimo y último hijo de un matrimonio que juntó en su prole sangre española y sangre incaica, nació César Abraham Vallejo. Toda su vida creó con lo que le faltó. Su pobreza se transformó en justicia. Su orfandad en misericordia. Su soledad en compasión. Su mendicante idioma de niño pobre americano en la más abrumadora limosna verbal con que ha honrado el castellano y que sólo leyendo desde lo más andrajoso y puro de nuestro devenir podemos soñar con merecer. César Vallejo realizó el milagro de no consentir que los años, la miseria y la historia le asesinaran al niño que había sido y que jamás dejó de ser para bien de los hombres, realizó ese milagro de virilidad que es transportar toda su vida y todas sus edades a la espalda como un fardo entrañable; nos habló con un candor, una hombría, un baluceo y una misericordia únicas en la historia del castellano, nos enseñó cuanto seamos capaces de aprender, brutalmente sufrió durante casi medio siglo, y el 15 de abril de 1938, en París y con aguacero, como él había entrevisto, por la cama de un hospital entró en la historia del lenguaje: “¿dí mamá?” Que su cadáver estaba lleno de mundo ya no lo duda nadie. Por la fotografía de su cabeza muerta se ve una callecita de Santiago de Chuco, un aluvión de amigos silenciosos, la guerra civil española, Pedro Rojas, cucharas, palitos, piedras, cielos, mendrugos, tendones y caminos —y un reposo terrible que en cualquier meticuloso instante de la extraña noche del hombre le va a empujar a incorporarse lentamente, abrazar al primer ser que se encuentre en su resurrección, echar a andar sin fin y sin descanso. Otra vez sin descanso. Cinco días antes de morir empezó a delirar. Decía: “Voy a España... Quiero ir a España...” ¡Semejante mendigo!

félix grande

de “Galeradas”. (Boletín de Información Bibliográfica) Julio 1976.

césar vallejo

frente a andré bretón



“La última escuela de mayor cartel, el superrealismo, acaba de morir oficialmente. En verdad, el superrealismo, como escuela literaria, no representaba ningún aporte constructivo. Era una receta más de hacer poemas sobre medida, como lo son y serán las escuelas literarias de todos los tiempos. Los manifiestos superrealistas se limitaban a edificar inteligentes juegos de salón relativos a la escritura automática, a la moral, a la religión, a la política. Cuando el superrealismo llegó, por la dialéctica ineluctable de las cosas, a afrontar los problemas vivientes de la realidad —que no dependen precisamente de las elucubraciones abstractas y metafísicas de ninguna escuela literaria— el superrealismo se hizo entonces anarquista, forma esta la más abstracta, mística y cerebral de la política y

la que mejor se avenía con el carácter ontológico, por excelencia y hasta ocultista del cenáculo. Dentro del anarquismo, los superrealistas podían seguir reconociéndose, pues con él podía convivir y hasta constanciarse el orgánico nihilismo de la escuela. Pero, más tarde, los superrealistas llegaron a apercibirse de que, había otro método revolucionario tan “interesante” como el que ellos proponían: el marxismo. Leyeron, meditaron y, por un milagro muy burgués de eclecticismo o de “combinación” inextricable, Breton propuso a sus amigos la coordinación y síntesis de ambos métodos. Los superrealistas se hicieron inmediatamente comunistas. Es solo en este momento —y no antes ni después— que el superrealismo adquiere cierta trascendencia social. De simple fábrica de poetas en se-

rie, se transforma en un movimiento político militante y en una pragmática intelectual realmente viva y revolucionaria. El surrealismo mereció entonces ser tomado en consideración y calificado como una de las corrientes literarias más vivientes y constructivas de la época.

Por desgracia, Breton y sus amigos, contrariando y desmintiendo sus estridentes declaraciones de fe marxista, siguieron siendo, sin poderlo evitar y subconscientemente, unos intelectuales anarquistas incurables”.

CESAR VALLEJO

* * *

...No hemos de seguir por este camino un tanto interminable. Ni cabe detenernos a examinar aquí al pormenor el humanismo peculiar de Vallejo para contrastarlo con el más que equívoco de Breton. Se diría que ha quedado ya el campo lo bastante expedito para avistar desde una mira puramente humana, lo que significan las posiciones no poco disímiles de ambos poetas, el andino y el francés.

Como poetas representativos que son, correspondientes a una circunstancia de crisis transformativa, uno y otro apuntan a una idea de lo humano distinta a la que reina en los momentos actuales. Ambos apetecieron un estado de superhumanidad para cuya realización juzgaron conveniente, si no indispensable, la intervención en el proceso histórico de una revolución social tal como, en su absoluto, la entiende el partido comunista. Mas no pudiendo canalizar los convencimientos dinámicos de ese partido hacia sus propios fines, el impulso transpositivo de Breton retrocedió, como en rebote, al “más acá”, y se contuvo en la negación anárquica de lo colectivo en provecho de un egocentrismo no menos absoluto y en el fondo tan infra-superhumano como inhumano, correspondiente al finisterre o punto avanzado donde se agudiza y sobrepuja el carácter específico de un período cultural in extremis. Difícil es asombrarse, por lo mismo, de que las obras surrealistas gusten como suelen gustar ciertas viandas pasadas, *faisandées*, pero todavía irisadamente comestibles, a paladares no necesariamente estragados. El Surrealismo ha perdido, por haberlo perdido el Occidente, el sabor directo de la naturaleza, enterrada en Europa bajo siete estadios de cultura mediterránea y pseudo universal. Y lo ha perdido a pesar de que, desde el siglo XVII al menos, y mediante el incentivo de América, se viene sintiendo allí la nostalgia de esa “naturaleza” prístina con una avidez que en nuestro siglo se tradujo en la inquietud creadora surgida en

la plástica siquiera en parte, al conjuro del arte negro, del oceánico y del primitivo americano —y ante el Surrealismo, al de magos y hechiceros.

Vallejo tiene, en contraste, como el nuevo continente la “naturaleza” a flor de piel. Le basta un rasguño para descubrir las palpitaciones de la arcilla primigenia en que radica su prodigiosa aboriginalidad. Lo europeo occidental es en su constitución anímica un injerto o segundo peldaño superpuesto que predica la inminencia de una situación de síntesis capaz de resolver unitariamente, en el ser humano, la supuesta oposición entre Naturaleza y Espíritu. Su Humanismo florece en los umbrales de un estado de cultura de Nuevo Mundo, en cuyo horizonte han de integrarse, por fuerza, todas las caras y dimensiones de la Realidad con sus categorías correspondientes.

La personalidad de Breton se concentra, ya hemos visto, en el Yo o sujeto individual que, si de una parte se manifiesta en antítesis respectivamente al Ser divino, de otra se opone, en defensa de su libertad irrefrenada, a todo “ser humano” colectivo que se sustraiga al ejercicio de su propia autoridad. Frente a esta actitud anárquicamente egocéntrica de Breton, el ser sujeto oscila en la conciencia de Vallejo entre un yo antagónico a cualquier concepción o hipóstasis circunstancial del Ser divino que a él no lo incluya, y un sujeto genérico ante el que, en un acto de abnegación personal, enteramente libre, se esfuerza por resignar su ego psico-somático o “pronombre inmenso que el animal crió bajo su cola”.

Aunque ambos, Breton y Vallejo, comprendan, cada cual a su manera, que la colectividad no puede resolver por sí misma ciertos problemas de fondo planteados en sus seres individuales, entre uno y otro, como puntos contrariamente polarizados, se extiende una sima o barrera divisoria. La aspiración de Breton al más allá de su estado presente, es incapaz de admitir que pueda aquel lograrse por otro camino que el trazado en sus propios términos y conforme a sus conveniencias. Es como si se empeñara en trasladarse por ferrocarril de Cherburgo a las islas Galápagos. No alcanza a darse cuenta de que la realidad creadora —poética— pide por lo pronto comprender, como ineludible la inserción acondicionada de uno mismo en el contexto de los intereses orgánicos de la colectividad o substancia cuantitativa de lo genérico.

Vallejo, en cambio, se siente y, por lo tanto, se sabe ser espíritu de pueblo o masa orgánicamente estructurada en la que, renunciando a su persona individual, anhela integrarse como uno de los muchos

participantes en la para todos beneficiosa regeneración del Ser de todos. Desde el arranque de su experiencia ansía confundirse copulativamente con el destino de los demás, en virtud de un amor abnegativo que acabe por sobreponerse a la muerte individual en el seno de una conciencia de ser psicoespiritual genérica. Frente a quienes persiguen como supremo bien y a toda costa la satisfacción de sus deseos particulares de la clase que fueren, Vallejo subordina el suyo propio al bien común, razón suprema, tanto en lo material como en lo espiritual, de su comunismo trascendente. En suma, la oposición entre el Yo y el cuerpo social deriva en Breton a lo antinómico y sin solución posible, por hallarse arraigado en su absoluto. No es el caso de Vallejo, en quien la conciencia se sobrepone en tal forma que, tras luchar a brazo partido con el Yo, a este lo relativiza y, como consecuencia, lo Humano se redime en él y transfigura.

JUAN LARREA

* Extracto de "César Vallejo frente a André Breton", por Juan Larrea.

CLAVES DE PROFUNDIDAD

UN POEMA SINGULAR E IGNORADO DE VALLEJO

Creo indispensable llamar la atención hacia un poema prácticamente desconocido de Vallejo, no obstante haber sido publicado en la revista *Mundial*, de Lima, de 1927, hace más de treinta años. Supe de él a los pocos días de celebrado el Simpósium de Córdoba, por una mención del libro de André Coyné, recién aparecido entonces. Bastó confrontar esa mención con ciertos incidentes de la vida del poeta para saber que se trataba de un documento clave; de manera, que en la Mesa de Investigación sobre Vallejo que el Instituto del Nuevo Mundo celebró en los meses de octubre y noviembre, hubimos de referirnos con frecuencia a su significado como auténtico eslabón perdido en el proceso personal del artista.

André Coyné dice así:

Al año siguiente, Luis Alberto Sánchez presenta a los lectores de *Mundial* dos nuevos poemas: el primero de ellos se titula *Lomo de las Sagradas Escrituras* y, a través de la presencia de la madre como símbolo ya universal, en un clima continuo de orfandad, anuncia las proyecciones proféticas y redentoras de las últimas obras (“De pecho en pecho hasta la madre unánime...” — “Hasta París ahora vengo a ser hijo. Escucha / Hobre, en verdad te digo que eres el HIJO ETERNO”) (*).

(*) André Coyné, *César Vallejo y su obra poética*. Lima, 1959, p. 138.

Ante aprecio semejante, sorprende que Coyné no haya juzgado oportuno ofrecer a los vallejistos del mundo el texto completo de esta breve composición, teniendo en cuenta la imposibilidad en que nos encontramos fuera del Perú de consultar la publicación mencionada. He aquí, pues, el poema singular en extremo que he podido conocer y transcribir a mi paso por Lima en enero de 1960.

LOMO DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

Sin haberlo advertido jamás, exceso por turismo
y sin agencias
de pecho en pecho hacia la madre unánime.
Hasta París ahora vengo a ser hijo. Escucha,
Hombre, en verdad te digo que eres el HIJO ETERNO
pues para ser hermano tus brazos son escasamente iguales
y tu malicia para ser padre es mucha.
La talla de mi madre moviéndome por índole
de movimiento,
poniéndome serio, me llega exactamente al corazón:
pesando cuanto cayera de vuelo con mis tristes abuelos,
mi madre me oye en diámetro callándose en altura.

Mi metro está midiendo ya dos metros,
mis huesos concuerdan en género y en número
y el verbo encarnado habita entre nosotros
y el verbo encarnado habita, al hundirme en el baño,
un alto grado de perfección (*).

Fueron estos versos concebidos por Vallejo en un momento de honda y aguda crisis interna. Acababa de entrar en relación con Georgette Philippart, mas por ciertas razones de orden psicológico a que Armando Bazán hace alusión —velada y deliberadamente compuesta— en su reciente libro sobre el poeta (**), esa relación había quedado en suspenso. Yo guardo una carta de Vallejo, de 5 de mayo de 1927, en que me comunica la ruptura.

(*) Luis Alberto Sánchez, *Nuevos versos de César Vallejo*. En "Mundial", Lima, 8 de noviembre de 1927. La voz "exceso" del verso inicial oficia de verbo y parece significar "me excedo", "me traslado", "avanzo", "progreso", "viajo", "peregrino"...

(**) Armando Bazán, *César Vallejo: dolor y poesía*. Buenos Aires y Lima, 1959. pp. 87 - 89.

El poema demuestra que el légamo, no de palabras como suele tenderse a suponer, sino de valores trascendentales relegado al trasfondo del poeta, surgió de pronto a superficie a resultas de la conmoción sentimental sufrida. Vuelve así el espectro de la madre a hacerse en él presente. Pero es esta una madre que nada tiene de fisiológica ni de personal. Se trata ya de "la madre unánime", de la que en París ha llegado el poeta a sentirse hijo. El valor del adjetivo "unánime" se nos precisa al volverlo a leer no mucho después en una crónica de Vallejo donde describe a París como la ciudad cósmica en la que se encierran todas las demás del mundo, y para definirla recurre al ejemplo del "disco de Newton" en el que "el movimiento refunde los colores del iris, para producir el blanco unánime del sol sin que, en el fondo, desaparezcan los matices" (*). Sin duda, "la madre unánime" es la madre de las madres —no del todo desligada de la "metrópolis" o "ciudad madre" parisina—; aquella Madre Eterna en la que se idealiza platónicamente la maternidad hasta constituirse en un principio simbólico y que, por tanto, no puede ser sino virgen. En función de esa madre, el Ser del Hombre se especifica como HIJO ETERNO, definiéndose en forma implícita el complejo de Edipo vallejiano, como asestado deicidamente en el plano trascendental contra el Padre Eterno. No parece que quepan dudas acerca de la identificación que al cabo de los años se operará, con todas sus significaciones, entre esa madre unánime de 1927 y la Madre España de los últimos poemas de Vallejo, en cuyo seno vendrá a morir regenerativamente, según es sabido. Pero lo que es más impresionante aún: al final del poema, en forma que a la letra cabría juzgar blasfematoria, el sujeto poético se identifica sarcásticamente con el verbo encarnado luego de dedicar un recuerdo a sus "tristes abuelos" sacerdotes, por cuya causa parece haberse verificado una "caída de vuelo" de la altura.

Al emitir este poema, el poeta parece hallarse alienado. Así lo estimaría nuestra razón cotidiana si olvidase que la enajenación constituye el estado supremo a que, en el ápice de su intensidad, puede aspirar el vate apropiado al Ser que se revela. En todo caso, Vallejo juzgó suma por aquellos días la importancia de su declaración poemática de la divinidad del hombre. Tanto que con fecha 18 de agosto de 1927 escribió a Luis Alberto Sánchez enviándosela

(*) César Vallejo, *El disco de Newton*. Crónica fechada en París en agosto de 1928 y publicada en *Mundial* el 5 de octubre del mismo año.

junto con otros dos poemas de valor menos específico. Suyas son las siguientes palabras:

Le envió unos versos de la nueva cosecha. Usted sabe, mi querido Sánchez, que soy hartamente avaro de mis cosas inéditas, y, si me doy así hacia Vd., lo hago en gratísimo impulso de plena simpatía intelectual. Para amigos tan grandes como usted, todo. Por eso van esos versos a usted. Son los primeros que saco a la publicidad, después de mi salida de América. Aun cuando se me ha solicitado (sic) poemas continuamente, mi voto de conciencia estética ha sido hasta ahora impertérrito: no publicar nada mientras ello no obedezca a una entrañable necesidad mía, tan entrañable como extraliteraria. Ahora puede usted, mi querido compañero, publicar, si lo quiere, los poemas que le envió. (*)

Son varias las cosas que implican las frases anteriores. Primero, que Vallejo atribuía a esta composición, que es la más relevante y justificativa de la remesa, según lo comprendió su destinatario, una significación tan considerable como para infringir sus costumbres y procurar que dicho poema se conociera inmediatamente. En segundo lugar, lo hacía, según confiesa, por “una entrañable necesidad” suya, “tan entrañable como extraliteraria”. También se ha de tener presente que es tal la turbación de su ánimo, perceptible en el estilo rengueante y desganado de su carta, como para no darse cuenta de la incorrección que comete al afirmar ser estos los primeros poemas que publica después de su salida del Perú, siendo así que el año anterior había impreso dos en nuestra revista *Favorables París Poema*, uno de ellos reproducido por *Amauta*, en Lima. Sucede, por último, que cuando a fines de 1937 reunía los materiales para lo que habría de ser su poemario póstumo, no había aún estimado oportuno recoger ni este poema ni los dos de *Favorables*, mas sí, en cambio, “Piedra negra sobre una piedra blanca”, enviado a Sánchez, pero no publicado por este, y “Actitud de excelencia”, retocado bajo el nuevo título de “Altura y pelos”. Es posible que para su conciencia

(*) Luis Alberto Sánchez, *Vallejo, hombre y poeta libre*. Cuadernos del Congreso por la libertad de la Cultura, París. N.º 30, Mayo-Junio 1958, p. 16.

de entonces, este *Lomo de las Sagradas Escrituras* le resultase comprometedor y un tanto en corral ajeno dentro del volumen (*).

Pero esta última es una consideración que no puede rezar ni con la crítica ni con aquellos a quienes interesa de verdad la obra del poeta y su substancia revelatoria. De ahí la extrañeza que se apodera de uno al comprobar que en la reciente edición de *Poemas Humanos* (Lima, Perú Nuevo, 1959), donde se recogen todos los posteriores a *Trilce*, figuren los dos publicados en *Favorables*, más otro llamado *Primavera tuberosa*, habiéndose excluido, como única oveja negra este *Lomo de las Sagradas Escrituras* que “anuncia las proyecciones proféticas y redentoras de las últimas obras”. Quizá no sea tan difícil como parece adivinar el porqué de esta medida arbitraria que sirve, por lo menos, para recalcar la singularidad del poema.

El lector de buena fe y sin partidismos preconcebidos, se dará cuenta de que esos diecisiete versos vienen, en forma como portentosa, a dar validez a los enfoques intentados, relativamente al poeta, por quien esto escribe. El cuadro psicológico expuesto en *Profecía de América* —según lo reconoce Coyné—, en *César Vallejo o Hispanoamérica en la Cruz de su Razón* y, últimamente, en *Significado de la vida y de la obra de César Vallejo* del reciente Simpósium, se ven respaldados inesperadamente por el poeta mismo en términos que aturden por lo categórico de su anomalía. A nadie parece serle lícito desde ahora dudar del carácter de los valores metafísicos subyacentes en la personalidad vallejana. Quien se expresa por su pluma pretende ser el Hijo Eterno, revelando la autenticidad del arquetipo que, en el planteo de esa su personalidad, había ya descubierto nuestra exégesis. Y hasta se las da de Verbo encarnado, corroborando por su boca y a posteriori —como si lo hiciese desde fuera de tiempo y de espacio— algunas de las proposiciones al parecer más imprudentes que se oyeron en el Simpósium y que se recogen en sus Actas.

Encarado con los fenómenos vitales, cada cual, individuo o grupo los comprende conforme a su sintonización particular y a la idoneidad y precisión de sus instrumentos de cultura. De aquí que sean hoy día numerosos quienes creen, empezando por la persona

(*) Por aquellos días escribirá: “Estas son mis sagradas escrituras”, refiriéndose quizás a sus costillas o lomo. Véase “Epístola a los transeúntes” (155).

que pretende administrar el alcance poético de Vallejo, que la significación substancial de este es la inmediatamente política, con unos cuantos perifollos poéticos más o menos ininteligibles y excitantes para dar relevancia al guiso. (¿Radicalará el valor de *La Divina Comedia* en el partidismo de Dante a favor del bando güelfo?). Lo craso del error se delata en la presente ocasión por sí solo. Un poeta de imaginación absolutamente libre como lo es Vallejo, no puede ser entendido como se debe sino por estados de espíritu en armonía con la profundidad humana de su experiencia y mediante instrumentos psicológicos y culturales capaces de discriminar sus valores. Quienes intentan comprenderlo como un fenómeno mayormente político o puramente literario, no aciertan ni a sospechar aquello que su carga de emoción tramita. No estaría de más que unos y otros se detuviesen a meditar la siguiente declaración de Vallejo, referida posiblemente al poema que nos ocupa y que por mi parte solo he venido a conocer en mi reciente viaje a Lima.

Como hombre puedo simpatizar y trabajar por la Revolución, pero, como artista, no está en manos de nadie ni en las mías propias, el controlar los alcances políticos que pueden ocultarse en mis poemas (*).

Evidentemente, está saliendo en defensa de una política del Espíritu, hacia donde, según se vio, apunta su persona. Él mismo se encargó de precisar su pensamiento al sostener en otra crónica inmediatamente anterior en que arremete contra Diego Rivera y Maiakovsky:

Si el artista renunciase a crear lo que podríamos llamar nebulosas políticas en la naturaleza humana, reduciéndose al rol, secundario y esporádico de la propaganda o de la propia barricada, ¿a quién le tocaría aquella gran taumaturgia del espíritu? (**).

El decir, ¿a quién le tocaría “abrir la brecha espiritual que necesita nuestra época”, según había manifestado dos años antes? (***)).

(*) César Vallejo, *Literatura proletaria*. Crónica fechada en París en agosto de 1928 y publicada en *Mundial* el 21 de septiembre del mismo año.

(**) Id. *Los artistas ante la política*. Crónica fechada en París en noviembre de 1927 y publicada en *Mundial* el 30 de diciembre del mismo año.

(***) Id. *París renuncia a ser centro del mundo*. Crónica fechada en París en junio de 1926 y publicada en *Mundial* el 28 de julio del mismo año.

Aun cabe aducir otra cita que aclara el contenido mental un tanto equívoco de quien luego se dirá "verbo encarnado". En ella se contraponen y jerarquizan en el tiempo, el mundo científico o de la razón teórica y el estético o revelador de la palabra teleológica.

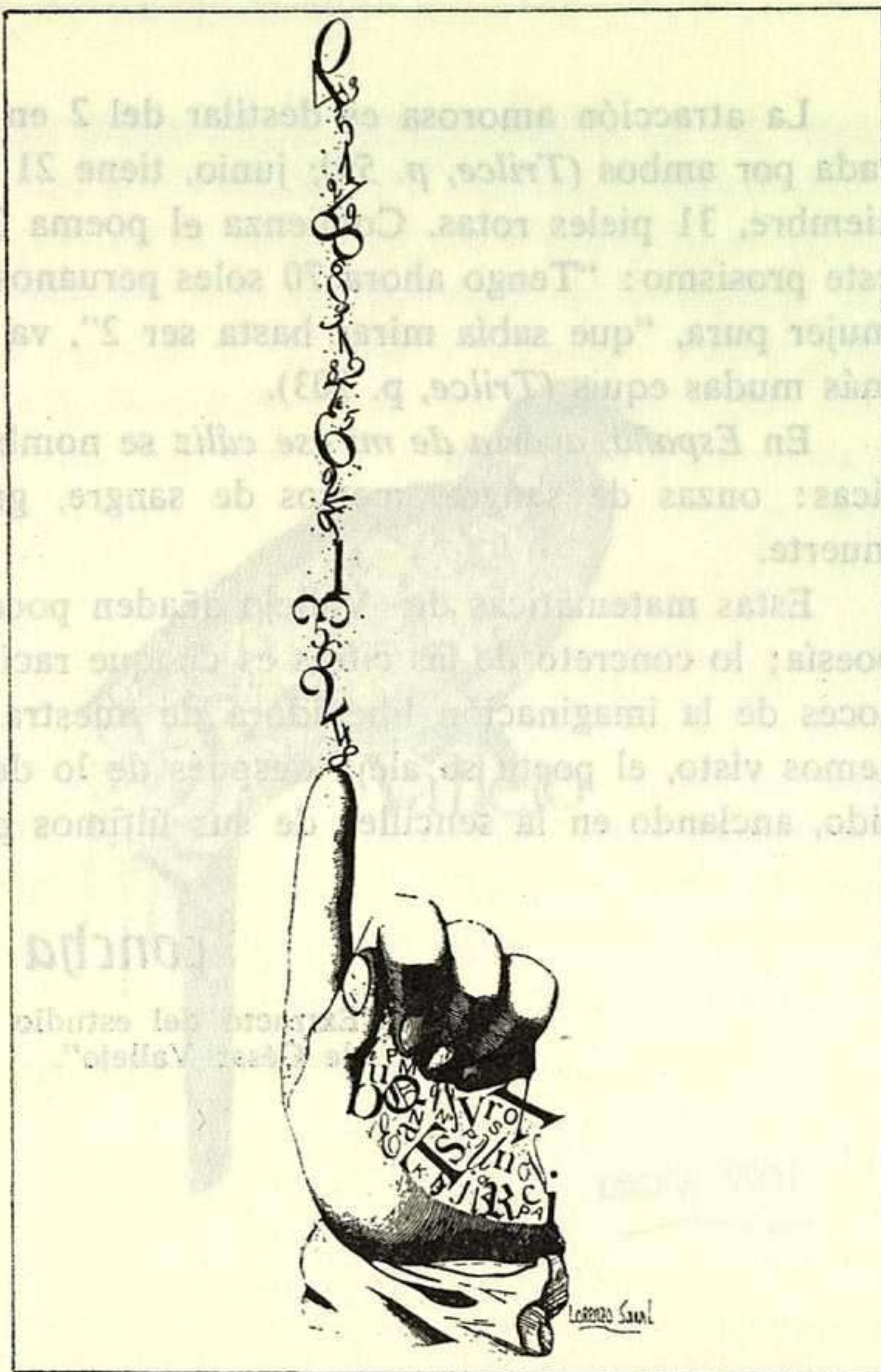
Al apogeo desenfrenado y ciego de la palanca de Arquímedes, al entusiasmo groseramente positivo que ha parido el aeroplano bombardeante y el asfixiante gas de las batallas, menester es que suceda el apogeo del Verbo que revela, que une y nos arrastra más allá del interés perecedero y del egoísmo (*).

Se diría que la estructura mental de Vallejo, la que presidió al desarrollo de su existencia y se corroboró en su muerte, no puede estar más clara.

Ahora, para ilustrar al vivo lo insuficiente de la comprensión de que es víctima el poeta, no parece inoportuno bajar al campo de la literatura a fin de someter a examen uno de los poemas especialmente representativos de Vallejo, así como la forma como fue presentado a los lectores franceses. Ello nos brindará la oportunidad de contemplar desde un ángulo complementario el valor de su obra entera.

juan larrea

(*) Id. *Los crímenes exóticos de la medicina*. Crónica de París, publicada en *Mundial* el 18 de septiembre de 1925.



Collage Lorenzo Saval

fascinación de los números

Operaciones matemáticas, números, aparecen en la poesía de *Trilce* en imágenes poéticas; frecuentemente, como prosismos, en que los números se escriben en su forma arábica; a veces como especulación sobre lo uno o en tangencias amorosas expresadas con el dos.

Así pasa de lo particular a lo absoluto, asido a elementos de matemáticas. Habla de una canción "cuadrada en tres silencios", de palomas que "dejan el pico cubicado en tercera ala".

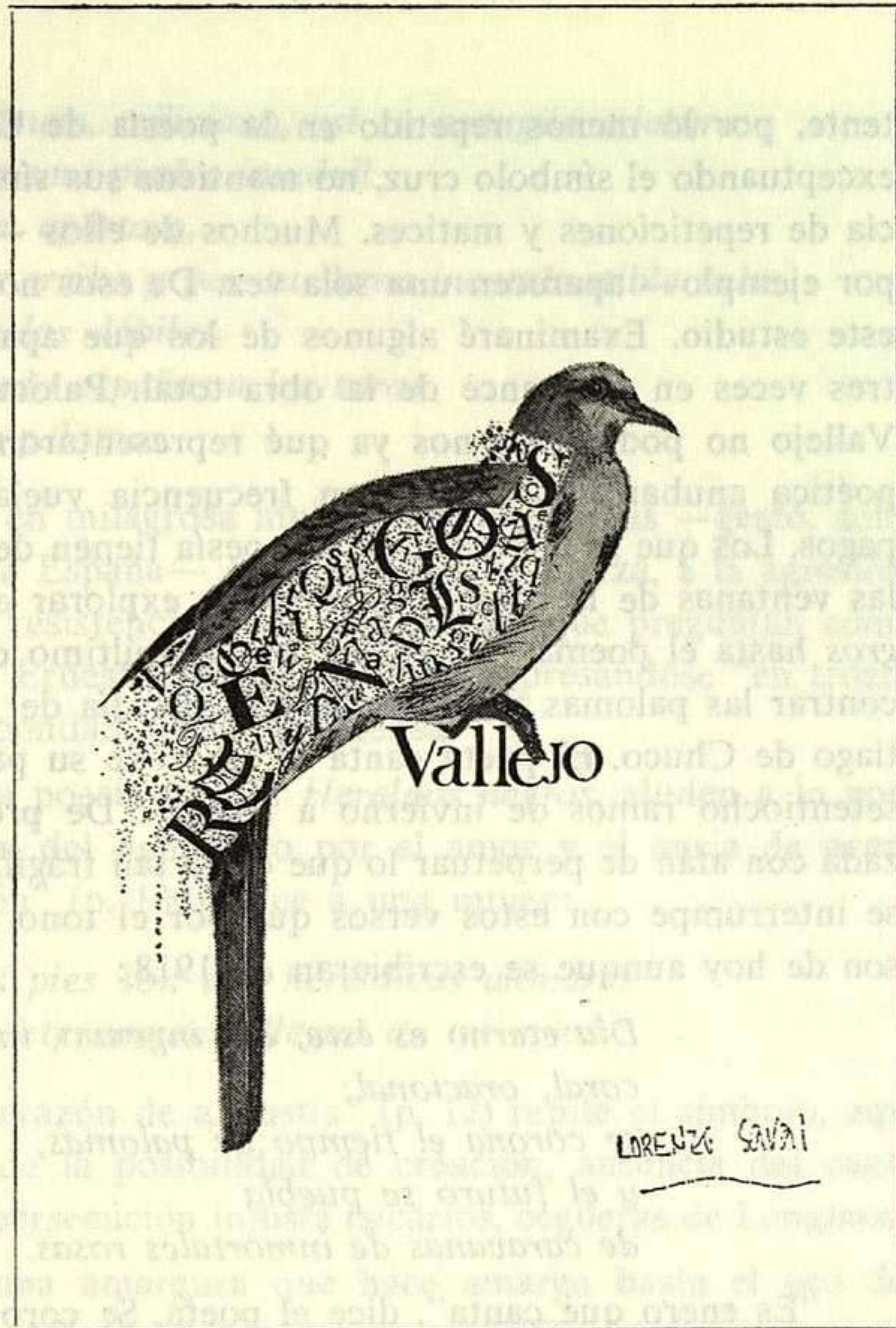
La atracción amorosa es destilar del 2 en una sola tanda, apurada por ambos (*Trilce*, p. 59); junio, tiene 21 uñas de estación; diciembre, 31 pieles rotas. Comienza el poema XLVIII de *Trilce* con este prosismo: "Tengo ahora 70 soles peruanos". En nombre de una mujer pura, "que sabía mirar hasta ser 2", va sacando lengua a las más mudas equis (*Trilce*, p. 203).

En *España, aparta de mí ese cáliz* se nombran medidas matemáticas: onzas de sangre, metros de sangre, gramo del peso de la muerte.

Estas matemáticas de Vallejo añaden poco al valor lírico de su poesía; lo concreto de las cifras es choque racional que destierra los goces de la imaginación liberadora de nuestra circunstancia. Como hemos visto, el poeta se alejó después de lo desconcertante y retorcido, anclando en la sencillez de sus últimos poemas.

concha meléndez

Extracto del estudio "Muerte y resurrección de César Vallejo".



Collage Lorenzo Savai

palomas y alondras

Pablo Neruda ha explicado a Amado Alonso algunos de sus símbolos más difíciles. Estas explicaciones, llaves del hermetismo nerudiano, son, para el lector imaginativo y sensible, una limitación. La interpretación personal de un símbolo poético, por lejos que esté de la intención lírica de quien lo siembra en el poema, es la decisión en una encrucijada, la salida descubierta en el laberinto donde nos dejó la audacia que representa siempre toda exégesis poética.

Las palomas, ha dicho el mismo Pablo Neruda, son en su poesía símbolo de la vida: La paloma me parece la expresión más acabada de la vida por su perfección formal. Palomas es símbolo, si no insis-

tente, por lo menos repetido en la poesía de César Vallejo, quien, exceptuando el símbolo cruz, no mantiene sus símbolos con abundancia de repeticiones y matices. Muchos de ellos —el mirlo de la vida, por ejemplo— aparecen una sola vez. De esos no voy a ocuparme en este estudio. Examinaré algunos de los que aparecen por lo menos tres veces en el avance de la obra total. Palomas es uno de ellos. Vallejo no podrá decirnos ya qué representaron las palomas en su poética anubarrada, donde con frecuencia vuelan cegadores relámpagos. Los que se interesan en su poesía tienen de par en par abiertas las ventanas de la conjetura. Hay que explorar en *Los Heraldos negros* hasta el poema “Enereida” —el penúltimo del libro—, para encontrar las palomas de César Vallejo. Es día de Año Nuevo en Santiago de Chuco. El poeta canta al amor de su padre, que pone “sus setentiocho ramos de invierno a solear”. De pronto, la silueta trazada con afán de perpetuar lo que es ya tan frágil, sólo “una víspera”, se interrumpe con estos versos que por el tono y pulso del creador son de hoy aunque se escribieran en 1918:

*Día eterno es éste, día ingenuo, infante,
coral, oracional;*

*Se corona el tiempo de palomas,
y el futuro se puebla
de caravanas de inmortales rosas.*

“Es enero que canta”, dice el poeta. Se corona el tiempo de palomas: es decir, de ilusiones intactas o renovadas, más ingenuas por eso, ya que pasadas borrascas no han logrado ahuyentarlas. El vuelo de estas palomas, en la poética de Vallejo, se ennoblece con una original belleza vencedora de la tradición.

Las palomas en *Trilce* representan los soñadores, los buenos, débiles ante las ballenas: los poderosos, los fuertes por su riqueza material o su audacia:

*Cómo escotan las ballenas a palomas
cómo a su vez éstas dejan el pico
cubicado en tercera ala.*

Obligados a pagar escote a la fuerza material, los buenos —palomas— dejan el pico (las ansias corporales y espirituales), elevadas a la tercera potencia, anumentadas al cubo.

En “Himno a los voluntarios de la República” (*España, aparta de mí este cáliz*, pp. 28-29) las palomas vuelven a ser los débiles, por delicados o ingenuos, por la edad o la dolencia:

*Así tu criatura, miliciano, así tu exangüe criatura
agitada por una piedra inmóvil
se sacrifica, apártase,
decae para arriba y por su llama incombustible sube
sube hasta los débiles,
distribuyendo españas a los toros
toros a las palomas.*

Distribuyendo en milagrosa multiplicación españas —gesto, acto, pasión privativos de España— a los toros; a la fuerza, a la agresión, y a la vez fuerza y resistencia a los débiles. Los que preguntan cómo y dónde ha muerto Ernesto Zúñiga, lo dicen expresándose “en trozos de paloma”: con bondad tierna, indefensa.

Alondras, en la poesía de *Los Heraldos negros*, aluden a lo poético, a la exaltación del don lírico por el amor y el ansia de aventura. En “Comunión” (p. 100), dice a una mujer:

*Tus pies son dos heráldicas alondras
que eternamente llegan de mi ayer!*

El poema “Nervazón de angustia” (p. 12) repite el símbolo, aquí como alejamiento de la posibilidad de creación, ausencia del canto ahuyentado por la persecución injusta (sicarios, ceguerras de Longinos).

Acosado por una amargura que hace amargo hasta el oro del sol poniente en el valle, el poeta termina la “Oración del camino” así:

*Queda un olor de tiempo abonado de versos
para brotes de mármoles consagrados que hereden
la aurífera canción
de la alondra que se pudre en mi corazón.*

Hay “un nido azul de alondras que mueren al nacer” en el temblor de fiebre con que, al anochecer, el poeta se entrega a un ensoñar silencioso en la sala de su casa paterna (p. 142).

No hay alondras ni en *Trilce* ni en *España, aparta de mí este cáliz*. Alondras es representación de intimidad lírica, de juvenil ensueño, y pertenece a la época inicial de esta poesía.

CONCHA MELÉNDEZ

Extracto del estudio “Muerte y resurrección de César Vallejo”, por C. M.

EL CESAR VALLEJO QUE YO CONOCI

Corría el año 1917 y yo vivía con mis padres en una hacienda de la sierra del norte del Perú, situada exactamente en las últimas estribaciones andinas de la provincia de Huamachuco. Se llama Marcabal Grande y hasta esa hacienda llega ya, subiendo por el cañón abismal del río Marañón, el rescoldo cálido de la selva amazónica. Mi vida había sido la de un niño campesino, hijo de hacendados, a quien su padre enseña en el momento oportuno a leer y escribir pasablemente y las artes más necesarias de nadar, cabalgar, tirar al lazo y no asustarse frente a los largos caminos y las tormentas. Alternaba mis trajines por el campo —donde me placía de modo especial un paraje formado por cierto árbol grande y cierta piedra azul—, con lecturas de Andersen, “Las mil y una noches” y otros libros maravillosos, entre ellos un grueso volumen del naturalista Raimondi sobre viajes y exploraciones de la selva que me parecía igualmente fantástico. Yo soñaba con ir a la selva, pero no como un sabio a estudiarla sino como un pionero. Conquistaría ese mundo poblado de árboles innumerables y de indios bravos.

A los siete años de edad, tales eran mis conocimientos y mis anhelos, pero mis padres abrigaban ideas más amplias sobre mi preparación y un día me anunciaron que debía ir a Trujillo, una lejana ciudad de la costa, a estudiar. En compañía de un hermano menor de mi padre, que pasó con nosotros sus vacaciones, hice el largo viaje. Esos fueron para mí reveladores días en que trotamos a través de dos de las ríscosas cadenas de los Andes, bajando muchas veces hasta valles cálidos ubicados en el fondo de las quebradas y los ríos y subiendo, otras tantas, hasta altos páramos rodeados de

rocas contorsionadas. Vimos muchos pueblos y aldeas y nos golpearon frecuentemente los tenaces vientos y lluvias de marzo. Dado el fin de estas líneas, debo apuntar que estuvimos en la ciudad de Huamachuco, capital de nuestra provincia, y que saliendo de allí y al encaminarnos hacia una cordillera muy alta, se abrió el camino a la ciudad de Santiago de Chuco, capital de la provincia limítrofe, donde había nacido César Vallejo.

En ese largo viaje a caballo que duró siete días, sin contar el tiempo que pasamos en casa de amigos que mi padre tenía en la región, me impresionaron, sobre todo, las altas montañas de los Andes, la *puna* enhiesta, llena de soledad y silencio, y una sobrecogedora dramaticidad que parece nacer de sus inmensas rocas que se parten, formando abismos de vértigo o trepan y trepan con un terco afán de altura que no se cansa de herir el toldo encapotado del cielo. A veces, el paisaje se dulcifica un poco; tiene bondad de árboles frutales en los valles y ternura de sembríos ondulantes en las laderas, pero todo ello no es sino una tregua, porque predominan las rijosas montañas que se desnudan subiendo a diez o quince mil o más pies de altura. En el alma de quien cruce los Andes o viva allí, persistirá siempre la impresión, que es como una herida, del paisaje abrupto hecho de elevadas mesetas, donde apenas crecen pajonales amarillentos, y de roquedales clamantes. Hay tristeza y, sobre todo, una angustia permanente y callada. Los habitantes de este vasto drama geológico, casi todos ellos indios o mestizos de indio y español, son silenciosos y duros y se parecen a los Andes. Aun los de pura ascendencia hispánica o los foráneos recién llegados, acaban por mostrar el sello de las influencias telúricas. Azotados por las inclemencias de la naturaleza y las inclemencias sociales —en exponer estas ya he empleado varios centenares de páginas—, sufren un dolor que tiene una dimensión de siglos y parece confundirse con la eternidad.

Todo lo dicho viene a cuento porque, días después de aquel viaje, debía encontrar en mi profesor, César Vallejo, a un hombre que procedía de esos extraños lados del mundo y los llevaba en sí. El caso es que llegamos a Trujillo, ciudad de la costa y soleada, agradablemente cálida. En su ambiente colonial, con trece iglesias de labrados altares y casas de grandes portones, patios amplios y balcones de estilo morisco, daban su nota de modernidad los automóviles que corrían por calles pavimentadas, la luz eléctrica, los trenes que traqueteaban y pitaban yendo y viniendo de los valles

azucareros o el puerto próximo. Mi niñez, acostumbrada a la naturaleza virgen, estaba muy asombrada de tanta máquina y del cine y otras cosas más, inclusive de la numerosa gente locuaz, que vestía a la moda. Hasta que un día, cuando mis piernas endurecidas y adoloridas por la cabalgata se agilizaron, mi abuela resolvió mandarme a clase.

Un circunspecto señor, cargado de años y sapiencia, estaba de visita en casa la noche de un domingo, y entonces escuché, por primera vez el nombre de Vallejo y las discusiones que provocaba. Se habló de que al día siguiente iniciaría mis estudios.

—Si tuviera un nieto —opinó el señor en un tono de sugerencia— lo mandaría al Seminario. Está regido por eclesiásticos y es muy conveniente...

Yo era todo oídos escuchando esa conversación que me revelaba mi destino de estudiante. Mi abuela repuso con dignidad:

—Es que su padre ha escrito que se lo ponga en el Colegio Nacional de San Juan. Es lo que ha dicho terminantemente. Todos los hombres de la familia se han educado allí.

—¿Y a qué año va a ingresar?

—Al primer año de primaria...

El anciano por poco dio un salto, y luego dijo muy excitado:

—¡Mi señora!, esa ya no es cuestión de colegios sino de buen sentido... ¿Sabe usted quién es el profesor de primer año en San Juan? ¿Lo sabe usted? Pues ese que se dice poeta, ese César Vallejo, un hombre a quien le falta un tornillo...

—Al fin y al cabo... para enseñar el primer año... —dijo mi abuela, tratando de calmarlo.

Mas nuestro visitante estaba evidentemente resuelto a salvar del peligro a un pobre niño indefenso como yo, y argumentó:

—No, no, mi señora, ese Vallejo, si no es un idiota es, cuando menos, un loco. ¿No podrían ponerlo en segundo año? Al entrar me sorprendió ver que el niño estaba leyendo el periódico.

Mi presunto salvador puso una cara de desconsuelo cuando mi abuela apuntó:

—Sí, ya sabe leer y escribir aceptablemente; pero no las otras materias que se enseñan en el primer año.

El anciano estaba evidentemente resuelto a agotar todos sus recursos para librar a mi pobre cerebro de influencias perturbadoras y tomó un rumbo más pacificador.

—Pero no me va usted a discutir, señora mía, que en cuanto a educación y especialmente en cuanto a religión se refiere, el Seminario es el mejor colegio. Está adquiriendo mucho prestigio...

Y mi abuela:

—En San Juan también enseñan la religión, según el reglamento de estudios y no son anticatólicos.

El señor abandonó la partida, pero sin duda para consolarse a sí mismo, se puso a hacer consideraciones fatales para el modernismo y no sé cuantos ismos más, y luego echó rayos y centellas de carácter estético contra el arte de mi profesor, todo lo cual no entendí. Marchóse por fin, llevándose una expresión de discreta contrariedad y no sin desearme buena suerte en una forma entre esperanzada y compasiva.

Me fue difícil conciliar el sueño en medio de la inquietud que se apodera de un niño que irá a la escuela por primera vez y pensando en mi profesor que, según decían, era poeta, y a quien el severo anciano había llamado loco cuando no idiota.

Mi compañero de viaje, que era también estudiante del mismo colegio, me llevó hasta el local.

—Por aquí no entran ustedes —me dijo al llegar a una gran puerta sobre la cual se leía la inscripción “Dios y la Patria”—; esta puerta es para nosotros los de la sección media. Vamos por allá...

Caminamos hasta la esquina y, volteando, se abrió a media cuadra la puerta que usaban los profesores y alumnos de la sección primaria. Nos detuvimos de pronto y mi tío presentóme a quien debía ser mi profesor. Junto a la puerta estaba parado César Vallejo. Magro, cetrino, casi hierático, me pareció un árbol deshojado. Su traje era oscuro como su piel oscura. Por primera vez vi el intenso brillo de sus ojos, cuando se inclinó a preguntarme, con una tierna atención, mi nombre. Cambió luego unas cuantas palabras con mi tío y, al irse este, me dijo: “Vente por aca”. Entramos a un pequeño patio donde jugaban muchos niños. Hacia uno de los lados estaba el salón de los del primer año. Ya allí, se puso a levantar la tapa de las carpetas para ver las que estaban desocupadas, según había o no prendas en su interior, y me señaló una de la primera fila, diciéndome:

—Aquí te vas a sentar. Pon dentro tus cositas... No, así no. Hay que ser ordenado. La pizarra, que es más grande, debajo y encima tu libro. También tu gorrita.

Cuando dejé arregladas todas mi cosas, siguió:

—Muchos niños prefieren sentarse más atrás, porque no quieren que se les pregunte mucho... Pero tú vas a ser un buen niño, buen estudiante, ¿no es cierto?

Yo no sabía nada de las pequeñas mañas de los chicos, de modo que no entendía bien a qué se refería, pero contesté con ingenuidad:

—Sí, mi mamita me ha dicho que estudie mucho...

El sonrió dejando ver unos dientes blanquísimos y luego me condujo hasta la puerta. Llamó a uno de los chicuelos que estaban por allí jugando la pega y le dijo:

—Este es un niño nuevo, llévalo a jugar.

Entonces se marchó y vinieron otros chicos, todos los cuales se pusieron a mirarme curiosamente, sonriendo. “¡Serrano, chaposo”!, comentó uno viendo mis mejillas coloradas, pues los habitantes de la costa tienen generalmente la cara pálida. Los demás se echaron a reír. El chico encargado de llevarme a jugar me preguntó sabiamente:

—¿Sabes jugar la pega?

Le dije que no, y él sentenció:

—Eres muy nuevo para saber jugar...

Me dejaron para seguir correteando. Yo estaba muy azorado y el bullicio que armaban todos me aturdí. Busqué con la mirada a mi profesor y lo vi de nuevo parado junto a la puerta, moreno y enjuto, conversando con otro profesor gordo y de bigote erguido, buen hombre, a quien yo también habría de llamar Champollion, como hacían los estudiantes desde muchas generaciones atrás. No me atreví a ir hacia ellos y caminé al azar. Cruzando otra puerta llegué a un gran patio, donde había muchos más niños. Nadie me miraba ni decía nada. Seguí caminando y encontré otro patio, donde los estudiantes eran más grandes. Por allí se hallaba mi tío. Había muchos patios, muchos salones, muchas arquerías. Las paredes estaban pintadas de un rojo claro, casi sonrosado, quizá para templar la severidad de un edificio que, en antiguos tiempos, había sido convento. Sonó la campana y yo no supe volver a mi salón. Me perdí, entrando equivocadamente a otro. Vino a sacarme de mi confusión el propio Vallejo, quien, al notar mi ausencia, se había puesto a buscarme de salón en salón. Cogiéndome de la mano, me llevó con él. Aún recuerdo la sensación que me produjo su mano fría, grande y nudosa, apretando mi pequeña mano tímida y huidiza debido al azoro. Me quise soltar y él me la retuvo. Mientras cami-

nábamos por los amplios corredores desiertos me iba diciendo, sin que yo atinara a responderle:

—¿Por qué te pusiste a caminar? ¿Te encontraste solo? Un niño como tú no debe irse lejos de su salón ni de su patio. Este colegio es muy grande... ¿Estas tristes?

Llegamos a nuestro salón y me condujo hasta mi banco. El pasó a ocupar su mesa, situada a la misma altura de nuestras carpetas y muy cerca de ellas, de modo que hablaba casi junto a nosotros. En ese momento me di cuenta de que el profesor no se recortaba el pelo como todos los hombres, sino que usaba una gran melena lacia, abundante, nigérrima. Sin saber a qué atribuirlo, pregunté en voz baja a mi compañero de banco: “¿Y por qué tiene el pelo así?” “Porque es poeta”, me cuchicheó. La personalidad de Vallejo se me antojó un tanto misteriosa y comencé a hacerme muchas preguntas que no podía contestar. El había de sacarme de mi perplejidad dando, con la regla, dos golpecitos en la mesa. Era su modo de pedir atención. Anunció que iba a dictar la clase de geografía y, engarfiando los dedos para simular con sus flacas y morenas manos la forma de la tierra, comenzó a decir:

—Niñosh... la Tierra esh redonda como una naranja... Eshta mishma Tierra en que vivimosh y vemosh como shi fuera plana, esh redonda.

Hablaba lentamente, silbando en forma peculiar las *eses*, que así suelen pronunciarlas los naturales de Santiago de Chuco, hasta el punto en que por tal característica son reconocidos por los moradores de las otras provincias de la región.

Se levantó después para dibujar la Tierra en el pizarrón y, durante toda la clase, nos reptió que era redonda, no siendo eso lo único sorprendente sino también que giraba sobre sí misma. Dio como pruebas las de la salida y puesta del sol, la forma en que aparecen y desaparecen los barcos en el mar y otras más. Yo estaba sencillamente maravillado, tanto de que este mundo en el cual vivimos fuera redondo y girara sobre sí mismo, como de lo mucho que sabía mi profesor. Cuando la campana sonó anunciando el recreo. César Vallejo se limpió la tiza que blanqueaba sobre una de sus mangas, se alisó la melena haciendo correr entre ella los garfios de sus dedos, y salió. Fue a pararse de nuevo junto a la puerta y estuvo allí haciendo como que conversaba con los otros profesores. Digo esto porque tenía un aire muy distraído.

De nuevo en el salón, era hora de estudio. La próxima sería de lectura. Había que repasar la lección. Me llamó junto a él y abrió mi libro en la sección de *Pato*. Tuve confianza en mi sabiduría y le dije:

—Ya pasé *Pato* hace tiempo. También *Rosita y Pepito*. Yo sé todo este libro...

Vallejo me miró inquisitivamente:

—¿Sabes también escribir?

A mi respuesta afirmativa me pidió que escribiera mi nombre y después el suyo. Dudé entre la *be* labial y la otra para escribir su apellido, pero tuve suerte al decidirme y salí bien. Me probó con otras palabras y una frase larga. La cosa parecía divertirse. Después me preguntó:

—Y si sabes leer y escribir, ¿por qué te han puesto en primer año?

—Porque no sé otras cosas...

Entonces me dijo que fuera a sentarme. Traté de conversar con mi compañero de banco, quien me cuchicheó que estaba prohibido hablar durante la hora de estudio. Miré a mi profesor.

César Vallejo —siempre me ha parecido que esa fue la primera vez que lo vi— estaba con las manos sobre la mesa y la cara vuelta hacia la puerta. Bajo la abundosa melena negra, su faz mostraba líneas duras y definidas. La nariz era enérgica y el mentón, más enérgico todavía, sobresalía en la parte inferior como una quilla. Sus ojos oscuros —no recuerdo si eran grises o negros— brillaban como si hubiera lágrimas en ellos. Su traje era uno viejo y luido y, cerrando la abertura del cuello blando, una pequeña corbata de lazo estaba anudada con descuido. Se puso a fumar y siguió mirando hacia la puerta, por la cual entraba la clara luz de abril. Pensaba o soñaba quién sabe qué cosas. De todo su ser fluía una gran tristeza. Nunca he visto un hombre que pareciera más triste. Su dolor era a la vez una secreta y ostensible condición, que terminó por contagiármeme. Cierta extraña e inexplicable pena me sobrecogió. Aunque a primera vista pudiera parecer tranquilo, había algo profundamente desgarrado en aquel hombre que yo no entendí sino sentí con toda mi despierta y alerta sensibilidad de niño. De pronto, me encontré pensando en mis lares nativos, en las montañas que había cruzado, en toda la vida que dejé atrás. Volviendo a examinar los rasgos de mi profesor, le encontré parecido a Cayetano Oruna, peón de nuestra hacienda a quien llamábamos Cayo. Este era más alto y

fornido, pero la cara y el aire entre solemne y triste de ambos, tenían gran semejanza. El hombre Vallejo se me antojó como un mensaje de la tierra y seguí contemplándolo. Tiró el cigarrillo, se apretó la frente, se alisó otra vez la sombría melena y volvió a su quietud. Su boca contraíase en un rictus doloroso. Cayó y él. Mas la personalidad de Vallejo inquietaba tan sólo de ser vista. Yo estaba definitivamente conturbado y sospeché que, de tanto sufrir y por irradiar así tristeza, Vallejo tenía que ver tal vez con el misterio de la poesía. Él se volvió súbitamente y me miró y nos miró a todos. Los chicos estaban leyendo sus libros y abrí también el mío. No veía las letras y quise llorar...

Así fue como encontré a César Vallejo y así como lo vi, tal si fuera por primera vez. Las palabras que le oí sobre la Tierra son también las que más se me han grabado en la memoria. El tiempo había de revelarme nuevos aspectos de su persona, los largos silencios en que caía, su actitud de tristeza inacabable y otros que ya aparecerán en estas líneas.

Por la noche, durante la comida, me preguntaron en casa:

—¿Te gusta tu profesor?

—Sí —respondí.

Era inexacto. No me había gustado precisamente. Me había impresionado y conturbado, interesándome, pero no sin producirme una sensación de lejanía. Después de la comida, por indicación de mi abuela, escribí a papá. Un pequeño lápiz romo fue garabateando mis impresiones. Cuando llegué a las del colegio y Vallejo, no supe qué decir sobre él. Después de pensarlo mucho y ensayar varias explicaciones, escribí que mi profesor se parecía a Cayo Oruna. Tiempo después, supe que, al leer la carta, mi madre había sonreído con dulzura y mi padre se dio a pensar en el poeta. Amaba a su pueblo y pudo otear a Vallejo desde el fondo de su alma llena de quebrados horizontes andinos.

En Trujillo, Vallejo tenía detractores tenaces así como partidarios acérrimos. En casa, como en todas las de la ciudad, las opiniones estaban divididas. Los más lo atacaban. Mi tía Rosa, persona muy culta y dada a leer, que escribía a hurtadillas, era su admiradora incondicional. “¡Es un gran poeta, es un genio!”, decía casi gritando, en medio del barullo de las discusiones. Recuerdo perfectamente, que, cierta vez, llegó un tío mío enarbolando un diario en el cual había un poema de Vallejo. Avanzó hacia nosotros.

—A ver, Rosita, quiero que me expliques esto: *¿Dónde estarán sus manos que en actitud contrita, planchaban en las tardes por venir?* ¿Esto es poesía o una charada? A ver, explícame...

Mi tía Rosa tomó el diario y, a medida que iba leyendo, su faz enrojecía. La mujercita frágil y nerviosa que era, se irguió por fin llena de rabia:

—Este es un hermoso poema y si no lo entiendes, la culpa no es de Vallejo sino tuya, que eres un bruto...

La discusión se armó de nuevo.

Mientras tanto, yo continuaba yendo a clase. César Vallejo nos enseñaba rudimentos de historia, geografía, religión, matemáticas y leer y escribir. También trataba de enseñarnos a cantar, pero nosotros lo hacíamos mejor que él, pues tenía muy mala voz. En cuanto a marchar, no se preocupaba de que lo hiciéramos bien, cosa en que ponían gran empeño con sus discípulos los maestros de grados superiores. Cuando los alumnos del colegio pasábamos en formación por las calles yendo al campo de paseo o en los desfiles del 28 de julio, los del primer año de primaria, con nuestro melenudo profesor a la cabeza, no marcábamos regularmente el paso y éramos una tropilla bastante desgarbada. Oíamos que la gente estacionada en las aceras murmuraba viendo a nuestro profesor: “¡Ahí va Vallejo!”, “¡Ahí va Vallejo!”.

Algo que le complacía mucho era hacernos contar historias, hablar de las cosas triviales que veíamos cada día. He pensado después en que sin duda encontraba deleite en ver la vida a través de la mirada limpia de los niños y sorprendía secretas fuentes de poesía en su lenguaje lleno de impensadas metáforas. Tal vez trataba también de despertar nuestras aptitudes de observación y creación. Lo cierto es que, frecuentemente, nos decía: “Vamos a conversar...” Cierta vez, se interesó grandemente en el relato que yo hice acerca de las aves de corral de mi casa. Me tuvo toda la hora contando cómo peleaban el pavo y el gallo, la forma en que la pata nadaba con sus crías en el pozo y cosas así. Cuando me callaba, ahí estaba él con una pregunta acuciante. Sonreía mirándome con sus ojos brillantes y daba golpecitos con la yema de los dedos, sobre la mesa. Cuando la campana sonó anunciando el recreo, me dijo: “Has contado bien”. Sospecho que ese fue mi primer éxito literario.

No siempre le producían placer nuestros relatos. Un día, llamó a un muchachito que era decididamente tardo. El pequeño, quizá más trabado por el mal talante que traía nuestro profesor —tenía la

boca y el entrecejo fieramente fruncidos—, no pudo decir casi nada, repitió varias veces la misma frase y de repente se calló: “Siéntese”, le ordenó con cierta despectiva rudeza. El chiquillo se fue a su banco y, cruzando los brazos metió entre ellos la cabeza y se puso a llorar ahogadamente. Vallejo se incorporó estremecido y fue hasta el pequeño. Estrechándole las manos lo llevó hasta su mesa, donde le acarició la cabeza y las mejillas hasta calmarlo. Sacó un gran pañuelo para enjugar las lágrimas que brillaban aún sobre la carita trigueña y luego se quedó mirándolo largamente. Sin duda en la desconsolada angustia del narrador frustrado, sintió esa que a él mismo solía oprimirlo muchas veces y ha aludido en sus versos. Cuando recuerdo aquella ocasión, me parece verlo arrodillado con la mirada, sufriendo por el niño y él y todos los hombres.

Pero había ratos en que la alegría se paseaba por su alma como el sol por las lomas y entonces era uno más entre nosotros, salvo que grande y con la autoridad necesaria para tomarse tremendas ventajas. Había que verlo cuando hacía de detective. Estaba prohibido comer frutas o chupar caramelos durante la hora de clase. Los chicos solíamos comprar preferentemente, por la razón de que eran abundantes y baratos, unos caramelos a los que llamábamos cuadrados, mercancía que más prodigaba la escasa generosidad de los dulceros estacionados en la esquina del plantel. Vallejo, con la cara metida en el libro, fingía leer mientras alguno le daba la lección, pero lo que en realidad hacía era echar, bajo las cejas, miradas exploradoras sobre toda la clase. Cuando descubría a algún delincuente, se erguía con una sonrisa triunfal y, yendo hacia él, lo amonestaba: “¿No he dicho que no coman *cuadros en clase?*” En seguida le quitaba los caramelos, sacándolos con aspaventera diligencia de los bolsillos, y los repartía entre todos o los más próximos, según la cantidad. Nunca supe si lo que le gustaba más era sorprender a los infractores o repartir los caramelos entre los chicos. Durante tales batidas, nos embargaba su mismo espíritu juguetón y reíamos todos llenos de felicidad.

El reglamento prescribía el castigo de reclusión para los que tuvieran mala conducta o no dieran bien sus lecciones. César Vallejo, durante todo el día, iba formando una lista de los que hablaban durante la hora de estudio o no sabían la lección pero, a la hora de salida, rompía la tirilla de papel en pedazos. Se comprende que no otorgábamos mucha importancia al hecho de ser apuntados en su lista, pero de tiempo en tiempo y sin duda para que no nos propa-

sáramos, solía darnos sorpresas y, a las cuatro de la tarde, entregaba la compungida cuota de reclusos del primer año de primaria, al inspector de turno. Su castigo usual era simple y directo: un tirón de los cabellos que quedan a la altura de las sienes.

Por las mañanas, llegaba a clase minutos después de la primera campanada y aun con un retardo más considerable. Entrábamos a las ocho, pero acaso se entregaba mucho a la vigilia de la creación o a trasnochar en compañía de amigos —que lo eran suyos todos los escritores jóvenes de la ciudad— o a sus estudios de universitario, de modo que el sueño lo retenía demasiado. Su impuntualidad alcanzó tal grado que, cierta mañana, el propio Rector del colegio acudió a ver lo que pasaba y se puso a tomarnos la lección. Cuando Vallejo arribó, se produjo una escena embarazosa que el Rector cortó diciéndole que pasara por su oficina a la hora de salida. Durante un tiempo estuvo llegando temprano, pero después volvió a las andadas y, aunque ya no con tanta frecuencia, seguía presentándose tarde.

Fuera del colegio, sus versos continuaban provocando la consiguiente reacción de comentarios ácidos y laudatorios e inclusive de protestas. Corrió la noticia de que nuestro profesor había sido asaltado durante la noche por un grupo de individuos que trataron de cortarle la melena. Él se había defendido dando feroces puñetazos y puntapiés. Miré con curiosidad su melena de león. Estaba intacta. Me pareció que durante esos días, tanto como sin duda le duró la impresión del ataque, su tristeza habitual tenía algo de violencia contenida y acendrada amargura.

Me conmovió mucho el asalto, no alcanzando a explicármelo. He de decir que para ese tiempo ya me había vuelto un admirador de Vallejo, si cabe la expresión. Fue que un día, decidido a examinar esa misteriosa e incomprensible poesía por mí mismo, me atreví a pedir a tía Rosa los versos de mi profesor, que ella recortaba sin dejar uno y guardaba celosamente. Al dárme los, hundió los lirios de sus manos en mis cabellos y me dijo que si no los entendía, no pensara mal del autor. Metido en mi cuarto, de bruces sobre la mesa y los poemas, me dí cuenta primeramente de que tenían muchas palabras cuyo significado ignoraba. Busqué un grueso diccionario que apenas podía cargar y me dediqué a una exploración que me resultaba muy difícil.

*“Lejana vibración de esquilas mustias,
en el aire derrama
la fragancia rural de sus angustias”.*

A buscar la palabra *esquilas*. A buscar *mustias*. A medida que avanzaba en mi penosa lectura, me iban asaltando y dejando muchas y contradictorias emociones. Sufría y gozaba, me esperanzaba y desconsolaba. Me invadió un pleno sentimiento de felicidad cuando, en ese mismo poema, pude captar al gallo “aleteando la pena de su canto”. Entendiendo y no entendiendo, el poema “Aldeana”, uno de los primeros publicados por Vallejo, que pareció muy hermoso. La emoción del crepúsculo rural, los sonidos y los colores de la tarde muriente me envolvieron. ¿Qué secreta cualidad hacía que ese hombre escribiera así? Encontré poemas menos pictóricos que no entendí de principio a fin y al leer “Idilio muerto”, la pregunta hecha a mi tía Rosa en pasados meses, me pareció formulada a mí mismo. Yo tampoco entendía lo referente a las manos y muchas líneas más. De todos modos, me consolé con lo poco que había comprendido y pensé que acaso, cuando yo fuera grande... Entregué a tía Rosa sus recortes sin decirle media palabra y ella no me dijo nada tampoco. Pese a sus momentáneas exaltaciones, era muy fina y seguramente temió herirme si sus preguntas resultaban indiscretas. Mas desde aquella vez, me alegraba como si hablara en mi nombre cuando ella elogiaba a César Vallejo y me sentí más cerca de mi profesor. Algo había podido apreciar de la belleza que prodigaba en sus versos. En cuanto a su hosquedad y su tristeza... bueno, Cayo Oruna... y uno está tan solo a veces... Porque yo me sentía muy solo en el colegio... Los muchachitos solían burlarse de mi condición de “serrano” y de que tenía chapas y era muy ingenuo. De modo que cuando corrió la voz del asalto a Vallejo, yo tuve una gran pena y sentí ganas de rebelarme contra alguien. Que dejaran en paz a ese hombre. Él era un gran poeta. En todo caso, no hacía mal a nadie con su melena y con sus versos...

Y el profesor, que era a la vez un artista triste y solo, seguía dándonos clase y el tiempo pasaba. En las horas de conversación me hacía hablar no sólo de lo visto por mí sino de lo que había oído contar. Recuerdo que le impresionó la historia de un ciego que vivía en una hacienda próxima a la nuestra, quien iba de un lado a otro por los ásperos senderos de la serranía, tal como si tuviera ojos y podía reconocer por el timbre de la voz a personas a las cuales no había oído durante años y además era adivino. Una tarde me preguntó: “¿Tú lees otros libros?” Le informé y me dijo que como ya sabía el reglamentario llevara otros para leer. Claro que cargué hasta el salón de clase los libros de cuentos que me obsequiaban mis

parientes o yo compraba con mis propinas y también las revistas y libros que mi tía Rosa quería prestarme sacándolos de su biblioteca personal. A veces, Vallejo me preguntaba sobre mis lecturas y, por mi parte, nunca le conté que me había atrevido con sus versos. Temía que me interrogara si los había entendido y, en tal caso, tener que confesarle que no del todo, que en buenas cuentas casi nada o nada. No consideraba suficiente excusa la posibilidad de explicarle que tía Rosa me había advertido que yo era muy niño para poder apreciar esos poemas. Así que me callaba esperando tiempos mejores. Sería grande y podría hablar con el mismo señor Vallejo de sus versos y de toda clase de versos. Cuando una vez me pidió que recitara algo, me guardé las esquilas en el fondo del pecho y dije uno de los más simples versos infantiles que sabía. Era uno que comenzaba así:

*“Oyes el zorzal, María?
Desde el arbusto florido
en donde tiene su nido,
al cielo su canto envía”.*

Los jueves por la tarde íbamos de paseo a un lugar situado no muy lejos de la ciudad, donde jugábamos a la pelota y corríamos. A raíz de mi recitación, me llamó a su lado una de esas tardes y, sentados sobre la grama, me pidió que le recitara todos los versos que sabía. Así lo hice, teniendo que repetirle varias veces el que dejo apuntado, y me regaló una naranja. Después, se quedó sumido en un gran silencio. Su expresión plácida de momentos antes había desaparecido. Inmóvil, con las manos sobre las rodillas, parecía mirar a los chicos que jugaban al fútbol y habían señalado el emplazamiento de los arqueros con montones formados por sus sacos y gorras. Noté que las incidencias del juego no le interesaban y que, en suma, no estaba viendo nada. Su prolongado silencio llegó a incomodarme. Yo no sabía qué decir ni qué hacer. Él estaba como ausente y yo esperaba en vano que me permitiera marcharme. “¿Puedo irme?”, le pregunté. Su silencio y su inmovilidad persistieron. Casi furtivamente, me escurrí de su lado, corrí a dejar mi saco y mi gorrita en uno de los montones y me puse a patear la pelota...

En el tiempo que siguió —creo que ya habíamos pasado del medio año de estudios— nuestro profesor me trataba con cierta cordialidad. Cuando tropezaba conmigo en su camino, me daba una amistosa palmadita en el cogote. Pero no podría decir que entre mí

y los otros niños, hacía una diferencia muy especial. Posiblemente pensaba: “este es un muchachito al que le gusta leer” y me daba rienda suelta en eso. En cambio yo, lenta y progresivamente, había ido adquiriendo una fe ciega en él. Hay cierta predisposición al partidismo en el alma de los jóvenes y los niños y, en cuanto a Vallejo, yo me había vuelto un definido parcial suyo. No me cabía duda de que ese hombre extraño era un gran artista, aunque a nadie hubiera podido explicarle bien por qué lo creía. Esta ocasión llegó una tarde, antes de clase. Uno de mis compañeros manifestó que su padre afirmaba que Vallejo no era nadie, ni siquiera como poeta. Mi madre me había dicho que honrara y respetara a los maestros, porque su tarea es muy noble y le reproché:

—¿Y qué? Es profesor y eso es bueno...

—¿Crees que ser profesor es una gran cosa? Y todavía ser el último profesor de un colegio, el de primer año... Un “muertodehambre”...

Recién comencé a darme cuenta del desdén con que se mira a los profesores en el Perú. El chico que hablaba era miembro de una de las grandes familias de la ciudad, e hijo de un médico famoso. Estaba muy pagado de todo ello y, para terminar de apabullar al pobre profesor, dijo:

—Ni siquiera como poeta sirve... mejor es Chocano. Es lo que dice mi padre, que sabe lo que habla.

—Es un gran poeta —repliqué muy afirmativamente.

—¿Qué sabes tú? ¿Crees que porque te deja leer libros, puedes hablar?

—Es un gran poeta —insistí.

—A ver, dinos por qué es un gran poeta...

No supe qué razones aducir. Referirme a la opinión de tía Rosa no me parecía suficiente. Hubiera querido decir algo definitivo.

—Dinos ahorita mismo por qué es un gran poeta —repitió mi oponente.

Yo estaba perplejo. Como a algunos pugilistas en trance de caer vencidos, me salvó la campana.

Día a día, lección a lección, el año de estudios pasó. Llegaron los exámenes y nuestro profesor nos aprobó a todos, citándonos para la ceremonia de la repartición de premios, que se realizaría a fines de diciembre.

La fecha llegó. Esa noche, el gran patio de honor del Colegio Nacional de San Juan estaba de gala. Profusamente alumbrado y con

asientos arreglados en forma de galerías, mostraba al fondo un estrado donde tomaron asiento el Rector y los profesores. Casi todos llevaban vestido de etiqueta. Las familias de los alumnos fueron acomodadas delante y, nosotros, a los lados y detrás. Los mocosos del primer año fuimos lanzados a una de las últimas filas. Debido a que Vallejo ocupaba un lugar muy secundario en el estrado, sólo se le podía ver la cabeza. Pero ella, grande de melena y cetrina de tez, resaltaba claramente entre tanta pechera blanca y tanta luz.. y entre tanta cabeza sin carácter.

No viene al caso que detalle la ceremonia. Es sí, pertinente, que refiera que no me tocó ningún premio porque, como éramos varios los que obtuvimos las primeras notas, los habían sorteado y los favorecidos fueron otros. Casi al terminar el acto, Vallejo abandonó el estrado y vino hacia nosotros. Viéndome sin ninguna cartulina de premio en la mano, recordó lo ocurrido y me dijo: "No te importe la suerte". Cambió algunas palabras más con muchos de nosotros, nos preguntó a varios dónde pasaríamos las vacaciones y luego se marchó. Al poco rato, pudimos advertir que, en vez de volver al estrado, se había puesto a pasear por los corredores. En medio de la penumbra que arrojaban las arquerías, veíase apenas su silueta negra, alargada, casi fantasmal, tras el cocuyo de su cigarrillo.

Cuando el Rector, solemnemente, declaró clausurado el año escolar, César Vallejo se dirigió a la puerta y salió, confundiéndose entre la muchedumbre formada por los estudiantes y sus familias. Instantes después lo volví a ver en la calle, yendo hacia la plaza de la ciudad. Magro, lento, se perdió a lo lejos... Pude haberle dicho adiós, pues no volvería a verlo más. Cuando las clases se reabrieron, César Vallejo no dictaba ya el primer año ni ninguno. Al recordarlo, siempre tuve la impresión de que estaría haciendo un duro camino de artista y hombre cargado de penas y distancias.

ciro alegría

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA EN LA POESIA DE PABLO NERUDA Y CESAR VALLEJO

Era en París, vivías
en los descalabrados
hoteles de los pobres.
España
se desangraba.
Acudíamos.

PABLO NERUDA, "Oda a César Vallejo".

La Guerra Civil española se destaca no principalmente como una lucha de ideologías opuestas sino más bien como el símbolo del dolor de una masa de hombres que juntos sufren y sacrifican la vida para realizar un ideal. Así ha servido de inspiración a muy diversos escritores de muchos países. Luis Monguió señala:

Entre 1930 y 1940 no hubo suceso que incitara a escribir mayor cantidad y calidad de poesía de temple social y revolucionario que esa guerra (1936-1939), y en esa poesía lucen no solo nombres de tanta altura como los de Rafael Alberti o Miguel Hernández y cien españoles más, como era natural, sino también fuera de la península, muchos como los de Paul Eluard y Louis Aragón, en Francia; Stephen Spender, Wystan Hugh Auden o Cecil Day-Lewis, en Inglaterra; Bertold Brecht, entre los poetas de lengua alemana, y una verdadera pléyade hispanoamericana de norte al sur del continente...¹

Por esta guerra civil española se entrelazan las obras de dos poetas neorrománticos que, aunque tienen muchas afinidades, difieren esencialmente en su sensibilidad; estos poetas son Pablo Neruda y César Vallejo.

¹ LUIS MONGUIÓ, *La poesía postmodernista peruana* (México: Fondo de Cultura Económica, 1954), p. 141.

El juicio de *García Lorca* sobre Pablo Neruda también le conviene a Vallejo: “Es un poeta más cerca de la muerte que de la filosofía; más cerca del dolor que de la inteligencia; más cerca de la sangre que de la tierra.”² Neruda y Vallejo son poetas románticos por excelencia. Sus obras poéticas, escritas antes de la Guerra Civil, nos presentan a un hombre perdido en un abismo oscuro, en que todo muere en su alrededor. Se siente totalmente ajeno al mundo que le rodea y sufre constantemente la más completa soledad. Busca frenéticamente la salvación de este aislamiento en el amor, pero todas sus tentativas fracasan. Es un huérfano, desarraigado, sin raíces. Neruda define la vida en la imagen del “río que durando se destruye”, y Vallejo afirma: “En suma, no poseo para expresar mi vida sino mi muerte.”⁴ Sin embargo, estas imágenes mismas revelan ya una diferencia esencial entre los dos poetas. El mundo de Neruda es todo el universo y el poeta ve reflejado en el Cosmos el dolor propio. Así, sus poesías tratan tanto de los objetos del mundo como de su propio “yo”. Al contrario, Vallejo se retrae en sí mismo. Su poesía es más honda e íntima que la de Neruda. Su tono es más austero. Augusto Tamayo Vargas ha sintetizado esta diferencia entre los dos poetas:

Vallejo ha representado —dentro de su voz andina— la insatisfacción atormentada, la persecución del hombre por las fuerzas antagónicas del destino, el no saber nada sobre tanta pregunta, la tendencia a un misticismo con Dios o sin él. Pablo Neruda, lo sensual, lo onírico —estrellas australes y mares en desorden—, la agresiva actitud, la posición anhelante del viviente en medio de los deseos cósmicos de la Naturaleza. Para uno la palabra en los huesos del hombre; para el otro, en los más variados objetos del Universo. En Vallejo el tono entrecortado, perdido, seco, con la voz misteriosa de la aldea en medio de la gran ciudad. En Neruda la expresión lujuriosa, el acento del ciudadano del mundo...⁵

² ARTURO ALDUNATE (ed.), *Pablo Neruda, selección* (Santiago de Chile: Nascimento, 1949), p. 361.

³ PABLO NERUDA, *Obras completas* (Buenos Aires: Losada, 1962), p. 233.

⁴ CÉSAR VALLEJO, *Poemas humanos* (Lima: Perú Nuevo, 1961), p. 151.

⁵ AUGUSTO TAMAYO VARGAS, “Nota preliminar”, en ELSA T. VILLANUEVA, *La poesía de César Vallejo* (Lima: Compañía de Impresiones y Publicidad, 1951), p. 7.

Y así esta diferencia de sensibilidad va a traducirse en la reacción de cada uno ante la Guerra Civil española.

Los dos poetas se hallan en circunstancias muy distintas en los años inmediatamente anteriores a la guerra civil en 1936. Neruda es cónsul de Chile en Madrid. Vive en la Casa de las Flores y celebra tertulias a las que asisten los artistas e intelectuales de la generación del 27. Ya ha publicado sus dos primeras *Residencias* y es elogiado por todos los poetas jóvenes. En cambio, Vallejo, como visitante, llega de Francia, donde ha vivido por años.

No ha publicado un libro de poesías desde *Trilce* (1922). Se ha dedicado a escribir obras en prosa, panfletos y novelas proletarias, para sostener su doctrina política. Además vive en la mayor pobreza. Lora Risco exclama: "¿Quién no sabe cómo vivía el poeta antes y después de estallar la guerra civil española? Asendereado, trashumante, aparentemente como una hoja en el vendaval, nuestro cholo sufría, tosía, moría..."⁶ Juan Larrea habla del encuentro de Neruda y Vallejo en París cuando trabajan juntos para organizar el grupo hispanoamericano de ayuda a España.⁷ Neruda y Vallejo no solo se diferencian en sus circunstancias materiales, sino también en su estado de ánimo, y así la Guerra Civil española significa algo distinto para cada uno.

Pablo Neruda, a pesar de su aparente seguridad material, se siente desolado espiritualmente. Toda su obra anterior a la guerra, especialmente su última obra, *Residencia en la tierra*, retrata al poeta en una lucha constante con la nada, con una vida que carece de sentido. La muerte le acecha a cada paso y el poeta, ya agotado, lamenta: "Sucede que me canso de ser hombre."⁸ Al estallar la guerra, el poeta está buscando frenéticamente la meta de la vida y la encuentra en esta guerra sangrienta; hay que luchar por mejorar la vida de los que sufren. La felicidad propia consiste en sentirse unido a todos los seres humanos en un lazo de amor intenso. Así, la Guerra Civil española le arranca a Neruda de su ensimismamiento. Se da cuenta de que el verdadero poeta no puede encerrarse en una

⁶ ALEJANDRO LORA RISCO, "César Vallejo y la guerra civil española", *Cuadernos Hispanoamericanos*, LXI (1965), 573.

⁷ *César Vallejo; poeta trascendental de Hispanoamérica*. Actas del symposium celebrado por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

⁸ NERUDA, *Obras completas, op. cit.*, p. 204.

torre de marfil; el verdadero poeta no puede quedarse sordo al dolor de los demás:

Preguntaréis por qué su poesía
no nos habla del sueño, de las hojas,
de los grandes volcanes de su país natal?
Venid a ver la sangre por las calles,
venid a ver
la sangre por las calles,
venid a ver la sangre
por las calles!⁹

La guerra civil, entonces, significa para Neruda la solución de su vida desesperada. El pueblo sufriente llena el vacío de su alma:

A mi patria llegué con otros ojos
que la guerra me puso
debajo de los míos.
Otros ojos quemados
en la hoguera,
salpicados
por llanto mío y sangre de los otros,
y comencé a mirar y a ver más bajo,
más al fondo inclemente
de las asociaciones la verdad
que antes no despegaba de su cielo
con una estrella fue,
se convirtió en campana,
oí que me llamaba
y que se congregaban otros hombres
al llamado.¹⁰

Para Vallejo, en cambio, la guerra no le arranca de un ensimismamiento egocéntrico. Ya desde 1922 se ha dedicado a la causa político-social y, no obstante, no ha sentido la necesidad de expresar este sentimiento de comunión fraternal en obras poéticas. En efecto, Vallejo explica que ha decidido no publicar poesía alguna

⁹ *Ibid.*, p. 255.

¹⁰ NERUDA, *Memorial de Isla Negra* Tomo III (Buenos Aires: Losada, 1964), p. 25.

mientras “no obedezca a una entrañable necesidad mía, tan entrañable como extra literaria.”¹¹ Así, la Guerra Civil española tenía que sacudirlo agitado en lo “más entrañable”. No significa para él una ideología renovadora a que atenerse sino un espejo en donde se ve reflejada su propia tragedia humana.

Es claro, entonces, que la Guerra Civil española representa para los dos poetas algo muy distinto y personal, y esta diferencia se transmite a sus poesías dedicadas a la guerra.

La guerra civil despierta a Neruda de su letargo egoísta. Renueva su voluntad. Neruda tiene una sed de renovación y ahora se siente lleno de un optimismo vigoroso. Reacciona ante la guerra agresivamente. Quiere actuar, luchar. El sentimiento que se destaca en *España en el corazón* es la indignación. El poeta no puede tolerar que la España pura sea manchada por la sangre de sus hijos, deshecha y dejada en cenizas. Rabia por hacer justicia, por vengarse de los culpables: los ricos, el clero, los “lacayos del rey”.¹² Insulta a sus enemigos y les condena al infierno:

...Malditos sean,
malditos, malditos los que con hacha y serpiente
llegaron a tu arena terrenal, malditos los
que esperaron este día para abrir la puerta
de la mansión al moro y al bandido:
¿qué habéis logrado? Traed, traed la lámpara,
ved el suelo empapado, ved el huesito negro
comido por las llamas, la vestidura
de España fusilada.¹³

Pero al lado de este odio se levanta un amor hacia el hombre-hermano que padece la desintegración de su país y de su vida propia, el hombre perdido en un mundo caótico, destruido por la guerra. Y aunque el poeta cree en el ideal por el que luchan, y tiene fe en que llegarán de veras a establecer un mundo mejor, y aunque aconseja a las madres que se sientan orgullosas porque sus hijos se sacrifican a una causa tan elevada y digna, él mismo no puede aceptar tanta muerte:

11 Cartas de César Vallejo citado por LUIS MONGUIÓ, *La poesía post-modernista peruana*, op. cit., p: 141.

12 NERUDA, *Obras completas*, op. cit., p. 253.

13 *Ibid.*

Es tanto, tanta
tumba, tanto martirio, tanto
galope de bestias en la estrella!
Nada, ni la victoria
borrará el agujero terrible de la sangre:
nada, ni el mar, ni el paso
de arena y tiempo, ni el geranio ardiendo
sobre la sepultura.¹⁴

Y así, en poema tras poema, el poeta retrata a España quemada y sangrienta y al hombre perdido, sin rumbo ni raíces. Sin embargo, por encima de esta visión amarga, surge la esperanza, la fe en el triunfo de los perseguidos, y con esta nota optimista termina la obra:

Hermanos, adelante,
adelante por las tierras aradas,
adelante en la noche seca y sin sueño, delirante
[y raída
adelante entre vides, pisando el color frío de
[las rocas,
salud, salud, seguir...

.....
...Ejército del pueblo:
tu luz organizada llega a los pobres hombres
olvidados, tu definida estrella
clava sus rancos rayos en la muerte
y establece los nuevos ojos de la esperanza.¹⁵

Así, *España en el corazón* significa la conversión del poeta, de un egoísmo desesperado y pesimista a una lucha optimista e ilusionada.

En cambio, a Vallejo la Guerra Civil española no le trae solución alguna al dolor de la vida. El poeta siempre ha visto la vida como un dolor inevitable y una muerte constante, y así, la guerra civil, en que los hombres sufren y se desangran, solamente reafirma su visión del mundo. La guerra no le proporciona una ideología que pueda imbuirle de una esperanza optimista. En efecto, ya

¹⁴ *Ibid.*, p. 264.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 273-4.

desde 1922 ha abrazado esta misma ideología y todavía no ha sido capaz de escapar del dolor. No hay una doctrina ideológica que le pueda consolar. Sigue sintiéndose mártir, una especie de Cristo crucificado. Sin embargo, hay algo en la guerra civil que le conmueve tanto que le despierta otra vez a la poesía después de un silencio de quince años. Vallejo ve en la guerra su propia tragedia y se identifica por completo con el pueblo español. Para Vallejo, España simboliza la madre. Varias veces, en su obra, el poeta la llama madre, y en el poema que da título al libro, "España aparta de mí este cáliz", solloza el poeta en agonía:

¡Niños del mundo, está
la madre España con su vientre auestas;
está nuestra maestra con sus férulas,
está madre y maestra,
cruz y madera, porque os dio la altura,
vértigo y división y suma, niños;
está con ella, padres procesales!
Si cae —digo, es un decir— si cae
España, de la tierra para abajo,
niños ¡cómo vais a cesar de crecer!⁶¹

España es fértil: lleva en sí la semilla de la vida:

¡Málaga caminando tras de tus pies en éxodo,
bajo el mal, bajo la cobardía, bajo la historia
[cóncava, indecible
con la yema en tu mano: tierra orgánica.¹⁷

Así, al presenciar la destrucción de España, Vallejo se siente huérfano otra vez, con esa soledad angustiosa de huérfano expresada con tanta intensidad en *Los heraldos negros* y, sobre todo, en *Trilce*. Lora Risco afirma:

No es el estado político lo que se quiebra. Son los huesos de la madre lo que, en su clarividente dolor, adivina que están expuestos a romperse. Vallejo clama por la *madre*, ahí donde el espíritu solo puede clamar por sus raíces, directas y profun-

¹⁶ CÉSAR VALLEJO, *España, aparta de mí este cáliz* (Lima: Perú Nuevo, 1961), p. 89.

¹⁷ *Ibid.*, p. 4.

das raíces que comunican con el suelo de una totalidad, del todo no únicamente como dolor: por prodigiosa anamnesis, ha reconocido a la madre.¹⁸

En toda su obra poética, Vallejo se retrata como un mártir, un crucificado, y así se identifica con el pueblo español, mártir por la libertad y la justicia. En efecto, Elsa Villanueva define *España, aparta de mí este cáliz* como “un canto de amor a la humanidad crucificada”.¹⁹ Así, en la muerte de España, Vallejo ve reflejada su propia muerte. Lora Risco explica:

España, aparta de mí este cáliz significa, primero, que el poeta no celebra una batalla comunista; segundo, que no canta una guerra extranjera. Nos demuestra de un modo patentísimo que lo que templa y consume sus nervios no son tanto los atroces horrores de la conflagración, la muerte devastando la vida, dejando ahí una ancha mar de sangre ibérica. Descontando que nuestro poeta, como todo hombre normal, no podía ser insensible a tanto dolor, ni podía dejar de sufrir con el dolor español, lo que ha adivinado más bien es que esa cruelísima guerra entre hermanos, por manera extrañamente oscura y fatal le pertenece también a él, le ocurre al mismo tiempo a él en las ignotas profundidades de su sangre...²⁰

Por eso, la obra de Vallejo se fija aún más en lo humano que la de Neruda. Mientras que Neruda trata del pobre campesino en general, Vallejo le individualiza: es Pedro Rojas o Ramón Collar o Ernesto Zúñiga. Y no solo es un soldado o un hijo o una víctima; es “padre y hombre. / marido y hombre, ferroviario y hombre, / padre y más hombre”²¹ Implora al extremeño:

¡Extremeño, dejástemee
verte desde este lobo, padecer,
pelear por todos y pelear
para que el individuo sea un hombre,
para que los señores sean hombres,
para que todo el mundo sea un hombre, y para

18 LORA RISCO, *op. cit.*, pp. 557-8.

19 VILLANUEVA, *op. cit.*, p. 70.

20 LORA RISCO, *op. cit.*, pp. 555-6.

21 VALLEJO, *España...*, *op. cit.*, p. 45.

que hasta los animales sean hombres,
el caballo, un hombre,
el reptil, un hombre,
el buitre, un hombre honesto,
la mosca, un hombre, y el olivo, un hombre
y hasta el ribazo, un hombre
y el mismo cielo, todo un hombrecito!²²

Trata con ternura los harapos, los zapatos, los pantalones y los calcetines, todos símbolos del hombre. Es este culto de la humanidad que sobresale en la obra.

Se puede decir que *España en el corazón* cabe mejor que *España aparta de mí este cáliz* dentro de la llamada poesía social. Pedro Salinas define la poesía social de esta manera:

La poesía social es la originada por una experiencia que afecta al poeta no en aquello que su ser tiene de propio y singular, de inalienable vida individual, sino en ese modo de su existencia por el cual se siente perteneciendo a una comunidad organizada, a una sociedad.²³

Neruda se olvida casi por completo de sí mismo en esta obra y se dedica enteramente a sus hermanos sufrientes. Aunque no se puede negar que está presente, intensamente, el sentimiento de solidaridad y fraternidad en Vallejo, en este poeta interviene más el "yo"; es una poesía más personal. La poesía dedicada a Málaga termina con estas palabras: "¡Málaga, que estoy llorando! / ¡Málaga, que lloro y lloro!"²⁴ Es casi como si pidiera el poeta que Málaga le consolara a él en vez de lo contrario. Muchas veces el poeta convierte el dolor ajeno en dolor propio. En "Himno a los voluntarios de la República" lamenta Vallejo:

Voluntario de España, miliciano
de huesos fidedignos, cuando marcha a morir tu corazón,
cuando marcha a matar con su agonía
mundial, no sé verdaderamente
qué hacer, dónde ponerme; corro, escribo, aplaudo,

²² *Ibid.*, p. 36.

²³ PEDRO SALINAS, *La poesía de Rubén Darío* (Buenos Aires: Losada, 1948), p. 215.

²⁴ VALLEJO, *España...*, *op. cit.*, p. 41.

lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo
a mi pecho que acabe, al bien, que venga
y quiero desgraciarme.²⁵

Además, Xavier Abril señala que "Vallejo se prolonga casi siempre en los protagonistas de su obra".²⁶ Y Lellis afirma:

A través de su poesía se transparenta que el dolor de los demás le duele como propio, que todo él está engarzado a ese hombre que sufre, que cuando lanza el poema no lo deshace en alegóricas metáforas sino que es toda su voz la que pregunta, exclama, grita, quema...²⁷

En la muerte de Pedro Rojas, Vallejo refleja su propia muerte. Abril explica:

Ve, pues, morir por partes, a Pedro, a Rojas, al obrero, al hombre e inclusive al niño que había sido. Concluye en forma patética, como si el caso de Pedro y de Rojas fuera el mismo problema suyo. ¿Es que no viene de la voz de sus adentros, de su propio conflicto, de su agonía, ese grito final?²⁸

El "yo" del poeta penetra en la obra también a través del sentimiento de la culpabilidad, un sentimiento característico de toda su obra. El poeta se siente, por una razón inexplicable,²⁹ culpable de todo el dolor del mundo.

La imagen de la muerte en *España, aparta de mí este cáliz* es semejante a la de *España en el corazón*. En ambas obras el poeta se halla horrorizado ante tanta sangre. Sin embargo, Neruda y Vallejo ven en la muerte la semilla de una vida nueva, y así, aunque no se justifican la muerte y la destrucción, la visión es más bien optimista que amarga. En "Masa" Vallejo presenta al muerto resucitado por el amor fraternal de la colectividad. Monguió interpreta el poema de este modo:

Para Vallejo, la victoria sobre la muerte no crea una supervivencia personal e individual; crea, por el contrario, una inmor-

²⁵ *Ibid.*, p. 27.

²⁶ XAVIER ABRIL, *Vallejo* (Buenos Aires: Ediciones Front, 1958), p. 47.

²⁷ MARIO JORGE DE LELLIS, *César Vallejo* (Buenos Aires: Editorial Mandrágora, 1960), p. 84.

²⁸ ABRIL, *op. cit.*, p. 163.

²⁹ La mayoría de los críticos de la obra de VALLEJO atribuyen este sentimiento a la sangre india del poeta.

talidad general en la supervivencia de los ideales y de la causa en que creían los muertos individuales, y, por los cuales aceptaron la necesidad del sacrificio de su vida como útil y fructífero para la colectividad. Es la pervivencia de esos ideales, personificados en las populares masas lo que le interesa. Mientras aquéllos estén vivos, vivos estarán quienes murieron por ellos.³⁰

Así, los dos poetas tienen confianza en la renovación de España y animan a los soldados a continuar su lucha con fervor.

Xavier Abril ha dicho que “mientras Neruda se dirige verbalmente a España, como un forastero, ajeno a sus entrañas, Vallejo procede de su humus, del infierno de su pueblo y de su idioma”.³¹ Aunque la declaración del crítico peca de exageración, encierra en sí una observación muy aguda porque el análisis de estas dos obras, *España en el corazón* y *España, aparta de mí este cáliz*, ha demostrado que mientras que Neruda concibe la guerra civil como algo fuera de sí, algo que le conmueve y le incita a actuar, Vallejo ve la guerra como el reflejo más fiel de su propia vida.

Se nota esta diferencia de actitud en el estilo de las dos obras también. Ambos poetas se dejan arrastrar por las emociones. Así, se explican la abundancia de exclamaciones, la repetición obsesiva de varias palabras (sangre, ¿dónde?, hombre, maldito, etc.), la enumeración caótica de lugares o de imágenes y el ritmo acelerado frenético. Sin embargo, puesto que Neruda se interesa más que Vallejo en el aspecto ideológico de la guerra, se preocupa más por hacer sus poemas claros y comprensibles al hombre sencillo. Desaparecen por completo las metáforas insólitas y la falta de trabas lógicas de las *Residencias*. En vez del versolibrismo que predomina en su obra anterior, ahora usa con más frecuencia el endecasílabo (y con mucho éxito; por ejemplo, “Batalla del río Jarama”). Vallejo, en cambio, escribe una poesía más íntima. La guerra civil es su propio drama y así no se cuida tanto de hacerse entender. Usa imágenes y antítesis herméticas. Lora Risco nota: “Fiel expresión de una trágica certidumbre, la lengua de Vallejo aborda lo inaprehensible, dejando atrás, repito, las coordinaciones lógico-conceptuales de la frase...”³² Además, la obra de Vallejo está imbuida de una religiosidad que se mani-

³⁰ LUIS MONGUIÓ, *César Vallejo: vida y obra* (Lima: Perú Nuevo, 1952), p. 154.

³¹ ABRIL, *op. cit.*, p. 175.

fiesta ya en el título mismo de la obra y después en las numerosas imágenes bíblicas contenidas en ella. Así, aunque las dos obras se basen en técnicas neorrománticas, se distinguen mucho en su propósito y en su tono general.

En conclusión, tanto la técnica como la temática de *España en el corazón* y *España, aparta de mí este cáliz* revelan la diferencia esencial de sensibilidad de los dos poetas. Neruda se abre al mundo que le rodea y encuentra la belleza y la felicidad en el gozo epicúreo del universo. Vallejo se retrae en sí, y su único mundo es el de lo humano. Encuentra el sentido del vivir en soportar estoicamente el peso del dolor.

marlene gottlieb

"LENGUAJE DE HUESO TRÁGICO"

De este lenguaje nos habló Unamuno. El suyo lo era. Como lo era el de Quevedo. Y el de César Vallejo. En la literatura española son distintas estas tres voces poéticas. La voz de la poesía de Vallejo nos suena cada vez más honda y más viva, también más dolorida, con los años que van pasando. Como toda voz de poesía se afianza y afirma con el tiempo. Hasta el extremo, que esta voz de la poesía de Vallejo, en su esquelético lenguaje trágico, se vuelve a nuestro oído cada vez más pura y descarnada, más verdadera, más atroz. Y así como la voz de la poesía del mayor poeta lírico de lengua española en nuestro siglo, Rubén Darío, se ilumina y acrece con sus musicales resonancias con el tiempo (como la de Góngora), transparentándonos mejor su pensamiento y sentimiento figurativo fabuloso, la de César Vallejo se diría que levanta su llama de fuego vivo cada vez más alta, y también la sombra llameante de su lenguaje ardiente, reflejándola, como la de su corazón oscuro, en el nuestro. De Rubén Darío hemos pensado siempre que pudo decirse, dado su ímpetu creador, su *brío*, lo que el maestro Tirso dijo de su Don Juan, viva invención suya: que tenía *brío* "y el corazón en las carnes." De Vallejo diríamos ahora que tenía *el alma en los huesos*, como Don Quijote. Y por esto, su lenguaje trágico español. Como el de Quevedo. Como el de Unamuno.

Como en todo gran poeta, la voz lírica de Vallejo, su lenguaje trágico, se siente y se entiende hondamente entrañado en su vida propia y, más que *encarnado* (como en Darío), *enhuesado* en ella, repito, como en Quevedo y Unamuno. Y, como en ellos, ese lenguaje es pura creación, viva poesía. "*Creacionista*" se llamó su momento

pasajero con apelativo literario banal. Lo compartió con otros tres poetas admirables: Huidobro, Larrea y Gerardo Diego. Juan Larrea y Gerardo Diego nos dieron de Vallejo la visión justa. Larrea ha insistido, sobre todo, en que Vallejo, por su vida y su poesía, inseparables, traspasa la imagen literaria vulgar de lo que un poeta significa; de lo que se entiende comúnmente que es. No es "el pobre señor" que nos dijo burlescamente Mallarmé. Y, menos aún, por su videncia o su delirio palabrero, según los griegos, un santón profético. Larrea nos ha dejado muy claro que en César Vallejo hay más, mucho más de lo que suele pensarse y decirse que es un poeta. Pues ¿en qué poeta de verdad no sucede siempre así?

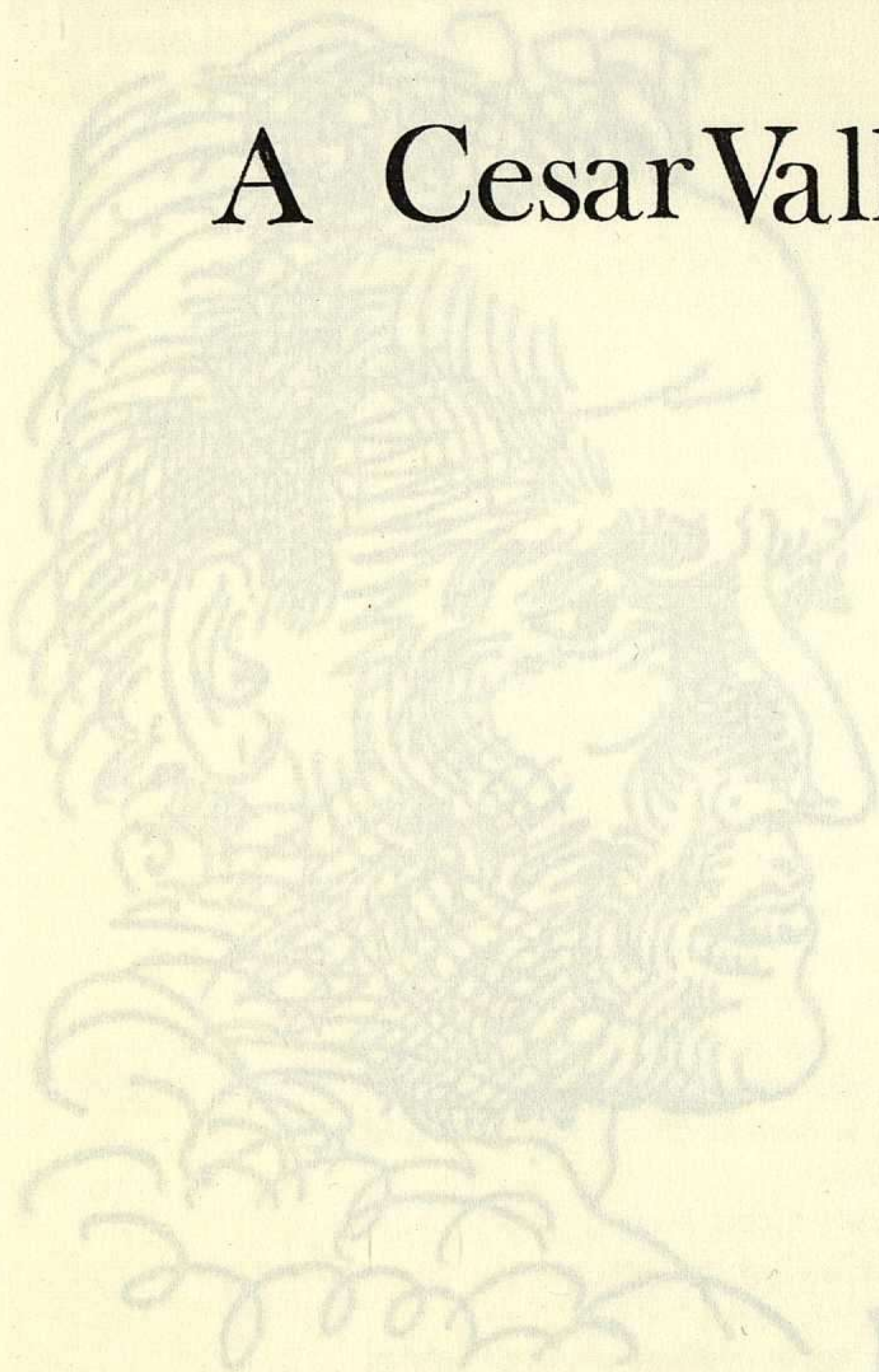
Leamos, releamos a César Vallejo. Al poeta que vivió y murió, padeciéndola hasta los huesos —y en su lenguaje trágico fue quien nos la dijo mejor— la terrible guerra española: inolvidable, memorable, de 1936; que vivió y murió agonizándola creadoramente, poéticamente, apurando su cáliz español.

*"Por eso, al referirme a esta agonía,
aléjome de mí gritando fuerte:
¡Abajo mi cadáver!... Y sollozo."*

José B. Argamí

Madrid. Mayo - 1978.

A Cesar Vallejo



Cesar Vallejo
1893-1930

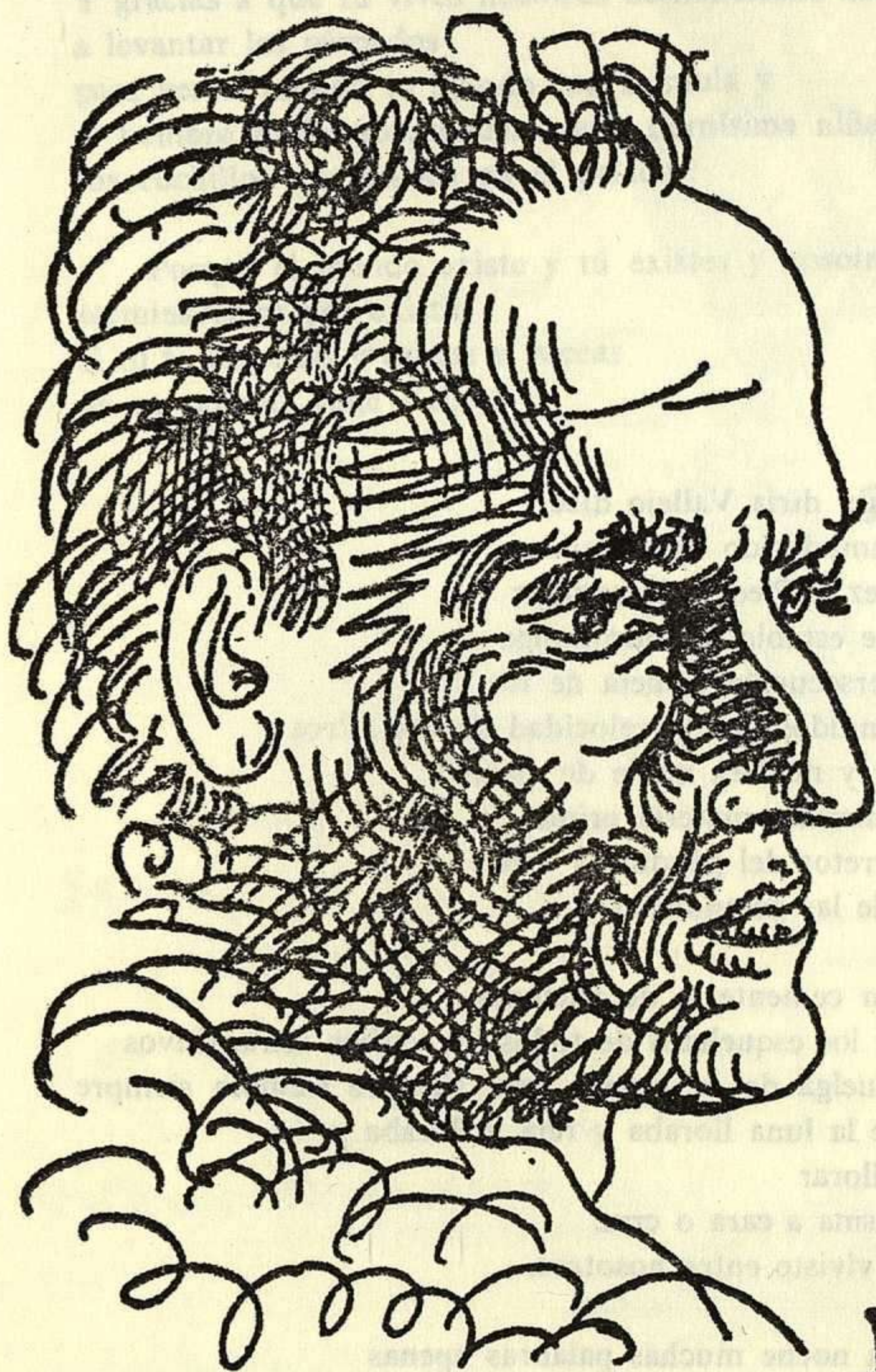
pedáneo con apellidos Martínez Peral. Lo acompañó con otros tres
prosa: Ramón, Ramón y Gerardo Diego. Juan Larrea
y Gerardo Diego son hijos de Vallejo la vida justa. Larrea ha
insistido, como todos, en que Vallejo, por su vida y su poesía, in-
parejada, siempre la imagen humana vulgar de lo que un poeta
dignidad; de lo que se entienda convenientemente que es "el poeta
vivo" que hay. Ello ha sido, como se ve, un gran pro-
blema. Larrea, como todos, ha insistido en que Vallejo ha
sido, mucho más de lo que suele pensarse y decirse que es un poeta.
Pero ¿qué poeta de verdad no sucede siempre así?

Larrea, reflexiona a César Vallejo. Al poeta que vivió y murió
padeciendo, hasta los huesos - y en su lenguaje vago, su alma
nos ha sido, como el terreno que se abre, inabundante, in-
mensurable, de 1938 que vivió y murió, como un hombre, como
podría ser, como un hombre.

En la vida de Vallejo, como en la vida
de todos los poetas, como en la vida
de todos los hombres, como en la vida

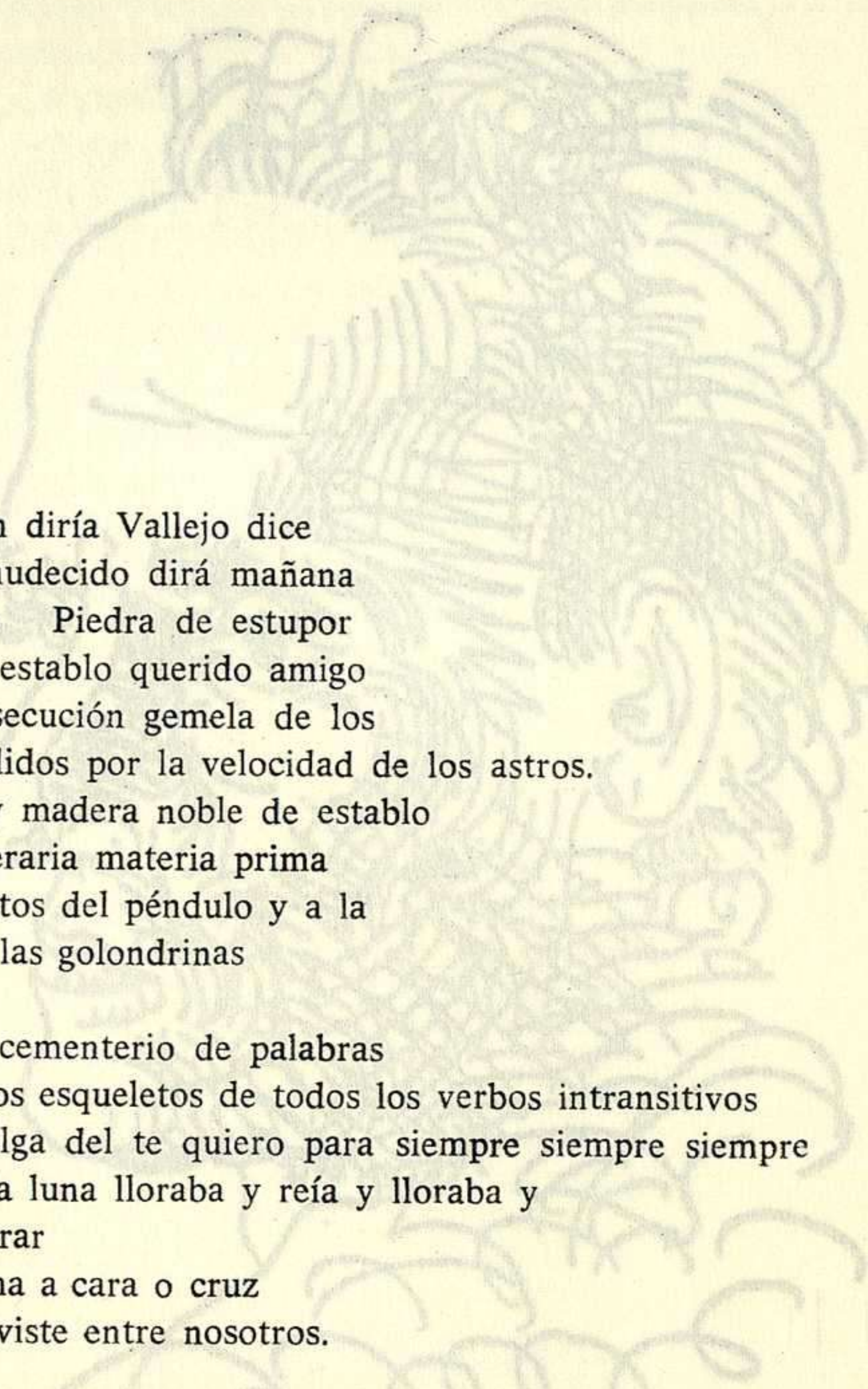
Juan Larrea

Madrid, Mayo 1978.



P. J. 10
9.6.38.

VALLE VALLEJO



Alberto Samain diría Vallejo dice
Gerardo Diego enmudecido dirá mañana
y por una sola vez Piedra de estupor
y madera dulce de establo querido amigo
hermano en la persecución gemela de los
sombrosos desprendidos por la velocidad de los astros.
Piedra de estupor y madera noble de establo
constituyen tu temeraria materia prima
anterior a los decretos del péndulo y a la
creación secular de las golondrinas

Naciste en un cementerio de palabras
una noche en que los esqueletos de todos los verbos intransitivos
proclamaban la huelga del te quiero para siempre siempre siempre
una noche en que la luna lloraba y reía y lloraba y
volvía a reír y a llorar
jugándose a sí misma a cara o cruz
Y salió cara y tú viviste entre nosotros.

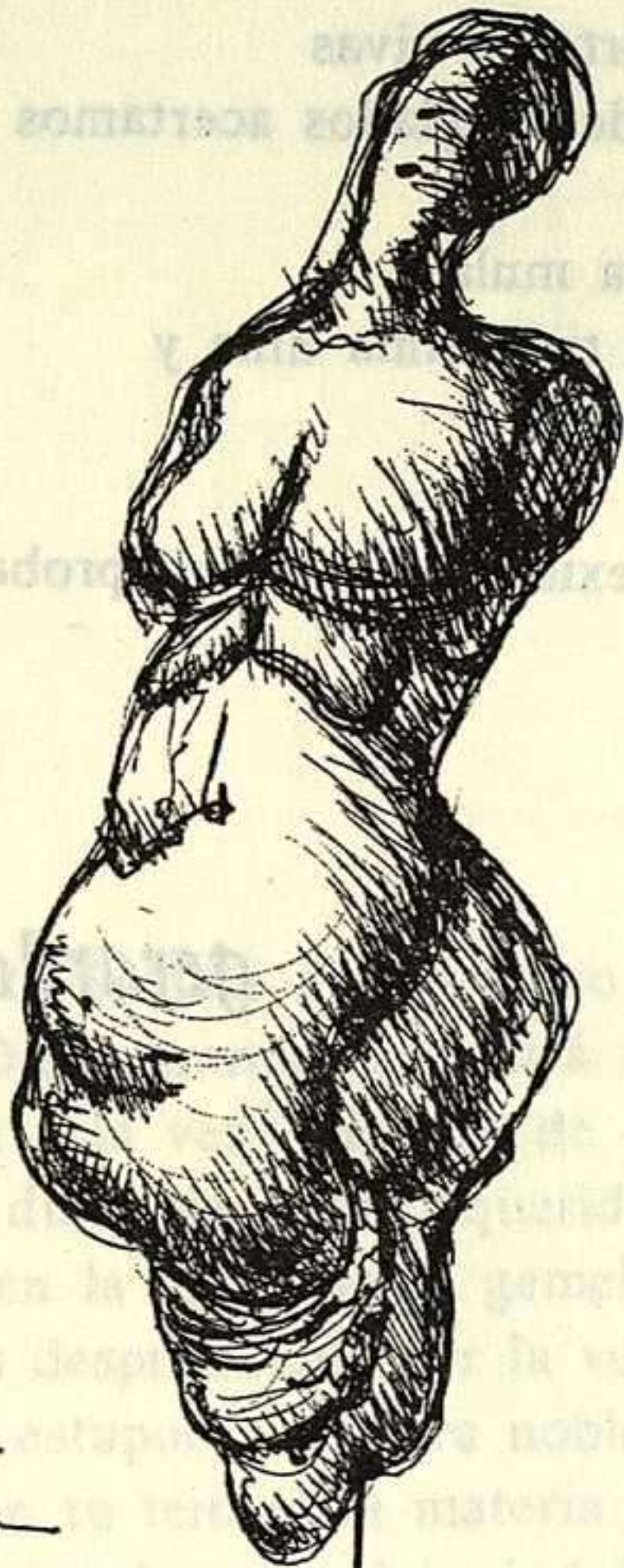
Desde aquella noche muchas palabras apenas
nacidas fallecieron repentinamente
tales como Caricia Quizás Categoría Cuñado Cataclismo
Y otras nunca jamás oídas se alumbraron sobre la tierra
así como Madre Miga Moribundo Melquisedec Milagro
y todas las terminadas en un rabo inocente.

Vallejo tú vives rodeado de pájaros a gatas
en un mundo que está muerto requetemuerto y podrido

Vives tú con tus palabras muertas y vivas
Y gracias a que tú vives nosotros deshauciados acertamos
a levantar los párpados
para ver el mundo tu mundo con la mula y
el hombre guillermosecundario y la tiernísima niña y
los cuchillos que duelen en el paladar.

Porque el mundo existe y tú existes y nosotros probablemente
terminaremos por existir
si tú te empeñas y cantas y voceas
en tu valiente valle Vallejo

gerardo diego



Homenaje a
Cesar Vallejo

Impulso
en forma
umbrosa
y de tonos
grises. Lugar
dentado

(Jare en desarrollo,
2.º freta)
realiza en piedra
blanca con aperturas
de mortal rojo y
trazamiento fudo a
los mabitas
de tralavichis mortal.

Rafael

Abul 1979
Màlaga

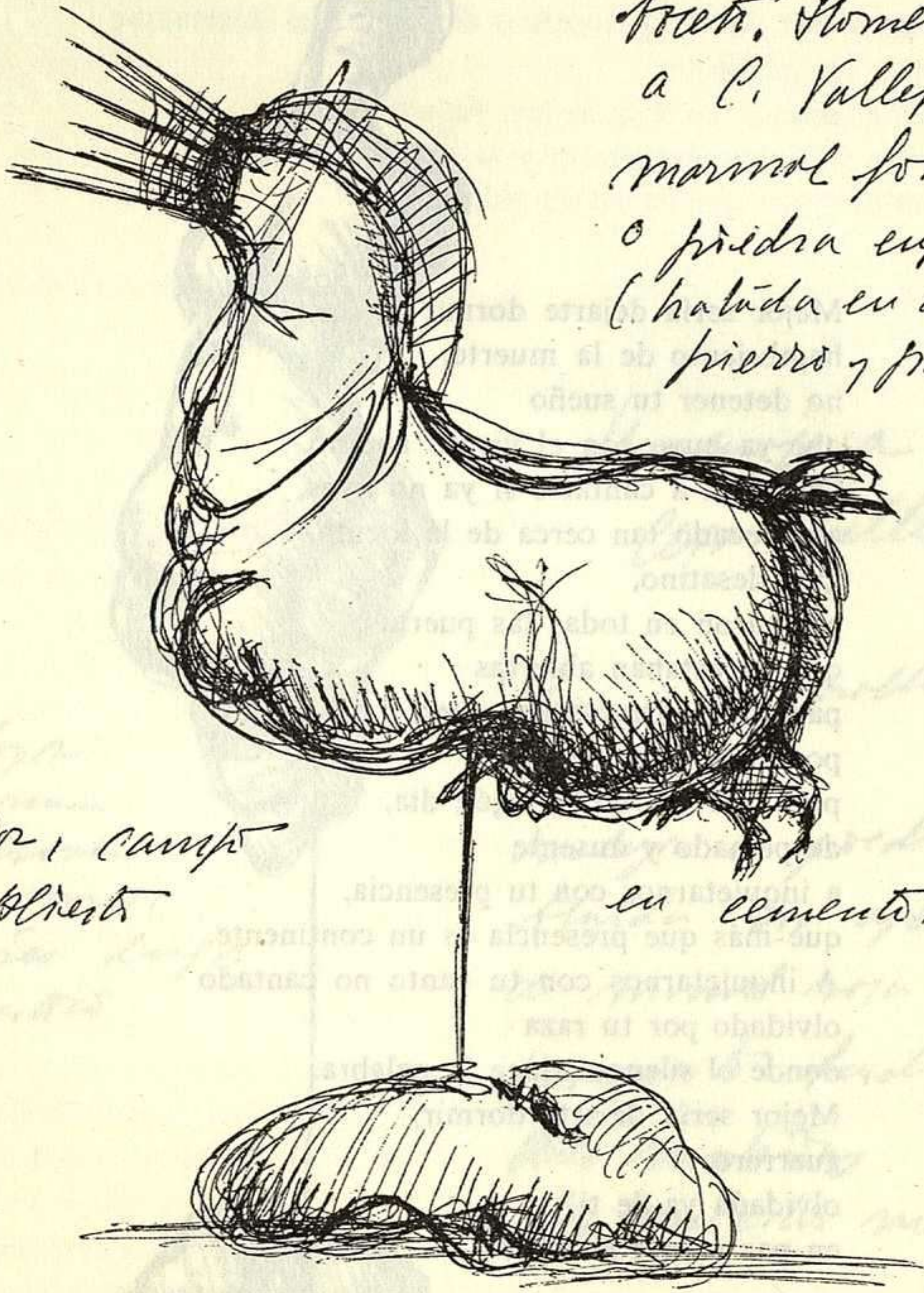
rafael perez estrada

HOMENAJE

Mejor sería dejarte dormir
hambriento de la muerte,
no detener tu sueño
que ya huye con el viento andino.
Quién va a cantarte si ya no oyes,
acurrucado tan cerca de la locura.
Qué desatino,
golpearon en todas las puertas
que ya estaban abiertas
para que entraras por ayer,
por hoy y por mañana,
para que volvieras, algún día,
despeinado y ausente
a inquietarnos con tu presencia,
que más que presencia es un continente.
A inquietarnos con tu canto no cantado
olvidado por tu raza
donde el silencio tiene la palabra.
Mejor sería dejarte dormir,
guerrero,
olvidada ya de ti
en paz y para siempre.

carmen s. prados

foete. Stomenopi
a C. Vallejo.
marmor fosforito.
o piedra enferma
(batida en acidos),
pierrez y proched



luzo, camp
Bliebt

en elemento.

Rafael EJ
Aho 1977

rafael perez estrada

ODA A CESAR VALLEJO

Escúchame desde tu eternidad, César Vallejo:

América me sangra
en el costado

como a ti te sangraba en todo el cuerpo,
cuando tu sed de arcángel indio
lamía su calcinada superficie, sus páramos
desnudos,
su piel triste.

Sé que tu corazón de tierra humilde ahora descansa
al lado de las piedras celestes.

Sin embargo, tu voz
está de pie junto a nosotros
y su temblor innumerable nos sacude los huesos,
asciende
por las arterias de la noche,
crucifica el silencio,
barre la niebla de los Andes.

Veo tu rostro lleno de aristas y ternura,
tu ademán detenido en el aire,
tu afilada nostalgia
en cada nube,
en cada azul relámpago
que hiende el infinito
donde los ojos de los hombres inútilmente
escrutan o interrogan.

Toco a las puertas de tu muerte,
de eso que llaman muerte por llamarlo de algún modo,
y entro en tu casa construida con músculos
y vísceras
y sangre
y te hallo vivo como nunca estuviste
en el terrible fuego de tus palabras
nacidas al conjuro de la angustia o de los vaticinios
y en tu vigilia desgarradora
y en tu sueño
de barro conmovido.

Aquí estoy, en tu mundo, entre las manos de tus tardes
lluviosas,
preguntándome si no es cierto
que tu llanto resbala
sobre los párpados del viento que recorre el planeta,
si no es cierto,
si no es terriblemente cierto
que estamos en la tierra
y que en este momento
te invoco o te hablo simplemente,
César Vallejo, muerto puro, rebelde arcángel indio.

dionisio aimara

HOMENAJE A CESAR VALLEJO

Nada de claridad, gándara, nada
de atisbo desde tanto
no entender; pero sigue
allí, por qué, encendida la almenara.

Yo no me voy, creedme. Yo, tamaño,
me levanto y pregunto
a mis manos: ¿qué hacemos hoy?; me miro
en el cristal, aún sueño,
¿adonde vamos, Rafael? —me pido.
Cojo mi cuerpo y bajo
los peldaños diarios y lo pongo
a hacer vida, a pasar, que voy teniendo
cuatro hijos, con ojos,
y doy en venta mi pensar, o hacerlo
sin pensar, mi menguada
memoria —¿quién recuerda
lo que dijo la abuela aquí?— permuto
mi sumisión horaria por minucias
para el refrito o la menestra, asumo
mi condición de trueque para el libro
de gramática, a ver, si no ¿qué harían
estos hijos sin verbos reflexivos?

Alucio mis zapatos y me pongo
esquina y clamo: un hombre, yo lo doy
por algo que llevar; un desconcierto
por fécula o estambre; un abandono
por mesa puesta y Dios dirá mañana.

Nada de alcuza o luminaria, nada
de siquiera penumbra:
hueso y carne
de multitud, pezuña
de tropel, sinalefa de estrambote,
polilla de oficina,
mozo de cuerda —va para el ahorque.

Si llueve, puede, ¿por qué no?, requiero
mi paraguas de ayer, algo experiencia,
calzo mis chanclos y me salgo huido
a lo de siempre. ¿Qué de compromiso?

Nada de por saber, nada tenido,
nada de poco y menos.

Pero sigue
allí, a lo más allá, radiante y fría,
la señal.

Faenando en mi tristeza.

rafael guillén

CRONICA DE HOY A LA MEMORIA
DE CESAR VALLEJO

Sube el nivel de sangre
quizá la sulbávea culpa

Paradoja

o

mejor aún

estupidez

esta paz de cintura para arriba

con el tobillo y los muslos

inundados de sangre vómito de la tierra

o aborto del crimen de los hombres.

Pobre España

quizá pobre Europa

quizá pobre Humanidad;

y los poetas enhebrando

esteticismos rebuscando bellezas

a ser posible turísticas y sofisticadas

para hacerse un lugar en la

Aca-o allá-demia.

La sangre

desorbitada obscena ya

cubre el amor la convivencia

y deja unas pocas islas cómplices.

Ni el sol puede sufrir tanto hervor de sangre

y reniega de su horizonte ibérico

—menos mal que puede ponerse ya

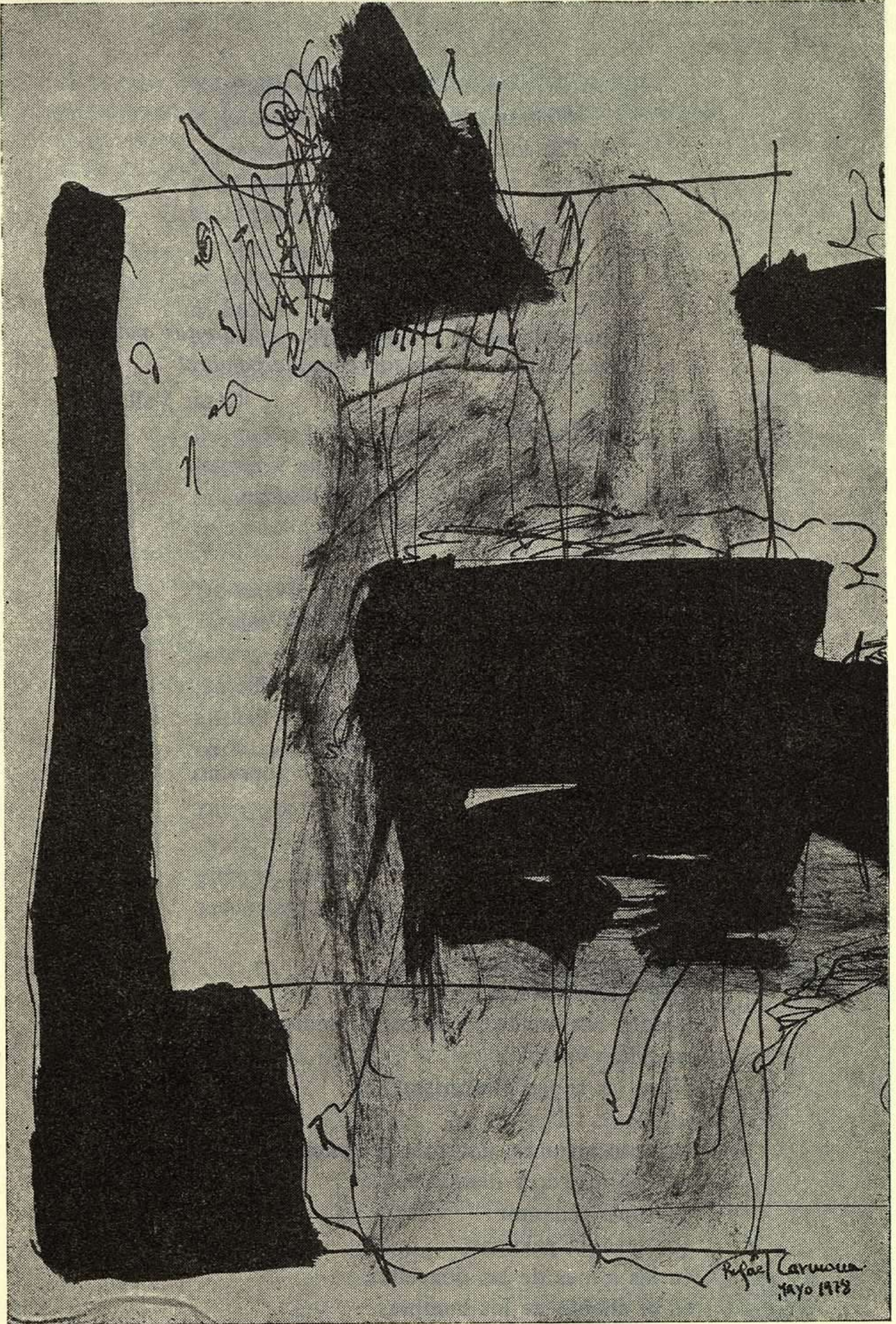
en los menguados dominios españoles—.

Y los poetas cantan
el eterno cantar de lo que
ya era eterno. Y hablan
y escriben entre sangre sin querer verla
navegando sobre abortos flotantes
por si entre tanta muerte aún hay
algún escaño seguro desde donde
seguir traicionando al pueblo
con bellezas tan falsas como su dolor.

Sigan
sigan sordos a la matanza
y cantando a la vez el repertorio
de espejimos.

Sigan contribuyendo
señores poetas periodistas
escritores y demás familia
a que la sangre suba
a ritmo de inflación.

antonio l. bouza



5793

rafael carmona

*¡Y si después de tantas palabras
no sobrevive la palabra!*

César Vallejo

El hacha bronca
zanjó el vientre de la oscura comitiva.
De la herida brotó la luz
sedienta de plumajes azules
y un grito insospechado
—rayo trueno o arpa de fuego—
convocó a las formas a su destino supremo.

En un océano verde
se dieron cita todos los planetas
para ser recreados;
ópalos, corales, rojas amatistas,
vértices de mil tonalidades,
madréporas, labios de espuma,
hondos acantilados, agudos salmodios
en sáfico vuelo
sobre las superficies cristalinas.

Un solo instante, una sola presencia,
un rito mágico y diamantino,
un soplo redentor
que levanta palomas
en las sienas de las doncellas,
en el aliento de los hombres.

Y estallaron las aguas
y rondaron sus estrofas los arenales
y prendieron extensos silencios salinos
y no hubo sentencia vacua
ni estridencias
ni ubre agriada
ni fruto desvirtuado
ni ladrido
ni surco que desgajase de su plenitud
el orden confirmado.

De nuevo la cordura fue puñal, halago,
patrón y eje solaz
prisma intangible
centauro que estalla en rosas los espacios.

De nuevo la palabra,
rizados sus senos,
sobrevoló el universo,
izó símbolos, timbres, pendones,
azahares y corintos,
perlas y cánticos.

De nuevo la palabra
se elevó atalaya invicta,
yunque, brocal,
manantial soberano.

josé luis marín solís

VALLEJO PREPARA SU MUERTE

Preparando tu pómulo, la estera de yeso, el ataúd
amado y lateral como un perro; y
preparando en piedra, lentamente, la aridez
necesaria a la ternura, el óxido en que el indio apoya el cristo;
preparando tus uñas, verticales con relación al tigre
y obtusas con relación al pan; venías,
sin saberlo, preparando la muerte de los sabios
cadáveres del alma y de los días de andinos cáñamos.

Feroz mampostería de los pobres!

Cada mañana, el salto de la cama a la llovizna
de pelo de lobo en la solapa
y en la mejilla con pimienta de honra y orín de crucifijo;
esta mañana, a cerrar la mano, aldabando
el pulgar al pulgarcito y a otros niños de cañuto, tristes;
cada mañana a recibir
la tumba que, rebotando, cae desde los Andes a la polvareda.

El nacimiento de la Muerte es duro, es lento; tienes
que preparar con el Forense
el vermes pulmonar, estirarlo en la quena,
para que hile tu sangre hasta ser música!

A preparar la Muerte en el ovoide mismo en que fuimos,
de súbito, deventados a pura catapulta
de padre en nuestra madre; desde allí mismo,
a preparar el huevo subterráneo de la Muerte.

Y, después, todo el tiempo que nos sobra de célula
y de lóbulo rascado mentalmente.

Este edificar cuesta la vida de agua y la de albúmina
metafísica

en la que Dios es un polluelo crudo de diamante,
y es la espina de su Madre, mujer de albañil y de geómetra!
Pero, cuesta también todo el cuerpo de Cristo, su hijo
pobre, crecido de viruta a carpintero!

Desde el Zapato macho en que anda el solo,
el pensativo de su cada día,
como una cruz que salta en una pata,
y golpea catorce veces siete, la casa enjabonada
de Pilatos; desde ese pie que estira la madera
para agarrar el gólgota por su asa
de escudilla agujereada y calavera; así,
en sólo un pie y en una esquina,
a preparar tu viernes cada día,
y tu gusano, anillo por anillo!

Habiendo atravesado todo tu organismo de ayuno
y tu sepulcro tantas veces visto
sentado entre amigos; habiendo atravesado así,
sales cada mañana solo, de ti mismo,
a convencerte a fuerza de cortezas,
de que la Tierra que es un gran pan
quemado en cada puerta, un horno frío
cerrado en su Domingo de Ceniza!

Así, en París de setecientos panes, tu Viernes ázimo
te robó hasta el hostia, el penecillo último,
desayuno tristísimo del alma
que no ha comido nunca con el cuerpo,
como se debe,
entre una Madre y su Hijo!

Y, bien:

Abajo, es siempre viernes, cuando partes; arriba,
es siempre víspera infinita
y el dios terrible de los infelices
se lava a cuatro manos las espumas,
los infusorios hijos, la Burbuja
y el hoyo funeral que la explica!

césar dávila andrade

PLACIDO

A César Vallejo

Enero es un mes de ventisca y malos pastos;
cruel, asoma sus cerrojos bajo apariencia de flores desastrosas
y enferma la gracia de los juegos amatorios:
es el aullido del amor quien a enero torna hosco,
La mermada sensación de los ahogados en un mes voluptuoso
[y femenino
que inunda la vagina de las yeguas
con burbujas negras, inoportunas y malditas.
Los recuerdos en enero son fangosos,
son mesnadas de mujeres que apartan la mano dichosa que las trepa,
sentando la duda y los besos encogidos como perros:
una tierra atemorizada soporta el tahur que la viola;
porque enero es un intruso,
un traidor que humilla la bondad de los lirios
y hace de rostro y corazón confundidas bestias.
Ternura para los hayados en enero;
el invierno carece de posadas, y junio duerme
con las muchachas que esperan encendidas
el caparazón plácido, entreabierto del temblor y sus caricias.
Enero es la avanzada del olvido,
treintaiún cadáveres de acecho en la arboleda del infierno.

juvenal soto

ODA A CÉSAR VALLEJO

A la piedra en tu rostro,
Vallejo,
a las arrugas
de las áridas sierras
yo recuerdo en mi canto,
tu frente
gigantesca
sobre tu cuerpo frágil,
el crepúsculo negro
en tus ojos
recién desenterrados,
días aquellos,
bruscos,
desiguales,
cada hora tenía
ácidos diferentes
o ternuras
remotas,
las llaves
de la vida
temblaban
en la luz polvorienta
de la calle,
tú volvías
de un viaje
lento, bajo la tierra,
y en la altura
de las cicatrizadas cordilleras
yo golpeaba las puertas,
que se abrieran
los muros,

que se desarrollaran
los caminos,
recién llegado de Valparaíso
me embarcaba en Marsella,
la tierra
se cortaba
como un limón fragante
en frescos hemisferios amarillos,
tú
te quedabas
allí, sujeto
a nada,
con tu vida
y tu muerte,
con tu arena
cayendo,
midiéndote
y vaciándote,
en el aire,
en el humo,
en las callejas rotas
del invierno.

Era en París, vivías
en los descalabrados
hoteles de los pobres.

España
se desangraba.

Acudíamos.

Y luego
te quedaste
otra vez en el humo
y así cuando
ya no fuiste, de pronto,
no fue la tierra
de las cicatrices,
no fue
la piedra andina
la que tuvo tus huesos,
sino el humo,

la escarcha
de París en invierno.
Dos veces desterrado,
hermano mío,
de la tierra y el aire,
de la vida y la muerte,
desterrado
del Perú, de tus ríos,
ausente
de tu arcilla.
No me faltaste en vida,
sino en muerte.
Te busco
gota a gota,
polvo a polvo,
en tu tierra,
amarillo
es tu rostro,
escarpado
es tu rostro,
estás lleno
de viejas pedrerías,
de vasijas
quebradas,
subo
las antiguas
escalinatas,
tal vez
estés perdido,
enredado
entre los hilos de oro,
cubierto
de turquesas,
silencioso,
o tal vez
en tu pueblo,
en tu raza,
grano
de maíz extendido,

semilla
 de bandera.
 Tal vez, tal vez ahora
 transmigres
 y regreses,
 vienes
 al fin
 de viaje,
 de manera
 que un día
 te verán en el centro
 de tu patria,
 insurrecto,
 viviente,
 cristal de tu cristal, fuego en tu fuego,
 rayo de piedra púrpura.

pablo neruda

EL ROSTRO EN EL ESPEJO

(Fragmento)

Es hoy la hora
en que el espejo
recobra su destino y
me devuelve sin parpadear
un rostro
reconocible apenas.
Es el rostro
irreverente
de múltiples
nocturnidades
la palidez
deforme y
huidiza
de unos labios
cuya única palabra fue
un temblor
sin apenas saberse
el río
de su desamparo.
Y unos ojos
que miran
furtivamente candorosos
lo que en clamor y apoteosis
debieron contemplar días crepusculares.
No hemos tenido
rostro
porque este no es un

rostro
 ni es el
 rostro
 de tantos que a ciegas y sonámbulos
 fueron recomponiendo
 los despojos
 de un tiempo cruel.
 Por eso hoy el
 espejo
 es solamente
 una insomne disolución
 del miedo
 y hay que verificar
 la certeza de estos
 ojos
 cauce
 de un redondo
 temor
 que recogen el
 rostro del
 espejo.

Ojos y
 espejo
 son la identidad
 atroz
 de oscuros tiempos
 el silbo enfurecido
 de un mefítico viento
 que fue cavando surcos
 de frutos imposibles
 en el más castigado submundo de la razón.
 Por eso este imposible diálogo del
 espejo y mi rostro.

Porque nunca en verdad tuvimos
 rostro propio.
 Fragmentos
 encontrados en el lugar que profanó
 una bala
 robados en la cerrada habitación en que

un ay

sofocado evidenció

la acre persuasión de la

tortura

perdidos otros en la

soledad

de una desnuda esquina

contra la que se rompen el aire

contra la que se rompe el aire

Todo para llegar a esta

deformidad

a esta

máscara

que apenas puede reconocerse

e indaga

temerosa

dónde la

irracional causa de su

calvario.

Porque nunca en verdad tuvimos

rostro

propio.

javier villán

ME PONGO EN PIE Y TE DIGO

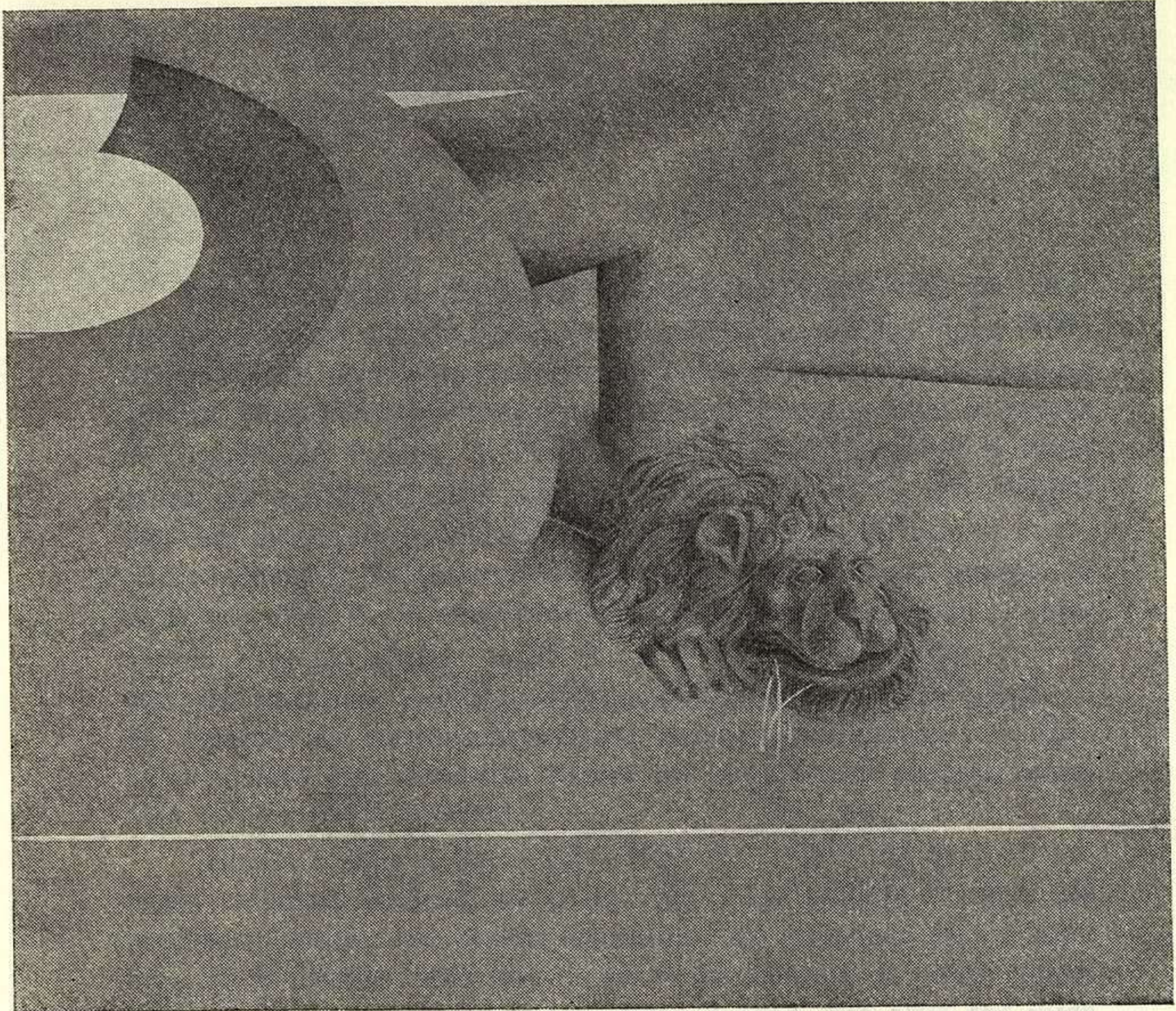
Hablo, César Vallejo. Te habla
el niño que suma con los dedos. Este
que no sabe muy bien el alfabeto. O ese
otro
que nunca aprendió la historia y sus verdades.
El lazarillo. El que juega al futbolín. El niño
que nunca alzó la
voz.
El que compraba palodú en el puesto de la esquina.
Te habla el ofendido. Aquel que se muerde
las uñas de tanto susto en la memoria.
Te habla el niño vigilado. El acorralado.
El niño que guarda estampas recortables en
su cartera.

Hablo en nombre de todos los niños.
Aquellos
que siempre conjugaron futuros condicionales.
Los que tuvieron calcetines nuevos y firme
el acongojo.
El niño que todavía busca un refugio
en los portones.

Habla el niño cansado de España sin probarla.

Por eso, César Vallejo,
desmadejado el idioma que definiendo
me duelo
echándome
a los hombros el almanaque y sus fechas.

joaquín lobato



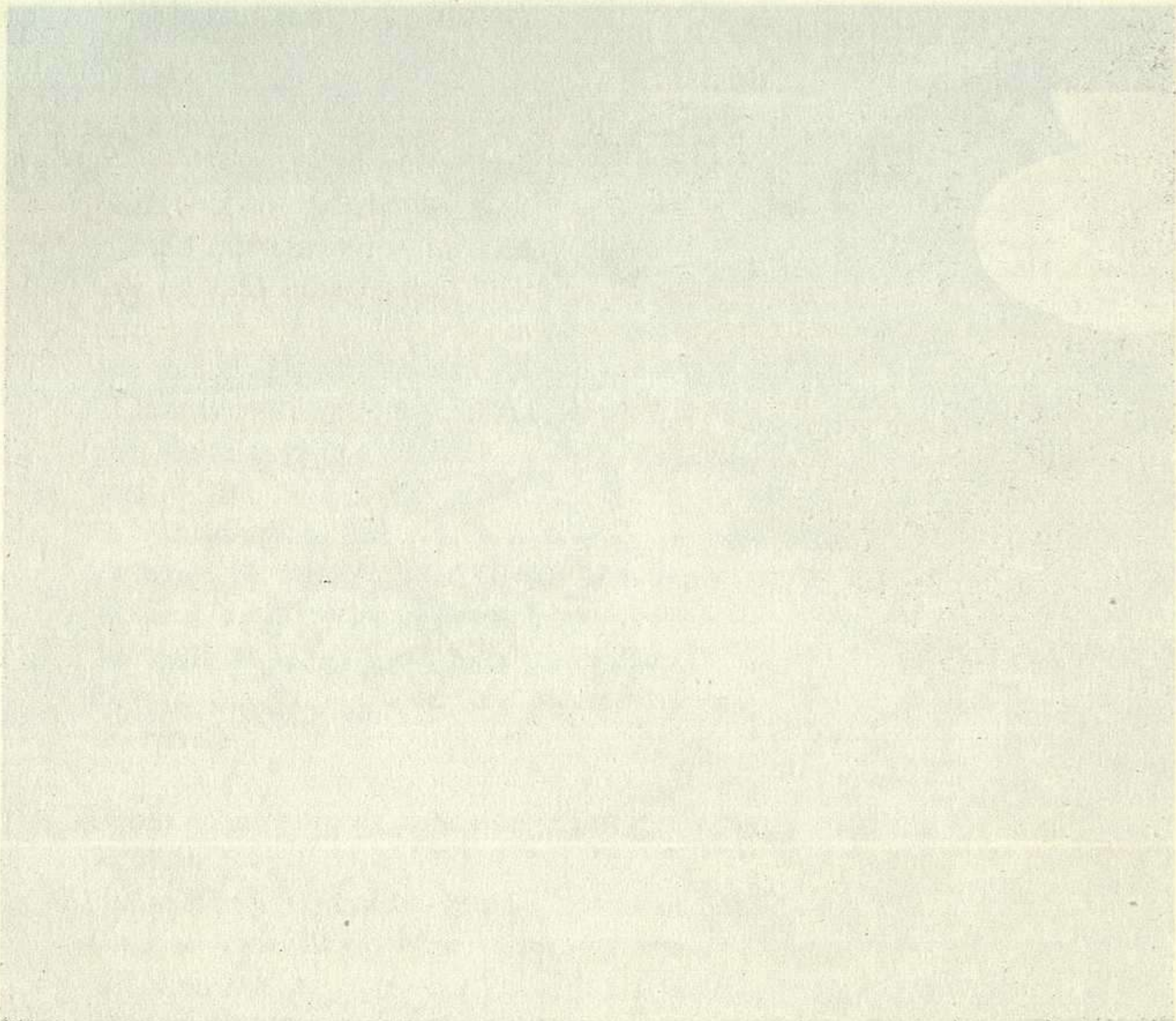
...lo de España ya se iba royendo el alma. Era alma tan fuerte por tu propio espíritu, tan despojada, tan herida por tu propia necesidad ascética. Lo de España ha sido el taladro de cada día para tu inmensa virtud. Eras grande, Vallejo. Eras interior y grande, como un gran palacio de piedra subterránea, con mucho silencio mineral, con mucha esencia de tiempo y de espacio. Y allí, en el fondo, el fuego implacable del espíritu, brasa y ceniza... Salud, gran poeta, salud, hermano.

judit nador

ME PONGO EN PIE Y TE DIGO

1912

ALBERTO GARCÍA



el caso que todavía anda en camino
en los portales.

Hable el niño cansado de España un probarie.

Por eso, César Vallejo,
desmadrado el idioma que defende
me duelo
echándose

á los hombres el almanaque y sus fechas.

Joaquín Lobato

Joaquín lobato

Esta primavera de París está creciendo sobre uno más, uno inolvidable entre los muertos, nuestro bienamirado, nuestro bienquerido César Vallejo. Por estos tiempos de París, él vivía con la ventana abierta, y su pensativa cabeza de piedra peruana recogía el rumor de Francia, del mundo, de España... Viejo combatiente de la esperanza, viejo querido. ¿Es posible? Y qué haremos en este mundo para ser dignos de tu silenciosa obra duradera, de tu interno crecimiento esencial. Ya en tus últimos tiempos, hermano, tu cuerpo, tu alma te pedían tierra americana, pero la hoguera de España te retenía en Francia, adonde nadie fue más extranjero. Porque eras el espectro americano —indoamericano, como vosotros preferís decir—, un espectro de nuestra martirizada América, un espectro maduro en la libertad y en su pasión. Tenías algo de mina, de socavón lunar, algo terrenalmente profundo.

“Rindió tributo a sus muchas hambres” —me escribe Juan Larrea—. Muchas hambres, parece mentira... Las muchas hambres, las muchas soledades, las muchas leguas de viaje, pensando en los hombres, en la justicia sobre esta tierra, en la cobardía de media humanidad. Lo de España ya te iba royendo el alma. Esa alma tan roída por tu propio espíritu, tan despojada, tan herida por tu propia necesidad ascética. Lo de España ha sido el taladro de cada día para tu inmensa virtud. Eras grande, Vallejo. Eras interior y grande, como un gran palacio de piedra subterránea, con mucho silencio mineral, con mucha esencia de tiempo y de especie. Y allá, en el fondo, el fuego implacable del espíritu, brasa y ceniza... Salud, gran poeta, salud, hermano.

pablo neruda

PIEDRA NEGRA SOBRE UNA PIEDRA BLANCA

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París —y no me corro—
tal vez un jueves, como es hoy, de otoño.

Jueves será, porque hoy, jueves, que proso
estos versos, los húmeros me he puesto
a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto
con todo mi camino, a verme solo.

César Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada;
le daban duro con un palo y duro

también con una soga; son testigos
los días jueves y los huesos húmeros,
la soledad, la lluvia, los caminos...

césar vallejo

la revolución de mayo
en las páginas de "Litoral"

Suplemento dedicado a los diez años de la revolución de mayo en París

(1968=1978)

la revolución de mayo en las páginas de "litoral"

París, mayo de 1968. "Esta vez era también el tiempo de las cerezas".

Uno de los acontecimientos más importantes de los últimos tiempos sobre Europa iba a tomar vida.

De todo aquel estallido de autenticidad queda hoy algo más que el recuerdo y la nostalgia.

Diez años han caído sobre aquel mayo en París.

Europa sigue su ruta renqueante. Todas las oligarquías debaten en reuniones y más reuniones el entramado de los intereses económicos; si las soluciones son duras para las multinacionales, nos castigan sin petróleo.

La cal ardiente cayó sobre los muros de las Universidades. Pero los muros siguen hablando con sus versos.

"La Poesía está en la calle".

Años después esa misma Poesía bajaba por las calles a veces empinadas de Lisboa, y los claveles tapaban la boca de los fusiles a la vuelta de una guerra más sin camino: La Poesía está en la rua.

Era también mayo de 1968 cuando renacía "Litoral". En España los esbirros del dictador, mixtificaban la verdad escupiendo su hiel sobre la belleza. La orgía de los estudiantes que se acostaban en promiscuidad... eso era la versión de mayo en París. Trabaja bestia, trabaja, ahí tienes los libros, estudia, aprende. ...¿Qué?

"Prohibido prohibir".

Saltaban las piedras o se amontonaban en las barricadas. Un olor de gases lacrimógenos, mezclaba lágrimas verdaderas con las provocadas.

Ni un solo muerto.

En España se ha concedido la flor natural al poeta de turno.

LES RESERVES IMPOSTES AU PLAISIR

Desde el mundo de la intelectualidad no hablará nadie una vez más.

En la Sorbona, se abrazan José Bergamín y Antonio Saura y Jorge Semprum y...

“Las libertades no se dan, se toman”.

“Queremos las estructuras al servicio del hombre y no el hombre al servicio de las estructuras”.

Ni un solo muerto en París. Ni un solo muerto en Lisboa.

Al pie de las barricadas, se separan Andre Malraux y José Bergamín.

—Adiós, tú te vas a lo irracional; yo me quedo en lo irreal.

En el número 2, “Litoral” señalaba el hecho y razonaba sobre él. En el número 7, tomaba vida la versión poética del acontecimiento.

En el número 2 recibimos la primera multa gubernativa. En el número 7 nos defendió un estudio equilibrado de Jacques Maritain.

Los muros se grabaron en nuestras páginas. Nos llamaron a regañarnos. No llegaron a más.

Poco podía nuestro quehacer tan minoritario. Los otros medios de difusión, los que absorbían todo, siguieron recitando cada noche “versitos” de los poetas “adictos” y la Academia siguió estudiando sobre el idioma.

—Este “Litoral” no tiene nada que ver con el otro, el del principio... —explicaría un entendido de la Generación del 27.

Seguimos nuestro camino. Desde aquel número 2 y aquel número 7, hasta este de hoy dedicado a César Vallejo. Puede que equivocándonos, pero buscando la verdad, arañando sobre la verdad, hasta que Dios quiera que la encontremos, si algún día la encontramos.

J.M.A.

la revolución de mayo y las elecciones francesas

(Publicado en el número 2 de "Litoral". Mayo de 1968)

en las páginas de "litoral"

"...Ser violentos como los poetas, exigentes como Cristo, revolucionarios como el Evangelio, sin herir el Amor".

(Palabras del Arzobispo de Recife, Monseñor Cámara).

¿Por qué lanzar tanto las campanas al vuelo después de las elecciones francesas? Las elecciones francesas no han resuelto absolutamente nada. Las cosas están donde estaban. El prestigio del General De Gaulle, su visión internacional clarísima en casi todos los problemas y la falta de contenido político social en toda su actuación.

Dos masas claramente delimitadas: los del miedo, los del instinto conservador y los que quieren abrir brecha y cambio sobre una Sociedad que ellos consideran caduca y terminada. Millones de seres a un lado y millones de seres a otro, en un equilibrio que no muestran los escaños del Parlamento.

¿Qué va a hacer De Gaulle?

Esto es lo importante.

La revolución de mayo sin muertos, sin derramamiento de sangre, es un hecho importantísimo.

Las Universidades con sus catedráticos y estudiantes, las fábricas, los talleres, las oficinas, los funcionarios públicos, paralizando la vida de un país, no han sido movidos esta vez por un grupo de agitadores pro-chinos, o comunistas, como se llama ahora a cualquier síntoma de descontento.

La revolución de mayo se ha producido al margen del Partido Comunista y de los líderes de la extrema izquierda; todos ellos

estaban ya derrotados antes de las elecciones francesas.

De Gaulle ha reconocido los motivos y la justicia de la protesta en su enfrentamiento con el país ante las cámaras de Televisión.

La revolución de mayo, sin una ideología marcada, sin casi otros líderes, que algún joven universitario, es la señal más terminante de indignación contra un mundo injusto en el que estamos todos inmersos oyendo siempre promesas incumplidas pidiendo paciencia y condenando todo brote de protesta, como una violencia intolerable, con tanta tolerancia durante años, para la falsedad y la mentira.

La revolución de mayo prueba la necesidad inaplazable de unas reformas a fondo, en todos los órdenes y en todas las cosas.

Los jóvenes, en vanguardia, los obreros con su gran homogeneidad, dijeron su no, en Francia, antes de las elecciones.

Luego se desarrollaron sin incidentes esas elecciones que no han hecho sino probar el estupendo nivel cultural y educacional de un pueblo, pero que no han resuelto otra cosa que la enseñanza que de lo "otro" puedan sacar los gobernantes. No se trata de mantener el orden, sino de transformar ese desorden de las cosas en unas estructuras revolucionarias y cambiantes.

Que De Gaulle no olvide —lo decimos en otro lugar de este número— que Europa como conjunto de naciones no se unirá a un hombre de cualquier nacionalidad, sino a una idea, que recoja las aspiraciones de una nueva generación.

Francia ha dado la pauta en épocas pasadas de su gran capacidad creadora.

Una vez más puede tocarle dirigir.

Si así fuera, que Dios ilumine a sus hombres.



LES RESERVES
IMPOSEES AU PLAISIR
[EXISTE] EXCITE LE
PLAISIR DE VIVRE SANS
RESERVE. - ASCENSEUR
BATIMANT. GH.
NANTERRE.

UN HOMME N'EST PAS STUPIDE
OU INTELLIGENT: IL EST
LIBRE OU IL N'EST PAS.
MEDICINE.

LES JEUNES FONT L'AMOUR
LES VIEUX FONT DES GESTES OBSCÈNES
QUELS SONT LES PORCS QUI OSENT
ÉCRIRE SUR LES MURS.

TOUT EST DADA.

DEJA 10 JOURS
DE BONHEUR

LE DISCOURS EST CONTRE-RÉVOLUTIONNAIRE
PREMIÈRE DU DIALOGUE AVEC L'HOMME.

L'INDÉPENDANCE EST LA CONDITION
Ce n'est pas une révolution Sire,
L'ÉMANCIPATION DE L'HOMME SERA PAS
C'EST UNE MUTATION.

LA BARRICADE
FERME LA RUE
MAS OUVRE LA VOIE,

ETRE LIBRE EN 1968,
C'EST PARTICIPER

MAKE LOVE
NOT WAR.

SI VOUS AVEZ LE COEUR À GAUCHE,
N'AVEZ PAS LE PORTEFEUILLE
À DROITE.

NOTRE ESPRIR SERA TOTALE

Je décrète l'état
de bonheur permanent

INFORMATION
LIBRE!

L'IMAGINATION
PREND LE POUVOIR

DANS LA RÉVOLUTION
IL Y A DEUX SORTES
DE GENS :
CEUX QUI LA FONT,
CEUX QUI EN PROFITENT.
(NAPOLÉON)

INTERDIT D'INTERDIRE.

VIVEZ SANS TEMPS MORT,
BOUISSEZ SANS ENTRAVES.

L'ENNEMI
DU MOUVEMENT
C'EST LE SCEPTICISME

SAVEZ-VOUS
QU'IL EXISTAIT
ENCORE, DES
CHRÉTIENS ?

CACHE-TOI,
OBJET.

DIEU, JE VOUS SOUSÇONNE
D'ÊTRE UN INTELLECTUEL
DE GAUCHE.

LA RÉVOLUTION N'EST PAS UN SPÉCIALITÉ
POUR ANGLICISTES.

NOTRE ESPRIR NE PEUT VENIR QUE DES SANS-ESPOIR

punto final

JE SUIS VERTUEUX
J'AI TRAVAILLÉ
J'AI CRU.

AMOUR LIBRE. (MAIS PAS ICI!)
POURQUOI?
TOUT Y EST PRÉVU POUR L'AMOUR ALIÉNÉ.

EXAGÉRER
C'EST COMMENCER
D'INVENTER

Soyez réalistes demandez l'impossible.

J'aime pas écrire sur les murs.

L'ART N'EXISTE PAS.
L'ART C'EST VOUS.
LA VIE
EST D'AILLEURS.

SEULE
LA VÉRITÉ
EST
REVOLUTIONNAIRE.

La culture est
Vite!

Ni robot, ni esclave.

JE SUIS MARXISTE
TENDANCE GROUCHO.

Vibration permanente et culturelle.

LA LIBERTÉ

C'EST LE DROIT AU
Ici, on spontané.

L'INVERSION de la vie.

LA RÊVE EST RÉALITÉ.

LA POÉSIE EST
DANS

SILENCE

OUVREZ LES FENÊTRES DE VOTRE COEUR
LA RUE.

REGARDEZ-VOUS.
VOUS ÊTES TRISTES.

LES MURS ONT DES OREILLES
VOS OREILLES ONT DES MURS.

TOUT COMMENCE
EN MYSTIQUE
ET FINIT
EN POLITIQUE.

LE DER UN PEU.
C'EST CAPITULER DE AILCOUP
C'EST
C'EST
C'EST

FAITES L'AMOUR ET RECOMMENCEZ.

TOUT POUVOIR ABUSE.

LE POUVOIR ABSOLU ABUSE ABSOLUMENT.

punto final

Con este número de "Litoral", dedicado a César Vallejo, nuestra revista rebasa su número 75 y cumple 10 años desde mayo de 1968 en su labor literaria. Es una especie, no sé si triste o alegre, de madurez. Pero puede que esos años que se fueron sirvan sobre este momento de España, para darnos motivo de activa presencia en la necesaria clarificación de tantas cosas que han venido y vienen oscureciendo durante 40 años no sólo las páginas de la Historia sino las páginas de la literatura española.

"Litoral" nació en aquel mayo de 1968 como primer motivo para exaltar la llamada "generación del 27". Habría que razonar ahora cómo y por qué se llama a esa generación, "generación del 27". La llamada anteriormente "generación del 98" tiene una aparente raíz en la fecha de nacimiento de un grupo de poetas y escritores que abrieron sus ojos a la luz al finalizar el siglo XIX. Pienso que esa generación es la élite, el punto de partida de un florecimiento poético, literario y cultural de primera magnitud, quizá el comienzo de un nuevo siglo de oro en la literatura española.

Es desde ella, unida a ella, a esa generación llamada "del 98", donde parte la llamada "generación del 27".

Giner de los Ríos, Ortega y Gasset, Valle Inclán, Miguel de Unamuno, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Pedro Salinas, Baroja, Galdós, por citar sólo unos nombres, son muestra palpable de la importancia de la "generación del 98". La Institución Libre de Enseñanza, la Residencia de Estudiantes, une a Juan Ramón y Ortega con Emilio Prados y Federico; el acto en el Ateneo de Sevilla, el homenaje a Góngora, funde a Salinas con Guillén y Gerardo Diego y Rafael Alberti y Vicente Aleixandre y José Bergamín y Dámaso Alonso y Luis Cernuda. El número de "Litoral" "Homenaje a don Luis de Góngora", con su portada dibujo de Juan Gris, es un muestrario importantísimo de la que habría de llamarse después "generación del 27". ¿Parte de ahí la nomenclatura? La caída del dictador de entonces y la proclamación de la República en 1931, abre las puertas del florecimiento poético y literario de aquel grupo, es como si dijéramos el momento cumbre. La "Revista de Occidente", de la mano de José Ortega y Gasset, y "Cruz y Raya", de la mano de José Bergamín, son dos hitos en el camino.

No pretendo en este momento entrar en ninguna tesis doctrinal. Sí pretendo llegar al punto culminante de lo que es y representa para este país nuestro la triste y dramática hora que señala el comienzo de la guerra civil de 1936 y su repercusión en ese momento cultural y poético, en aquel esplendoroso brote que ha de tener dentro de nuestra historia literaria una proyección trascendental.

Una generación que comienza en el año 1927 no se para ahí, ni nueve años después. La "generación del 27", que aflora en la Segunda República española, es después, casi íntegra y totalmente, la "generación del exilio". Las páginas de "Litoral" así lo señalan de continuo. No voy a repetir ahora los razonamientos, ni señalar los números de la revista en que a vueltas con la persecución y la censura, esto consta bien claramente, sobre el silencio entonces de tanto "parlanchín" de esta hora.

Si la revolución rusa de 1917 tuvo un impacto sobre la "generación del 98", no podía dejar de tenerlo sobre la de 1927. La revolución de mayo de 1968 en París, la "revolución de los claveles" en Portugal, Cuba, la larga marcha de Mao, Vietnam y

Ho Chi Min, todas estas fechas intencionadamente revueltas y sin orden cronológico, son hechos que producen sobre la intelectualidad y los poetas y escritores que se expresan en idioma castellano reacciones fundamentales que sería inútil desconocer, por demasiado claras y patentes.

La muerte de Federico y de Miguel Hernández, los muros de las Universidades de aquel mayo en París, las manos cortadas de Víctor Jara, las guerrillas sud-americanas, el terrorismo de los coroneles del Brasil, de Pinochet y de Videla, el drama uruguayo, todo tiene una conexión y obedece a un por qué y tiene una raíz en el año 36 de España.

Unos lo vieron entonces, otros lo han visto después.

Este "Perfil de César Vallejo", desde su nacimiento en Perú, a sus horas vividas en España y Francia, sus contactos con Rusia, es como la expresión vivida de un texto doctrinal.

No, la generación llamada "del 27", desde aquí, durante cuarenta años, no es la que desde aquí se ha querido presentar, ni siquiera con el tardío reconocimiento de unos valores, unos homenajes y unos premios. Esa llamada "generación del 27" es mucho más amplia y tiene unos signos muy marcados de enfrentamiento, un enfrentamiento que desemboca en la derrota, la angustia, la desesperación, y en el que se fueron años y años de destierro y de soledad, de incomprensión, de falta de medios para vivir, en algunos hasta el fin de sus días, y en otros, los aún supervivientes, supone toda la entrega de una juventud para llegar ya cansados y viejos, a un conformismo final y encontrar en la patria perdida, un hueco o último rincón para morir al lado de los suyos. Todo ha sido demasiado injusto, demasiado dramático, me atrevería a decir que por su larga duración, demasiado cruel.

¿Quién devuelve la vida a Federico y a Miguel Hernández, quién le devuelve la vida destrozada a golpes de alcohol a Pedro Garfias, o la alegría a Emilio Prados, quién pone una sonrisa en el alma atormentada de César Vallejo?

Una generación que nosotros hemos llamado la "generación del silencio" ha vivido en este país durante cuarenta años como ha podido, y ha escrito lo que le han dejado. También esta "generación del silencio" exige una clarificación.

Una parte de ella podría llamarse la "generación de la complicidad y el colaboracionismo". No seré yo, y menos ahora,

quien señale nombres, que creo están y estarán bien definidos en un porvenir próximo.

Otra parte supone el enfrentamiento hasta los límites posibles, valga como botón de muestra, citar a Blas de Otero y Gabriel Celaya, Alfonso Sastre o Carlos Alvarez... hay otra parte que podíamos llamar "el pensamiento perdido"; esa parte es quizás la más amplia, la más triste. Poetas que empezaron sin seguir el camino, que se autoexiliaron, que supieron de persecución, vieron cerradas todas las puertas a su sentimiento y su expresión. Algunos he conocido y están en algún número de la revista, son los menos.

En general los que han aflorado entre falsos premios, puestos en las Academias, antologías mixtificadas, consiguieron su escalada silenciando la injusticia, conviviendo con la tiranía, aceptando toda clase de prebendas, y ahora, tarde, bien tardíamente, quieren remediar errores y, lo que es peor, en vez de entonar el "mea culpa", quieren apoyarse en los que aquí quedaron de la "generación del 27", en los que aquí transigieron, para que avalen todas sus culpas anteriores. No es justo.

El miedo, la cobardía, no es ningún baldón, es muchas veces un signo inteligente. Pero la verdad tantas veces oscurecida se suele imponer por sí sola. "Litoral" va a tratar de imponerla por encima de todas las componendas, aunque en su busca se siga dejando girones de incompreensión, odios y envidias.

Hoy viene a estas páginas un poeta más —hasta ahora in-nominado— de la "generación del 27": César Vallejo.

¿Por qué se le ha dejado fuera? ¿Por qué el silencio sobre su enorme figura de poeta?

Este ser atormentado ha hecho en castellano, y dentro de la Poesía, no sólo una revolución en la forma, sino la entrega limpia de su alma, de su gran sensiblidad, en un lenguaje que alcanza en muchos momentos una pureza en la expresión, como si escribiera el ala de un angel indignado (yo creo que los ángeles también se indignan) más que la pluma o la mano de un escritor. El ser humano, el hombre, es algo en César Vallejo tan importante, que el poeta está en todo unido como algo consustancial al ser en sí mismo, por encima de la lucha en una manera de expresarse. Hay veces en la Poesía en que no se sabe si lo más importante es el hombre o el poeta.

Juan Larrea, otra no por nosotros olvidada gran figura literaria, a lo largo de este tiempo, ha dedicado años de su trabajo desde la Córdoba argentina y en el Aula Vallejo, a desmenuzar, adentrándose en una absoluta entrega, la figura de César Vallejo. Algunos de sus textos acompañan a este número. Poco habría que decir sobre César Vallejo si habla la pluma de Juan Larrea. Pero hay un entorno en los números monográficos de "Litoral" y una relación buscada por nosotros desde los hechos y las personas, tratando de poner al día, la hora y el momento en que "Litoral" sale a la luz, desde la figura poética o el tema al que nos enfrentamos.

Porque tiene mucho que ver César Vallejo con Che Guevara, o con la revolución de mayo en París, que ahora empieza a clarificarse, o con la guerrilla casi aniquilada hoy en los países sudamericanos, o con tanta vuelta y revuelta sobre el leninismo, cuando una revolución hace crisis, o con una juventud desesperada, sin norte y sin guía.

* * *

César Vallejo en su "España aparta de mí este cáliz", Pablo Neruda en su "España en el corazón", son entre otras voces, el grito desgarrador de la América que habla nuestro idioma al surgir nuestra guerra civil.

El exilio en gran parte a aquellas tierras: México, Argentina, Chile, Uruguay... de tantas figuras de la intelectualidad, que huían de la muerte y la persecución, produce en la línea cultural sobre aquellas tierras como un nuevo descubrimiento; son años de la mayor importancia para todos los caminos de la poesía, no precisamente aquí, sino fuera de aquí.

De esa "generación del 27" quedan en España, al concluir la contienda, Dámaso Alonso, Gerardo Diego y Vicente Aleixandre (este último un exiliado en su casa de Velintonia y sus veranos en Miraflores). Jorge Guillén vive años y años en Puerto Rico y Norteamérica, Rafael Alberti en Buenos Aires y, al final, en Roma, José Bergamín en México, Venezuela y Uruguay, hasta su retorno en busca de la raíz de las cosas, a caballo entre París y Madrid, víctima de detenciones y nuevos y forzados exilios. En México muere Emilio Prados y Moreno Villa y Pedro Garfias y Juan Rejano y Luis Cernuda. En Puerto Rico, Juan Ramón Jiménez; en la Argentina, Manuel de Falla, y en Fran-

cia, Antonio Machado y Pablo Picasso. No, la "generación del 27", no es sólo el brote de un importante momento en la poesía. La "generación del 27" es, sin quizá nadie ponerse de acuerdo, una mentalización anticipada sobre mucho de lo que ocurre después. Ha llegado ahora con casi cuarenta años de retraso a aquellas tierras de habla española, el trasplante de nuestro 1936. Algo debía de hacer nuestra intelectualidad sobre la persecución y la tiranía contra los jóvenes y los no jóvenes poetas de Sudamérica en este triste momento, los hermanos en la sangre de César Vallejo, de ese César Vallejo premonitor de su muerte...

me moriré en París con aguacero

y así fue, en París, un Viernes Santo lluvioso del 1938, con el nombre de España en los labios.

La palabra HOMENAJE con que se abrieron tantos números de "Litoral" va tomando un aire hipócrita y poco convincente. Ahora todos son homenajes. Apuntarse a un homenaje es como comprar el boleto de un banquete en loor de cualquiera. Es lo fácil; lo otro, el poner el reloj en hora y la historia en su sitio, es tarea más difícil y, sobre todo, más comprometida.

De pronto aparecen sobre este momento español tan complicado, al finalizar la dictadura, mejor diría yo al morir el dictador, una serie de poetas muertos y vivos con años sobre sus espaldas literarias, como recién nacidos, por desconocidos, en un oscurantismo más que intencionado.

De pronto, César Vallejo es como un surtidor que brota y la gente empieza a enterarse que José Bergamín es un poeta. (En la Universidad de Granada los catedráticos de Literatura no se han enterado todavía.)

Alguien me preguntó un día que quién era Alberto, al publicar "Litoral" su número 17-18. Es muy posible que me pregunten también mañana quién es Pedro Garfias.

La poesía de hace cuarenta años, puede que sea la nueva poesía de hoy.

"Litoral" va a complementar su recorrido literario muy pronto. Luis Cernuda es el más próximo deseo, aún postergando por el momento nuestro proyecto de enaltecer la figura poética de Vicente Aleixandre, que ya manifestamos antes de que se le

concediera el Premio Nobel, retraso justificado aunque sólo sea para dejar descansar al poeta de la “barahúnda” que se le ha venido encima.

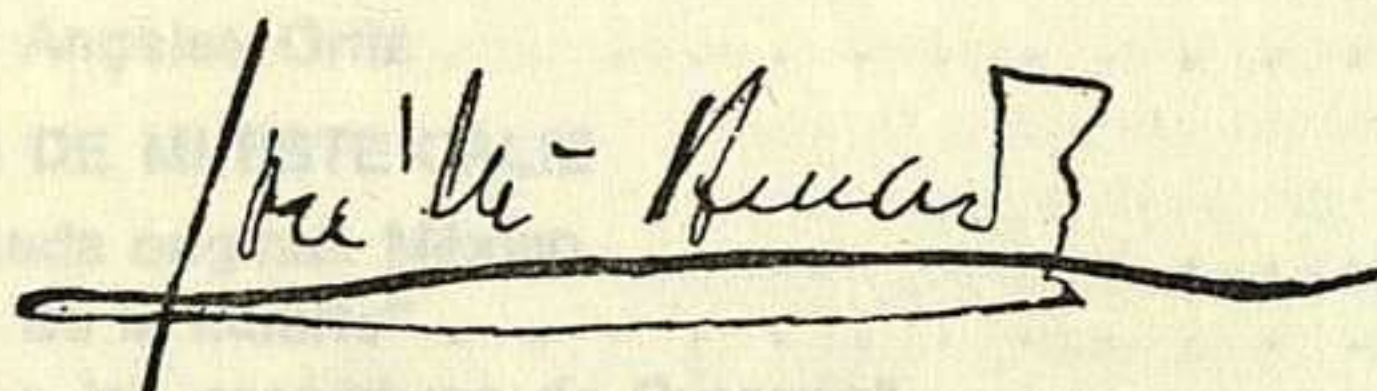
* * *

Gracias debo dar a Juan Larrea y José Bergamín de una manera especial y en general a todos cuantos han intervenido en este número. A César Vallejo, nombrado y renombrado tantas veces a lo largo de nuestro difícil camino, le ha llegado por fin desde este su PERFIL, el hueco reservado en un recorrido histórico.

Es sencillamente un poeta importantísimo en la bien o mal llamada “generación del 27”.

César Vallejo era España, es parte de España. Por eso voy a terminar con estas palabras de Juan Larrea:

“... el que pedía a España el alejamiento de su cáliz (era el tiempo de la guerra civil española, cuando el poeta estuvo íntegramente al lado de la República), ha dejado de existir el día de Viernes Santo, el día en que se conmemora la trascendencia mortal de la víctima que ha de resucitar y el mismo día en que las legiones italianas, siguiendo el curso del río español que “va a dar a la mar que es el morir”, llegan como una lanzada en el costado, a las orillas mediterráneas. ¡Cuán coherente y llena de significaciones se manifiesta esta coincidencia múltiple! ¡Cómo adquiere sentido y se transfigura así su “España aparta de mí este cáliz”! Por eso, si la ciencia médica ignora la causa material de su muerte, el pensamiento poético sabe que Vallejo ha muerto de España —figura histórica de universalidad—, o sea que “ha muerto de universo”, como él mismo dice, y que “en las manos de España ha entregado su espíritu”.

A handwritten signature in black ink, which appears to read "José María Amado". The signature is written in a cursive style and is underlined with a thick, dark stroke.

Fdo.: JOSE MARIA AMADO

El poeta se ha convertido en un ser humano que vive en el mundo real, que se preocupa por los problemas de su tiempo, que se interesa por el destino de su patria. Este es el poeta que ha surgido en España durante la guerra civil, el poeta que ha escrito poemas de gran fuerza y de gran belleza, el poeta que ha dado voz a la conciencia de su pueblo.

Este es el poeta que ha escrito poemas de gran fuerza y de gran belleza, el poeta que ha dado voz a la conciencia de su pueblo. Este es el poeta que ha escrito poemas de gran fuerza y de gran belleza, el poeta que ha dado voz a la conciencia de su pueblo. Este es el poeta que ha escrito poemas de gran fuerza y de gran belleza, el poeta que ha dado voz a la conciencia de su pueblo.

Este es el poeta que ha escrito poemas de gran fuerza y de gran belleza, el poeta que ha dado voz a la conciencia de su pueblo. Este es el poeta que ha escrito poemas de gran fuerza y de gran belleza, el poeta que ha dado voz a la conciencia de su pueblo.

INDICE

	<u>Pág.</u>
CONMEMORACION DE CESAR VALLEJO (Juan Larrea)	9
CRONOLOGIA	15
ANTOLOGIA POETICA	
Dibujo de José Caballero	21
LOS HERALDOS NEGROS	
“Los heraldos negros”	25
“El poeta a su amada”	26
“Agape”	27
“La cena miserable”	28
“Los anillos fatigados”	29
“Dios”	30
“Espergesia”	31
Dibujo de José Díaz Pardo	33
TRILCE	
“Trilce” (Prólogo a la segunda edición por José Bergamín)	37
Selección de seis poemas	42
Dibujo de Antonio Jiménez	49
POEMAS HUMANOS	
“La rueda del hambriento”	53
“Traspié entre dos estrellas”	56
“Los desgraciados”	58
Dibujo de Manuel Angeles Ortiz	60
ESPAÑA, APARTA DE MI ESTE CALIZ	
Reproducción portada original. México	63
“Imagen española de la muerte”	65
“Redoble fúnebre a los escombros de Durango”	66
“España, aparta de mí este cáliz”	67
“Himno a los voluntarios de la República”	69
Dibujo de Jesús Alcántara	73

PROSA

"Voy a hablar de la esperanza"	77
"El vencedor"	78
"Cera"	82
Dibujo de Manuel Carmona	93

ESCRITOS DE VALLEJO

Dibujo de Pablo Picasso	97
"Los artistas ante la política"	98
"Literatura a puerta cerrada"	101
"El buen sentido"	103

SOBRE VALLEJO

"Semejante mendigo" (Félix Grande)	108
"César Vallejo frente a André Bretón" (Juan Larrea)	112
"Claves de profundidad" (Juan Larrea)	116
"Fascinación de los números" (Concha Meléndez). Collage de Lorenzo Saval	123
"Alondras y palomas" (Concha Meléndez). Collage de Lorenzo Saval	125
"El César Vallejo que yo conocí" (Ciro Alegría)	128
"La guerra civil española en la poesía de Pablo Neruda y César Vallejo" (Marlene Gottlieb)	143
"Lenguaje de hueso trágico" (José Bergamín)	155

A CESAR VALLEJO

Dibujo de Pablo Picasso	159
"Valle Vallejo" (Gerardo Diego)	160
Dibujo de Rafael Pérez Estrada	162
"Homenaje" (Carmen S. Prados)	163
Dibujo de Rafael Pérez Estrada	164
"Oda a César Vallejo" (Dionisio Aimara)	165
"Homenaje a César Vallejo" (Rafael Guillén)	167
"Crónica de hoy a la memoria de César Vallejo" (Antonio L. Bouza)	169
Dibujo de Rafael Carmona	171
Poema de José Luis María Solís	172
"Vallejo prepara su muerte" (César Dávila Andrade)	174
"Plácido" (Juvenal Soto)	176
"Oda a César Vallejo" (Pablo Neruda)	177
"El rostro en el espejo" (Javier Villán)	181
"Me pongo en pie y te digo" (Joaquín Lobato)	184
Dibujo de Judit Nador	185
"Elogio fúnebre" (Pablo Neruda)	187
"Piedra negra sobre piedra blanca" (César Vallejo)	188

SUPLEMENTO DEDICADO A LOS DIEZ AÑOS DE LA REVOLUCION DE MAYO EN PARIS (1968-1978)	189
---	-----

PUNTO FINAL (José María Amádo)	197
--	-----

COLOFON

Se terminó de imprimir este número, cuya edición consta de 3.500 ejemplares, el 10 de junio de 1978, en los talleres de Gráficas San Andrés, S.A., calle Alonso Cano núm. 4, de Málaga.

Está dedicado al inolvidable poeta César Vallejo como un "Perfil" sobre su obra y su desbordante figura humana.

Llega un poco tarde César Vallejo en este nuestro recorrido histórico, cuando lo que él sintió con tanto dolor y expresó con tanta belleza en el lenguaje, se puede publicar.

Intervinieron y colaboraron con José María Amado, Carmen S. Prados, Francisco Giner de los Ríos, Lorenzo Saval y Angel Caffarena Such y fue la obra de Juan Larrea, norte y guía en nuestras páginas.

litoral

Revista de la Poesía y el Pensamiento

URBANIZACION LA ROCA - 107-C

Teléfonos 384200 - 380758

TORREMOLINOS (MALAGA)

NUMEROS PUBLICADOS

PRIMER AÑO

1. Homenaje a una Generación Trascendente.
2. Dedicado a Europa.
3. Desde Andalucía a Rafael Alberti.
4. Dedicado a la Fiesta de los Toros.
5. Dedicado a la Navidad.
6. Dedicado a Pablo Picasso.
7. Los muros toman la palabra. (Mayo, 68).
- 8-9. Llanto de Granada por Federico.
10. Aportación a la poesía de la Generación 70.
11. Algunos poetas andaluces del 50
12. Homenaje a Antonio Machado.

SEGUNDO AÑO

- 13-14. Homenaje a Emilio Prados y Manuel Altolaguirre.
- 15-16. Nueva Generación.
- 17-18. Homenaje al escultor Alberto.
- 19-20. Homenaje a Carlos Edmundo de Ory.
- 21-22. Ronda y un Torero.
- 23-24. A los 90 años de Pablo Picasso.

TERCER AÑO

- 25-26. LITORAL 1926 (1.^a entrega número 1-2-3).
- 27-28. LITORAL 1926 (2.^a entrega número 4-5-6-7).
- 29-30. LITORAL 1926 (3.^a entrega número 8-9).
- 31-32. LITORAL MEXICO 1944 (número 1-2).

- 33-34. LITORAL MEXICO 1944 (número 3).
- 35-36. De Cádiz a Granada (Homenaje a M. de Falla).

CUARTO AÑO

- 37-38-39-40. La Claridad Desierta, de José Bergamín.
- 41-42. 3 Poetas Andaluces. Suplemento: Chile y la muerte de Pablo Neruda.
- 43-44. Roma, peligro para caminantes, de Rafael Alberti.
- 45-46. Los Andaluces Cuentan (Narrativa).
- 47-48. Ilustración y Defensa del Toreo, de José Bergamín.

QUINTO AÑO

- 49-50. 50 números de Litoral. Orígenes de la Vanguardia Española.
- 51-52. En Breve, de Dionisio Ridruejo.
- 53-54-55-56-57-58. PORTUGAL, La revolución de los claveles.
- 59-60. Los poetas del exilio.

SEXTO AÑO

- 61-62-63. Poesía en la cárcel.
- 64-65-66. Homenaje a Mao-Tse-Tung.
- 67-68-69. Homenaje a León Felipe.
- 70-71-72. Cuaderno de Rute, de R. Alberti.
- 73-74-75. Vida y muerte de Miguel Hernández.
- 76-77-78. Perfil de César Vallejo.

Deseo una suscripción a LITORAL a partir del séptimo año literario (núm. del 73 al 84) por Ptas. 1.500. Extranjero: 1.800.

NOMBRE

CALLE

NUM.

CIUDAD

Al mismo tiempo sírvanse enviarme los siguientes números atrasados

Abonaré la suscripción:

- Contra reembolso (sólo España).
- Por giro postal que envío.
- Por talón que adjunto.
- Por transferencia bancaria (Banco Coca, Málaga).

Deseo obsequiar a la persona abajo indicada una suscripción a partir del séptimo año literario a la revista LITORAL número del 73 al 84, por Ptas. 1.500. Extranjero: 1.800.

NOMBRE DEL BENEFICIARIO

CALLE

NUM.

CIUDAD

Abonaré la suscripción:

- Contra reembolso (sólo España).
- Por giro postal que envío.
- Por talón que adjunto.
- Por transferencia bancaria (Banco Coca, Málaga).

Litoral

Revista de la Poesía y el Pensamiento

NUMEROS PUBLICADOS

33-34 LITORAL MEXICO 1984 (número 31)
 32-33 De Cádiz a Granada (Promena de M. de Falla)

CUARTO AÑO

37-38-39-40 La Ciudad Invisible de José Bergamín
 41-42 3 Poesías Andaluzas
 43-44 Suplemento: Chile y la muerte de Pablo Neruda
 45-46 Roma bello para-cannantes de Rafael Alberti
 47-48 Los Andaluces Cuarenta (Néstor Cermeño)

QUINTO AÑO

49-50 50 poemas de Litoral
 51-52 Génesis de la Vanguardia Española
 53-54 En Brevi de Dámaso Alcázar
 55-56 PORTUGAL, la visión de los óvales
 57-58 Los poemas del exilio

SEXTO AÑO

61-62 Poesía en la cárcel
 63-64 Homajes a Mao Tse Tung
 65-66 Homajes a Leon Felipe
 67-68 Cuaderno de Faja de R. Alabarces
 69-70 Vida y muerte de Miguel Heredia
 71-72 Perfil de César Vallejo

PRIMER AÑO

1. Homajes a una generación tras cerámica
 2. Dedicado a Sábido
 3. Desde Andalus a Rafael Alberti
 4. Dedicado a la Fiesta de los Toros
 5. Dedicado a la muerte
 6. Dedicado a Pablo Picasso
 7. Los toros frente a la poesía (Mayo 88)
 8-9 Litoral de Granada por Federico García Lorca
 10. Agradecimiento a la poesía de la generación 70
 11. Algunos poemas andaluces del 80
 12. Homajes a Antonio Machado

SEGUNDO AÑO

13-14 Homajes a Emilio Prados y Manuel Alzamora
 15-16 Nueva Generación
 17-18 Homajes al escritor Alberto Sánchez
 19-20 Homajes a Carlos Eduardo de Ory
 21-22 Poesía y un torero
 23-24 A los 90 años de Pablo Picasso

TERCER AÑO

25-26 LITORAL 1988 (1.ª entrega número 1-3-31)
 27-28 LITORAL 1988 (2.ª entrega número 4-6-31)
 29-30 LITORAL 1988 (3.ª entrega número 7-9)
 31-32 LITORAL MEXICO 1984 (número 30-32)

Debo observar a la persona abajo indicada que sus datos de contacto son correctos para la recepción de la revista LITORAL número del mes de mayo de 1988 por favor. Externos 1800

NOMBRE DEL BENEFICIARIO

CALLE _____
 NUM. _____

CUIDAD

Abonare la suscripción:
 Contar rembolso (sólo España)
 Por giro postal que envío
 Por talón que envío
 Por transferencia bancaria (Banco Coca Málaga)

Debo una suscripción a LITORAL a partir del número del mes de mayo de 1988 por favor. Externos 1800

NOMBRE

CALLE _____
 NUM. _____
 CIUDAD _____

Al mismo tiempo si quiere enviarme los siguientes números suscritos

Abonare la suscripción:
 Contar rembolso (sólo España)
 Por giro postal que envío
 Por talón que envío
 Por transferencia bancaria (Banco Coca Málaga)

*Y si después de tantas palabras
no sobrevive la palabra!*

CESAR VALLEJO

litoral

N.º 76-77-78

● PERFIL DE CÉSAR VALLERJO